

CECILIA DE MARSILLY

Alejandro Dumas

INTRODUCCION

Era entre la paz de Tilsitt y la conferencia de Erfurth, esto es, cuando se hallaba el esplendor imperial en todo su apogeo.

Una mujer, en traje de mañana, vestida con un largo peinador de muselina de la india, guarnecido de magníficos encajes, al extremo del cual no se divisaba más que la punta de una pequeña zapatilla de terciopelo, y peinada como se estilaba en aquella época, es decir, con el pelo sobre lo alto de la cabeza y la frente rodeada de numerosos bucles castaños, que indicaban, por la regularidad de sus anillos, la obra reciente del peluquero, se hallaba recostada en una larga silla forrada de raso azul, en un lindo gabinete, que era la pieza

más retirada de una habitación situada en el piso principal de la calle Taithout, número 11.

Digamos cuatro palabras acerca de la mujer, otras cuatro del gabinete, y luego entraremos en materia.

Aquella mujer, casi a primera vista hubiéramos podido decir aquella muchacha, aunque tenía unos 26 años, no aparentaba arriba de 19; aquella mujer, decimos, además de la elegancia de su estatura, la pulidez de sus pies y la blancura mate de sus manos, estaba dotada de uno de esos semblantes que en todo tiempo han tenido el privilegio de hacer perder el juicio a las cabezas más seguras de sí mismas. Y no era porque fuese precisamente bella, sobre todo, del modo como se entendía la belleza en aquella época en que los cuadros de David habían arrastrado a la Francia entera el gusto por lo griego, tan dichosamente abandonado en los dos reinados precedentes, no; antes al contrario, su belleza peculiar era notable por caprichosos caracteres. Quizá eran sus ojos demasiado grandes, su nariz muy pequeña, sus labios sonrosados con exceso, su cutis demasiado transparente; pero sólo cuando el rostro encantador permanecía impassible, era cuando podían reconocerse aquellos extraños efectos, porque cuando se animaba con una expresión cualquiera la persona, cuyo retrato intentamos bosquejar, tenía el don de plegar su semblante a todas las expresiones posibles, desde la de la virgen más tímida, hasta la de la libertina más desenfrenada; y cuando se animaba, decimos, con una expresión cualquiera de tristeza o de alegría, de compasión o de burla, de amor o de desdén, todas las facciones de aquel lindo rostro se armonizaban de tal suerte, que no podría decirse cuál de ellas se había de modificar, porque, añadiendo regularidad al conjunto, se quitaba expresión a la fisonomía.

Aquella mujer tenía en la mano un rollo de papel, en el que había trazadas líneas de dos letras diferentes. De vez en cuando levantaba la mano con un ademán de fatiga lleno de gracia, ponía el manuscrito a la altura de sus ojos; leía algunas de sus líneas, haciendo una graciosa mueca, y luego, dando un suspiro, dejaba caer de nuevo su mano, que a cada momento parecía dispuesta a abrirse para dejar escapar el mal aventurado rollo de papel, que parecía ser por el momento la causa principal de un fastidio que no trataba

siquiera disimular.

Aquella mujer era una de las artistas más a la moda del teatro francés, y aquel rollo era una de las tragedias más soporíferas de la época: designaremos a la una con el nombre de Fernanda, pero nos guardaremos bien de decir el título de la otra.

1

El gabinete, aunque de refinada elegancia, tenía el sello del mal gusto del tiempo: era una linda piececita cuadrada, vestida de raso azul, cada una de cuyas piezas estaba ajustada entre dos delgadas columnitas de orden corintio, cuyo dorado capitel sostenía un friso de estuco, en el que repintados al estilo de Pompeya una porción de cupidos con arcos y aljabas, y no pocos altares al himeneo y a la fidelidad, ante los que aquellos amores inmolaban víctimas: así se decía en aquella época. Tenía además aquel gabinete cuatro puertas, dos de ellas simuladas por simetría; aquellas cuatro puertas estaban pintadas de blanco, y realzadas en cada hoja con adornos dorados, que se componían del tirso de Baco y de la careta de Talia y Melpómene: hallábase abierta una de aquellas puertas, y dejaba penetrar en el gabinete el vapor húmedo y suave olor de un baño perfumado.

En cuanto a los muebles del gabinete, forrados, como las paredes, de raso azul, tenían esa forma seca y desagradable que todavía hiere la vista de los hombres de gusto y de los amantes de comodidades que no comprenden, no sólo cómo se podían admitir tales refundiciones de la antigüedad, sino también cómo podían servirse de ellas, en atención a que apenas podía uno recostarse en los divanes, sentarse en los sillones, y mucho menos en las sillas; no hablemos de los taburetes en forma de X, únicos muebles que, aparte de su forma excéntrica y de sus adornos éticos, servían, sobre poco más o menos al objeto a que estaban destinados.

El adorno de la chimenea era de un gusto análogo: el reloj figuraba un gran escudo redondo, probablemente el de Aquiles, sostenido por cuatro candeleros flacos, que se doblegaban ante su peso; los candelabros se componían de otros cuatro amores reunidos en grupo y cuyas cuatro

antorchas formaban un candelero de cuatro mecheros.

Y sin embargo, como tenemos dicho, aquel gabinete, a pesar de su mal gusto, era rico, elegante, y estaba realzado, especialmente por el brillo, la gracia y la belleza de la sirena que lo habitaba, y he aquí cómo arrastrados por nuestro asunto, incurrimos también nosotros en el estilo mitológico de la época.

La diosa a quien se adoraba en aquel pequeño templo, estaba como hemos dicho, muellemente recostada en una larga silla, aparentando estudiar su papel y pensando sólo realmente en el modo cómo arreglaría su túnica en la tragedia nueva que iba a representar, cuando se abrió la puerta, y entró la doncella, con ese aire familiar que denota a la vez la confidente de tragedia y la criada de comedia, Ismene y Dorina; la consejera y la depositaria de secretos.

—¡Otra vez aquí! —exclamó la actriz con ese gracioso aire de mal humor, que, al paso que reprende, parece indicar que se ha hecho bien en encarecer la reprimenda—. Ya os he dicho que quería estar sola, absolutamente sola, para estudiar a mi placer; nunca sabré este papel, y será por culpa vuestra; ¿lo oís, Cornelia?

El verdadero nombre patronímico de la doncella era María; pero hábale parecido a ésta el nombre demasiado común, y se había desbautizado y rebautizado de propia autoridad con el nombre más melodioso y sobre todo, más distinguido, de Cornelia.

—Os pido mil perdones, señora, —dijo la doncella—, y estoy pronta a tomar con el autor la responsabilidad del retraso; pero es un gallardo joven que desea hablaros, y lo pide con tales instancias, que no ha habido medio de despedirlo.

2

—¿Y cómo se llama ese gallardo joven?

—Monsieur Eugenio.

—¡Monsieur Eugenio! —repitió la actriz, pronunciando lentamente las tres sílabas que componen la palabra—... ése no es un nombre.

—Sí, señora; un nombre es, y muy bonito; me gusta mucho el nombre Eugenio.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y queréis hacerme participar de vuestras simpatías? Hacedme el retrato de vuestro protegido.

—¡Oh! Es tal como os le he anunciado; un gallardo joven, de unos cinco pies y cinco pulgadas, poco más o menos, con cabellos negros, ojos negros y bigotes negros. Está vestido de paisano; pero apostaría a que es un oficial; además, lleva en el ojal la cinta de la legión de honor.

En otro tiempo esta circunstancia podía ser una designación, en el día de hoy sería demasiado vaga.

—Monsieur Eugenio, un joven moreno, con la cinta de la legión de honor...

—repuso Fernanda consultando sus recuerdos, y enseguida, volviéndose a Cornelia—...¿y en el año que hace estáis a mi servicio, recordáis haber visto alguna vez a ese gallardo joven?

—Nunca, señora.

—Vamos a ver; ¿quién podrá ser? ¿Eugenio de Harville?

—¡Oh! No señora; no es ése.

—¿Eugenio de Chastellix?

—Tampoco es ése.

—¿Eugenio de Clos-Renaud?

—Tampoco.

—En ese caso decid a ese joven que no estoy en casa.

—¿Qué, señora! ¿Mandáis?...

—Ya lo he dicho.

Fernanda pronunció estas palabras con tal dignidad de princesa trágica, que por deseos que tuviese todavía la criada de abogar por su protegido, le fue preciso dar media vuelta y obedecer a una intimación hecha de un modo tan categórico.

Salió, pues, Cornelia, y Fernanda, con un aire más distraído y aburrido todavía que antes, tendió sus miradas sobre el manuscrito; pero no habría leído aún cuatro versos, cuando se abrió de nuevo la puerta, y volvió a aparecer la criada.

—¿Otra vez? —dijo Fernanda, en un tono que trataba de hacer parecer grave, pero que había perdido ya mucha de su severidad.

—Sí señora —respondió Cornelia—, yo otra vez; y vengo a deciros, con perdón vuestro, que monsieur Eugenio no quiere marcharse.

—¿Cómo que no quiere marcharse?

3

—Dice que sabe que nunca salís de casa tan temprano.

—Bien; pero por la mañana no recibo sino a mis amigos.

—Dice que es del número de ellos.

—¡Oh, eso es mejor!... Eugenio, un joven moreno, con la cinta de la legión de honor; amigo mío... ¿es Eugenio de Miremont?

—No señora. ¡Oh!, éste es mejor mozo.

—¿Eugenio de Harcourt?

—¡Oh!, éste es mucho mejor.

—¡Sabéis Cornelia, que picáis mi curiosidad!

—Además, —replicó la doncella presentando a su ama un estuchito de tafilete encarnado del tamaño de una moneda de cinco francos—, me dijo: “entrega esto a Fernanda, y sabrá quién soy”.

—¿A Fernanda?

—Sí señora; así dijo.

—A fe mía, confieso que no lo entiendo —dijo la actriz quitando el pasador y abriendo con curiosidad el estuche.

—¡Calla! ¡Vuestro retrato! —exclamó la criada—. ¡Qué parecido está! ¡Qué linda estáis con ese velo que flota alrededor de vuestra cabeza!

—¡Mi retrato! —murmuró Fernanda, tratando visiblemente por un último esfuerzo de reunir sus recuerdos—. ¡Mi retrato!... ¿quién podrá ser?... a fe mía que no se me ocurre.

Enseguida, pasado un momento de silencio:

—¡Ah! —exclamó—. ¿Eugenio?

—Sí.

—¿Un joven moreno?

—Sí.

—¿Con la cinta de la legión de honor?

—Sí.

—Amigo mío... ese retrato... esa cifra que no había notado en la caja: E.B.... eso es. ¡Dios mío, qué poca memoria! ¡Qué distraída soy! Haced entrar a ese pobre Eugenio; ¡y yo que le obligo a hacer antesala!... cuando pienso que lo mismo me sucedió no hace un mes con Gerónimo...

Cornelia no se lo había hecho repetir dos veces, y había escapado como una flecha; de suerte que apenas terminaban las reconvenciones mnemónicas que Fernanda se dirigió a sí propia, cuando, en vez de Cornelia, se presentó a la puerta el gallardo joven de cabellos, ojos, y bigotes negros, con la cinta encarnada en el ojal.

4

—¡Perdonad, querida Fernanda! —exclamó el joven riéndose—; pero estaba muy lejos de sospechar que en mi ausencia os hubieseis hecho inexpugnable.

—¿Y quién había de sospechar tampoco que fueseis vos, mi querido príncipe? —dijo Fernanda, alargando al recién venido una mano, que éste besó con aire de triunfo—; ¡os habéis hecho anunciar pura y simplemente con el nombre de monsieur Eugenio, y a la verdad, conozco a tantos Eugenios!...

—Que me habéis confundido con todos los Eugenios de la tierra. ¡No deja de ser eso muy lisonjero para mí!... perdonad..., mi retrato..., tened la bondad de devolvérmelo.

—¿Todavía lo tenéis en estima? —dijo Fernanda con una coquetería encantadora.

—Siempre, —dijo el príncipe acercando un taburete a la silla larga.

—Cornelia, —dijo Fernanda—, en tanto que su alteza imperial se halle en mi casa, no estoy para nadie.

Cornelia abrió enormemente los ojos, pues aunque había visto entrar en la casa de su ama muchos príncipes, había muy pocos entre ellos a quienes se designase con el pomposo título de alteza, y sobre todo, de alteza imperial.

Así fue que Cornelia salió sin replicar una palabra.

—¿Y desde cuándo os halláis en París, mi querido Eugenio?... ¡Ah! Perdonad, monseñor; os hablo siempre como si fuese un simple coronel de la guardia consular.

—Y hacéis muy bien, hermosa Fernanda; continuad del mismo modo. ¿Decís que cuándo he llegado? Ayer mismo, y mi primera visita fue para vos, ¡ingrata!

—¡Qué!, ¿habéis estado aquí?

—No, no os hubiera hallado, puesto que os tocaba salir a las tablas.

—¡Ah! Es cierto.

—Estuve en el teatro francés.

—¿En el palco del emperador? Pues no os vi.

—Y no fue por falta de mirar, ¡pérfida! No estaba yo allí, pero sí estaba Poniatowski.

—Pues no le vi.

—¡Oh, falsa; más que falsa! —exclamó el príncipe—. No, señora, no; yo estaba de incógnito en un palco de platea.

—¿Solo?

—No, con vuestro retrato.

—¡Que galante estáis, y como os juro que no creo una sola palabra!

—Sin embargo, es la pura verdad.

—Pues siento infinito que hayáis ido ayer.

—¿Y por qué? Habéis estado admirable en Zaida e inimitable en Boxelana.

5

—No estaba bella.

—No digáis tal; estabais seductora.

—Estaba de mal humor.

—¿Hablaba quizá Poniatowski demasiado con su vecina?

—Estaba disgustada.

—¿Ha muerto Duroe?

—Estaba triste.

—¿Se ha arruinado Murat?

—A propósito de Murat; es gran duque, ¿no es cierto? Y dicen que van a nombrarle virrey, como a vos, o rey como a José.

—Sí, algo he oído hablar de eso.

—Y esos reinos, ¿tienen al menos buenas subvenciones?

—No muy malas; y si os pudiese convenir... ya hablaremos de eso.

—Vos, mi querido Eugenio, sois siempre príncipe; no sucede así a vuestro emperador.

—Y vamos; ¿qué os ha hecho mi emperador?... Yo creía que os hubiese hecho... emperatriz.

—¡Oh! Sí, es amable; pero hablemos de lo que importa. Deseo dejar a Francia y marchar a Milán.

—Id sin reparo, querida, que seréis bien recibida. Justamente he venido a París a reclutar primero mi tropa y marchar después a Erfurth y a Dresde.

—¿Sois de los del viaje a Dresde?

—Sé que Mars, Jorge y Talma son del número de los que van; pero a mí no

se me ha dicho una palabra todavía.

—¿Deseáis ir también?

—¿Si lo deseo? ¿Queréis que sea franca, mi querido príncipe? Pues eso es lo que me tenía anoche de tan mal humor.

—¿De veras?

—Como lo oís.

—Pues bien, arreglaré el asunto con Rovigo. ¿Creo que éste es el que anda en eso?

—¡No sabéis cuánto os lo agradeceré!

—Ahora, por vuestra parte, haced algo por mí.

—Cuanto queráis.

—Dadme el repertorio de la semana, para que pueda combinar mis noches con las vuestras.

Quiero ver los templarios; ¿Hacéis vos algún papel?

—Sí, hago una especie de llorona. Mejor quisiera que me vieseis en otra pieza.

6

—Quiero veros en todas.

—¿Entonces queréis el repertorio?

—Sí.

—Por cierto que está mal combinado. Todo esto no es más que chismes, cábalas, intrigas. Nuestra pobre comedia francesa me temo que va a donde

iba el café de Luis XV.

—¿De veras?

—¿Dónde andará ese repertorio?... ¡Ah! Ya me acuerdo.

Fernanda alargó la mano a un tirador de campanilla que terminaba en un arco y en una aljaba de cobre dorado, y llamó. Cornelia se presentó al punto.

—¿Qué habéis hecho del repertorio que os di ayer? —dijo Fernanda.

—Lo puse en una de las copas de vuestro dormitorio.

—Pues id por él, que lo pide su alteza imperial.

Cornelia salió, y volvió un momento después con el impreso semanal en la mano.

Tomolo Fernanda, y se lo dio al príncipe. Enseguida, volviéndose a Cornelia, que permanecía de pie en su puesto:

—¿Qué esperáis? —le dijo.

—Perdonad, señora, —dijo la criada—; pero está ahí una persona que desea hablaros.

Y acompañó estas palabras con una de esas miradas de doncella a su ama; que quieren decir:

“perded cuidado, yo sé lo que hago.”

—¿Algún otro joven Gallardo? —preguntó Fernanda.

—¡Oh! No señora; es una pobre muchacha que está muy triste, y parece tener un gran pesar.

—¿Cómo se llama?

—Cecilia.

—¿Cecilia? ¿Cecilia de qué?

—Cecilia nada más.

—¡Vaya! —dijo el príncipe—; hoy es día de nombres solos.

—¿Y qué desea?

—Desea enseñaros una cosa que de seguro será de vuestro agrado. Le dije al punto que era inútil, en atención a que os hallabais en ánimo de hacer economías; pero la pobre muchacha ha insistido tanto, que no he tenido valor para despedirla. Le he dicho, en consecuencia, que aguarde, y que cuando estuviéseis en disposición de poderla recibir, la recibiríais; entonces se sentó modestamente en un rincón con su caja sobre las rodillas, y aguarda a que la mandéis llamar.

—¿Lo permite vuestra alteza imperial? —preguntó Fernanda.

7

—Con gran placer —respondió el príncipe—, tendré mucho gusto en ver a esa muchacha, y sobre todo, en admirar lo que lleva en esa caja que tiene tan modestamente sobre sus rodillas.

—Entonces decidle que entre —dijo Fernanda.

Cornelia desapareció al punto, y volvió al poco rato, anunciando a la señorita Cecilia; detrás de Cornelia entró la persona anunciada.

Era ésta una encantadora muchacha de 19 años, de rubios cabellos, de rosada tez, con unos grandes ojos azules y un talle esbelto; iba vestida de riguroso luto, y sin adornos de ninguna clase; sus mejillas estaban pálidas y sus ojos inyectados de sangre; conocíase que había sufrido y llorado mucho.

Según los antecedentes dados por Cornelia de la persona que deseaba hablarle, Fernanda creyó que sería alguna costurera encargada de enseñar

muestras de tela, pero a la primera mirada que dirigió sobre aquel triste y severo continente, conoció que se había equivocado. El príncipe, por su parte, no pudo menos de reparar, lleno de admiración, en aquel aire de casta dignidad, esparcido en toda la fisonomía de la joven.

Cecilia se detuvo en el dintel de la puerta, muda e inmóvil.

—Acercaos, señorita —dijo Fernanda—, y tened la bondad de decirme a qué debo el placer de veros.

—Señora —respondió Cecilia con voz trémula, pero en la que se notaba más sufrimiento que temor—; en esa caja hay un vestido que he presentado ya a muchas personas; pero siempre el precio del vestido ha superado a lo que me han ofrecido por él. La última persona que lo ha visto me dijo, devolviéndomelo, que sólo una reina podría comprarlo, y así, me he dirigido a vos, que sois una reina.

Estas palabras habían sido pronunciadas con una voz tan vibrante, al paso que con tanta dignidad y tristeza, que el príncipe y Fernanda sintieron redoblarse su admiración; con todo, las últimas palabras de la joven hicieron sonreír a la bella artista.

—¡Oh! Sí, una reina, —dijo—; reina desde las siete y media de la noche hasta las diez; reina con un teatro por reino, con palacios de cartón y corona de cobre dorado. Pero con todo, no habéis andado muy descaminada al dirigiros a mí, porque, aunque yo sea una falsa reina, ahí tenéis a un verdadero rey.

La joven levantó con triste gravedad sus hermosos ojos azules, y le miró con una expresión que daba a entender que no había entendido una palabra de cuanto le decían.

Entretanto, Cornelia había levantado la tapa de la caja.

Fernanda no pudo contener un grito de sorpresa y de admiración.

—¡Oh, qué traje tan maravilloso!, —exclamó apoderándose de él con la

ambiciosa curiosidad de una mujer que ve una obra maestra de gusto y de trabajo, desdoblándolo sobre una silla, y pasando su mano sobre él para juzgar mejor de la finura de la muselina y de la belleza del bordado.

Y en efecto, tal vez no se había visto, ni aún en Nancy, país de las maravillas de este género, nada que pudiese igualar a aquel vestido, recargado de tal manera de bordado, que apenas de trecho en trecho se podía divisar el fondo sobre el que serpenteaban los tallos más delicados y las más elegantes 8

flores que han absorbido jamás las ávidas miradas de una hija de Eva; aquella no era la obra de una mujer, sino el capricho de una hada.

Por poco inteligente que fuese el príncipe en esta clase de labores, no pudo menos de conocer que aquel vestido era un milagro de paciencia y de inteligente laboriosidad.

Fernanda permaneció mucho tiempo entregada a la muda contemplación de aquellos graciosos arabescos; después, volviéndose hacia Cecilia:

—¿Y quién, —le preguntó—, ha bordado este vestido?

—Yo, señora, —contestó Cecilia.

—¿Y cuántos años habéis empleado en esa obra?

—Dos años y medio.

—Bien lo creo, mirad, príncipe, lo que va del bordado a mano, al bordado de telar, y es precisamente lo que da el mérito al vestido; dos años y medio. ¡Oh! Y seguramente habréis trabajado mucho.

—Día y noche, señora.

—¿Y emprendisteis esta obra con el objeto de venderla?

—No, señor; la emprendí con otro objeto.

—Ahora comprendo que no hayáis encontrado comprador, porque es una

cosa verdaderamente para una reina.

—¡Oh! Sí, me veo obligada a pedir un precio muy elevado; y esto ha hecho que no haya podido venderle, a pesar de la extremada necesidad que tengo de dinero.

—¿Y qué es lo que pedís por él? —preguntó el príncipe sonriendo.

La joven permaneció un momento silenciosa, como temiendo dejar escapar de sus labios las fatales palabras que tantas veces le habían arrebatado sus esperanzas; pero al fin contestó con una voz apenas inteligible:

—Tres mil francos.

—¿Cuánto? —dijo Fernanda.

—Tres mil francos, —repitió Cecilia.

—¡Oh! —dijo la actriz, acompañando su exclamación con un movimiento combinado de los ojos y de la boca imposible de pintar—; ¡oh! Es caro; pero lo vale.

—Y además —prosiguió la joven enlutada, juntando las manos y próxima a caer de rodillas—, al mismo tiempo haréis, comprándolo una buena obra; os lo juro, señora.

—¡Oh! ¡Dios mío! Mi querida niña, —dijo Fernanda—; de muy buena gana compraría ese vestido, y aun os confieso que me causa envidia, ¡pero mil escudos!...

—¡Ah! ¿Y qué son mil escudos para vos? —dijo la joven dirigiendo una mirada a su alrededor como para formarse una idea de la riqueza de la persona a quien se dirigía por el suntuoso mueblaje de la habitación.

9

—¡Qué es lo que decís! Mil escudos, —repitió la artista—, son mis ganancias de tres meses.

Tomad, señorita, dirigíos al príncipe, y él comprará ese vestido para alguna señora de la corte.

—Así es —dijo aquel—; esta señorita tiene razón, y yo me quedo con él.

—¡Vos, vos, señor, vos príncipe! —exclamó la joven—; ¿es cierto que os quedáis con él por el precio que he dicho?

—Sí, —respondió el príncipe—, y si aún os hiciese falta algún dinero más...

—No, monseñor, no, —contestó la joven—; me hacen falta tres mil francos, y nada más. Además de que tampoco vale más el vestido.

—Está bien, —dijo el príncipe—; ahora tened la bondad de entregarlo a mi ayuda de cámara, Juan, a quien hallaréis en la puerta en conversación con mi cochero; decidle que lo ponga en mi carruaje, y dadle las señas de vuestra habitación para enviaros hoy mismo esa suma, que parece haceros mucha falta.

—¡Oh! ¡Sí, sí! —respondió la joven, y ha sido menester hallarme reducida a una imperiosa necesidad para que me decidiese a deshacerme de ese vestido.

Y diciendo estas palabras, la pobre niña cubrió de besos aquellos bordados, de que iba a separarse, con una mezcla de alegría y de dolor a la vez, que partía el alma. Después, saludando por última vez a Fernanda y al príncipe, se dirigió hacia la puerta.

—Una palabra, —dijo Fernanda—, y perdonadme, señorita, o mejor dicho, perdonad a los dos sentimientos que experimento, la curiosidad que excitáis en mí, y el interés que me habéis inspirado.

¿Para quién estaba destinado este vestido?

—Para mí, señora.

—¿Para vos? ¿Y qué vestido era ése?

—Era mi vestido de boda.

Y la joven se lanzó fuera de la habitación, ahogando un doloroso suspiro.

Dos horas después, los tres mil francos estaban en manos de la joven.

Al día siguiente el príncipe se hizo conducir a la habitación de Cecilia. Esta joven le había interesado mucho. Había referido la anécdota a la emperatriz, y ésta deseaba verla.

—¿La señorita Cecilia? —preguntó la portera.

—Sí, la señorita Cecilia; una muchacha rubia, con ojos azules, de unos 18 a 19 años. ¿No es éste el número 5 de la calle del Coq?

—¡Ah, ya caigo! Respondió la portera; pero ya no vive aquí. Su abuela ha muerto hace tres días, y la enterraron antes de ayer; ayer salió la señorita Cecilia, y estuvo todo el día fuera, y hoy ha marchado.

—¿Pero ha salido de París?

—Probablemente.

—¿Y a dónde ha ido?

10

—Lo ignoro.

—¿Y qué clase de familia era la suya?

—Nunca lo pude saber.

Y el príncipe, aunque reprodujo cinco o seis veces sus preguntas bajo distintas formas, no pudo saber ni una palabra más.

Ocho días después, Fernanda se presentó en «El Filósofo» sin saberlo con un vestido tan maravillosamente bordado, que corrieron rumores de que había

sido un presente hecho por el sultán Selim a la encantadora Rogelana.

Y ahora nosotros, que en calidad de historiadores tenemos el privilegio de conocer todos los secretos, hablemos de la misteriosa joven que se apareció por un momento al príncipe y a Fernanda, y a quien no conocían en la calle del Coq, número 5, sino bajo el nombre de Cecilia.

11

CAPITULO I

La puerta de Saint-Denis

El 20 de septiembre de 1792, a las seis y media de la mañana, se presentaba en la puerta de Saint-Denis un pequeño carromato guarnecido de paja, cubierto de lienzo y conducido por un aldeano sentado sobre las varas, detrás de otros doce que se adelantaban, todos con la pretensión bien evidente de salir de París, cosa que en aquella época de emigración no era tan fácil.

Así era que cada uno de los carruajes que se presentaban eran sometidos a una rigurosa investigación.

Además de los dependientes de las puertas, cuyo oficio ordinario era registrar simplemente a los carruajes que entraban, estacionaban en la puerta cuatro oficiales municipales para comprobar los pasaportes, y había una guardia de nacionales voluntarios con objeto de prestarles auxilio en caso necesario.

Todos los carruajes que precedían al carromato fueron registrados por su turno, hasta sus más ocultos rincones; pero ninguno de ellos debió presentar, sin duda, cargamento sospechoso, porque todos pasaron sin dificultad, y llegando entonces el carromato hasta la barrera, se detuvo a su vez delante del cuerpo de guardia.

Entonces el aldeano, sin aguardar el interrogatorio, levantó por sí mismo el lienzo que cerraba el carro y presentó su pasaporte.

Este pasaporte, expedido por el alcalde (maire) de Abbeville, inculcaba a las

autoridades que dejasen viajar libremente al arrendatario Pedro Durand, que con su mujer, Catalina Payot, y su madre, Gervasia Anoult, pasaba a París. Por otra parte, la municipalidad de París autorizaba a las mismas personas a volver a la aldea de Nouvion, punto de su residencia habitual.

El oficial municipal introdujo la cabeza en el carromato, el cual contenía una mujer de 45 a 50

años, otra de 25, y una niña de 4 años; todas tres estaban vestidas de aldeanas normandas, y a excepción de la niña, llevaban el grande tocado de las mujeres del país de Vaux.

—¿Quién se llama Gervasia Anoult? —preguntó el municipal.

—Yo caballero, —respondió la mujer de más edad.

—¿Y catalina Payot? —continuó aquél.

—Yo ciudadano, —contestó la más joven.

—¿Y por qué esta niña no está incluida en el pasaporte?

—¡Oh! —dijo el aldeano respondiendo la pregunta dirigida a las mujeres—; no ha sido culpa nuestra; bien me decía mi mujer: “Pedro, es preciso hacerla inscribir también en el pasaporte”; pero yo le dije: “Quita allá, Catalina; un muñeco como ése no vale la pena”.

—¿Es hija tuya? —preguntó el municipal. La niña abría la boca para contestar, pero su madre le puso la mano sobre los labios.

12

—¡Pardiez! —dijo el aldeano—; ¿y de quién queréis que sea?

—Está bien, —dijo el municipal—; pero, como decía la ciudadana, importa que se haga mención de esa niña en el pasaporte; y luego, —añadió—, por equivocación sin duda, se dice en él que tu madre tiene sesenta y cinco años y tu mujer treinta y cinco; ninguna de esas dos ciudadanas parecen ser de la

edad que se les atribuye.

—Sin embargo, tengo yo los sesenta años, caballero, —dijo la de más edad.

—Y yo treinta y cinco, —dijo la más joven.

—Y yo, —dijo la niña—, tengo cuatro años, y sé leer y escribir muy bien.

Las dos mujeres se estremecieron, y el aldeano prosiguió:

—Ya lo creo que sabrás leer y escribir, pues bien caro me ha costado; seis francos al mes en la escuela de Abbeville; pues si tú no supieras leer, haría que le formasen causa a tu maestro de escuela, que en algo se ha de conocer que es un normando.

—Bien, bien, —dijo el oficial municipal—; ahora bajareis a mi habitación, entretanto que se registra el carruaje para asegurarnos de que nadie hay escondido en él.

—Pero caballero... —respondió la mujer de más edad.

—¡Madre mía!... —dijo la joven apretándole el brazo.

—Vamos, vamos; haced lo que desea el ciudadano, —dijo el aldeano—, y cuando se cerciore de que no hay aristócratas ocultos bajo nuestra paja, nos dejará pasar; ¿no es esto, ciudadano oficial?

Las dos mujeres obedecieron el cuerpo de guardia; al pasar el dintel de la puerta, la de más edad llevó su pañuelo a la nariz. Felizmente este movimiento no fue notado por nadie, sino por su compañera, quien le hizo por dos o tres veces señas para que se reprimiera aquel sentimiento peligroso de disgusto.

El aldeano permaneció cuidando del carro.

El oficial abrió la puerta de su cuarto, y las mujeres y la niña entraron en él, después de lo cual cerró la puerta.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, el oficial examinó con sus miradas, y una después de otra, a las dos mujeres; no sabían éstas qué pensar de aquel mudo interrogatorio, cuando adelantando un sillón a la de más edad y una silla a la más joven:

—Tomaos la molestia de sentaros, señora marquesa, —dijo a la de más edad—; tomad asiento, señora baronesa, —prosiguió dirigiéndose a la más joven.

Una y otra se quedaron pálidas como la muerte, y se dejaron caer sobre las sillas que les presentaban.

—Pero, caballero, estáis en un error, —dijo la anciana.

—¡Ciudadano, te aseguro que estás equivocado! —exclamó la joven.

—No disimuléis conmigo, señoras; además de que nada tenéis que temer.

—¿Pero quién sois, y cómo es que nos conocéis?

13

—Yo soy el ex-intendente de la señora duquesa de Lorgues, antigua dama de honor de la condesa de Artois, que ha salido de París con los príncipes, y me ha dejado aquí para salvar lo que pudiese de su fortuna; os he visto muchas veces en casa de mi señora, y os he reconocido al momento.

—Nuestra vida está en vuestras manos, caballero, —dijo la señora, a quien el oficial había dado el título de baronesa—; porque no podemos negar quiénes somos, y porque mil veces nos habéis visto en casa de la duquesa de Lorgues, una de mis mejores amigas; pero yo espero que os compadeceréis de nosotras, ¿no es verdad?

—Podéis estar tranquilas, señoras, —respondió el ex-intendente—, y haré, además, cuanto esté de mi parte para que podáis huir.

—¡Oh! Caballero, —exclamó la marquesa—; creed que os estaremos agradecidas eternamente, y si podemos seros útil en algo...

—¡Oh, madre mía! ¿En qué podríamos hoy servir a este caballero? Nuestras relaciones no servirían para otra cosa que para comprometerle, y lejos de poder hacer nada por los demás, somos nosotras las que tenemos necesidad de protección.

—Sí, sí; tienes razón, hija mía, —respondió la marquesa—; sino que a cada instante olvido lo que somos y lo que ha llegado a ser nuestro desgraciado país.

—¡Silencio, por Dios, madre mía, —dijo la joven, no digáis eso!

—¡Oh! Nada tenéis que temer, señoras, —dijo el oficial—... Esto es —prosiguió—, en tanto que no lo digáis sino delante de mí... Pero debo daros un consejo, señora marquesa, y es que habléis lo menos posible... Tenéis un acento aristocrático que no está a la orden del día; además, y perdonadme este nuevo consejo, cuando habléis debéis tener sumo cuidado en usar el «tú» y apostrofar a las gentes con el nombre de «ciudadanos».

—¡Nunca, caballero; eso no! —exclamó la marquesa.

—Hacedlo por mí, por mi pobre hija, —dijo la baronesa—; ¡ya ha perdido a su padre! ¿Y qué sería de ella si también nos perdiera a nosotras?

—¡Está bien! Sea como tú quieras; haré lo que pueda por conformarme.

—¿Y ahora, señoras, queréis continuar vuestro camino con ese pasaporte?

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó la baronesa.

—Yo creo que en vez de servirlos, puede, por el contrario, comprometerlos. Ni una ni otra representáis la edad que os han puesto en él; y además, falta incluir, como ya os he dicho, a la niña.

—Pero entonces, ¿qué es lo que podemos hacer?

—Yo me encargo de sacaros otro nuevo.

—¡Oh, caballero! ¿Seríais tan bueno que lo hicieseis?

—Seguramente; pero tendréis que deteneros aquí una media hora, y tal vez más.

—¡Oh! No importa, caballero, —dijo la baronesa—, porque estoy convencida de que a vuestro lado estamos seguras.

14

El oficial salió de la habitación, y volvió un momento después, trayendo el pasaporte lleno de lodo y medio desgarrado.

—Ciudadano, escribiente, —dijo dirigiéndose a un joven que llevaba como él una banda tricolor—; ten la bondad de llegarte de mi parte a que te den un pasaporte en regla en la alcaldía. Dirás que es para reemplazar éste que se me ha caído bajo las ruedas de un carruaje. Di, además, que los viajeros están aquí, y que yo mismo escribiré en él las señas.

El joven tomó el pasaporte de manos del oficial, y salió sin poner objeción ninguna.

—¿Y ahora, —dijo la baronesa—, podemos nosotras saber vuestro nombre, para que le conservemos en nuestra memoria, y para que podamos rogar a Dios por nuestro libertador?

—¡Ah, señora! Mi nombre, —contestó el oficial—, es felizmente para mí, y para vos tal vez, un nombre ignorado y desconocido. Era, como os he dicho, intendente en casa de la duquesa de Lorgues, quien me había hecho casar con una maestra de enseñanza, inglesa, a quien había hecho venir de Inglaterra para que completase la educación de su hija. Mi esposa la ha acompañado en la emigración, juntamente con mi hijo, que tiene seis años. Ahora se hallan en Inglaterra, creo que en Londres, y como presumo que también vais a Londres...

—Precisamente, caballero.

—Podré indicaros las señas del paradero de la señora duquesa, a quien

además, siempre podréis encontrar al lado de su alteza real la señora duquesa de Artois.

—¿Y dónde vive? Preguntó la baronesa.

—Regent's Street, 14.

—Gracias, caballero; no lo olvidaré y si tenéis algún encargo que darme para la señora...

—Tendréis la bondad de decirle que he tenido la dicha de poderos hacer un pequeño servicio; que hasta ahora mi patriotismo me ha salvado; pero que como no confío mucho en él, iré a reunirme con ella en cuanto haya podido poner en salvo nuestros intereses...

—Estad seguro, caballero, de que no olvidaré una sola de las palabras que me habéis dicho, pero a todo esto aún no me habéis dicho vuestro nombre.

—Le podréis leer al pie de vuestro pasaporte, y desearé que él os sirva de protección cuando yo no pueda prestároslo en persona.

En aquel momento volvió el escribiente con el nuevo pasaporte. El otro lo había dejado como depósito en la alcaldía.

—Siéntate ahí y escribe, —dijo el oficial al joven.

Éste obedeció, y escribió las fórmulas de costumbre; después, así que llegó a los nombres de los individuos, levantó la cabeza, esperando a que se los dictaran.

—¿Cómo se llama tu marido, y qué edad tiene ciudadana? —preguntó el oficial.

—Se llama Pedro Durand, y tiene treinta y seis años.

—Está bien, ¿y tu madre?

—Gervasia Arnoult, y cuenta cuarenta y cinco.

—¿Y tú?

—Catalina Payot, veinticinco años.

—¿Y tu hija?

—Cecilia.

—¿De edad de...?

—Cuatro años.

—Está bien; y ahora José, dime lo que han importado los derechos.

—Treinta sueldos, —dijo el escribiente.

La marquesa sacó un luis de oro de su bolsillo.

—¡Madre mía! —dijo la baronesa deteniéndole la mano.

Y contó uno después de otro, y muy despacio, los treinta sueldos, entregándolos después al escribiente, quien saludó y salió de la habitación.

Entre tanto el oficial municipal ponía su visto bueno, y así hubo concluido, entregó el precioso documento a la baronesa diciéndole:

—Ahora señora, podéis continuar vuestro camino, y espero que no tengáis ningún contratiempo.

—Caballero, —dijo la baronesa—; el servicio que nos habéis hecho no puede pagarse sino con un agradecimiento eterno, y este agradecimiento pasará del corazón de mi madre al mío, y del mío al de mi hija, cuando mi hija pueda saber lo que es agradecimiento.

La marquesa saludó al oficial con noble dignidad, y la niña le envió un beso.

Después de lo cual volvieron las tres a subir en el carro; Pedro Durand se volvió a sentar sobre una de las varas, y después de haberse asegurado de que se hallaban bien acomodadas, dio un latigazo al caballo, que tomó el trote.

—A propósito hija mía, —dijo al cabo de pocos momentos la marquesa—; ¿Cómo se llama ese buen hombre?

—Luis Duval, —respondió la baronesa—, cuyo primer cuidado fue el de mirar al pie del pasaporte el nombre de su libertador.

—¡Luis Duval! —repitió la marquesa—; parece que no todos esos hombres del pueblo son jacobinos ni asesinos.

Al oír aquellas palabras, dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas de la baronesa.

Lágrimas que la niña Cecilia enjugó con dos besos.

16

CAPITULO II

Se han visto reinas que lloraban como las demás mujeres

Ahora debemos decir algo de las dos mujeres y de la niña que, gracias al digno municipal, acababan de escapar de un inminente peligro.

La de más edad llamábase la marquesa de la Roche-Bertaud; era natural de Chemille, y por su nacimiento y por su matrimonio era una de las más distinguidas señoras del reino.

La más joven, que era hija suya, se llamaba la baronesa de Marsilly.

La niña era su nieta, y se llamaba Cecilia, como hemos dicho ya; ésta es la heroína de nuestra historia.

El barón de Marsilly, su padre, y marido de la joven, era oficial de guardias ocho años atrás.

La baronesa de Marsilly pertenecía a la servidumbre de la reina hacía cinco.

Ambos permanecieron fieles a sus príncipes; el barón hubiera podido el año 91 y 92 pasar al extranjero, como lo habían hecho muchos de sus compañeros; pero juzgó que su deber era el de permanecer al lado del rey, y si tenía que morir por él, moría a su lado. La baronesa no había opuesto el menor inconveniente, y permaneció en compañía del esposo a quien adoraba, y de la reina a quien veneraba.

Cuando el rey y la reina intentaron huir, dejaron en libertad al barón y a la baronesa de Marsilly, los que se retiraron a su casa, calle de Verneuil, número 6. Allí se disponía a seguir a sus soberanos, cuando supieron que habían sido detenidos en Varennes y que los conducían a París; al momento se dirigieron a ocupar sus puestos respectivos en las Tullerías, y las dos primeras personas que el rey y la reina encontraron al bajar del carruaje, dispuestas a presentarles sus respetos, fueron el barón y la baronesa de Marsilly.

Y téngase presente que desde esta época las circunstancias eran muy graves para que esta adhesión pasase desapercibida. El 20 de junio preparaba el 10 de agosto, y el 10 de agosto debía preparar el 21

de enero.

París había tomado un aspecto singular; parecía que los habitantes no se ocupaban ya de sus negocios, sino de sus pasiones; en vez de aquella buena fisonomía ocupada de pequeñeces, que forma el carácter especial del paseante parisiense. Sólo se veían gentes que parecían ocupadas en sustraerse a los odios o en meditar una venganza; no pasaba día en que no se oyese hablar de algún nuevo asesinato; tan pronto era un desdichado procurador que hacían morir a palos en la calle de Reuilly, so pretexto de que era un emisario de Laffayette, tan pronto un antiguo guardia de corps, que ahogaban en el estanque de las Tullerías, sujetándole la cabeza bajo del agua, en medio de las aclamaciones del populacho, que miraba aquel horrible espectáculo dejando oír estúpidas carcajadas; en otra ocasión era algún sacerdote 17

refractario que ahorcaban de un farol; otro día era Duval d'Eprenesnil,

acuchillado sobre el terraplén de Feuillans; y todos estos asesinatos, todas aquellas venganzas y sangrientas catástrofes, se devoraban con el nombre pomposo y solemne de justicias del pueblo.

Cuando el rumor de estos acontecimientos llegaba a las Tullerías, escoltado de aquella singular escena, todos se miraban con espanto, preguntándose cuál era la nueva justicia que ocupaba impunemente la justicia del rey.

Todo esto presagiaba una gran catástrofe; después llegó un día en que, como si los presagios celestes quisiesen reunirse a las amenazas humanas, estalló una de esas tempestades siniestras, que anuncian una especie de armonía entre el mundo superior y el mundo inferior.

Esto sucedió el 3 de agosto de 1792; todo el día había hecho un calor insoportable; todo abrasaba en París, una especie de lasitud, un vago terror, un sombrío desaliento, parecían haberse apoderado de la población; los vecinos, inquietos, reunidos delante de las puertas, o hablando desde las ventanas, señalaban con asombro las nubes inmensas y cobrizas que pasaban rápidamente por encima de las estrechas calles, como olas inmensas, y se dirigían hacia el poniente, donde se confundían en un mar inmenso de sangre.

Jamás había presentado el cielo aquel color; nunca el sol había abandonado la tierra despidiéndose con tan sombría tristeza.

Entonces una brisa caliente y susurrante cruzó los aires; pero tan extraña, tan inesperada, que sin cambiar una palabra más, los grupos se disiparon, y cada uno volvió a entrar en su casa, cerrando las puertas y ventanas; entonces la tempestad estalló.

Recordaremos que la tempestad del mes de julio precedió algunos días a la Revolución de 1830.

Por espacio de una o dos horas los hombres quisieron luchar con los elementos. Al resplandor de los relámpagos, y en medio del ruido de los truenos, aquellas hordas extranjeras, que llamaban marseleses, no porque fuesen de Marsella, sino porque como las tempestades, habían venido del Mediodía, se diseminaron por las calles; tempestad viva, unida a la tempestad

del cielo; torrente de hombres que se mezclaba a los torrentes de fuego y de agua que surcaban los aires. Pero, en fin, la tempestad del Señor venció aquella especie de rebelión; las hordas se disiparon, y las calles, desiertas, quedaron a merced de los relámpagos y del rayo.

Nadie durmió en las Tullerías durante aquella terrible noche; más de una vez, por entre una ventana entreabierta, la reina y el rey dirigieron miradas inquietas hacia los Feuillants o sobre los muelles; no conocían a su pueblo ni a su ciudad, y apenas, al oírle prorrumper en sombrías quejas, y no acordándose de haberle ofendido nunca, reconocían a Dios.

A las siete de la mañana se disipó la tempestad. Entonces se supieron detalles horrorosos de ella.

Habían caído rayos en más de cincuenta partes. Dieciocho o veinte personas habían perecido; la cruz de la llanura de Issy, la cruz de Croene, la cruz del cementerio de Hay, y la cruz del puente de Charenton, habían sido derribadas.

18

En fin, durante aquella noche, y al ruido de aquella tempestad, Danton, Camilo Desmoulins, Barbaroux y Panis decretaron la jornada del 10 de agosto.

El día 9 el barón de Marsilly se hallaba de guardia en las Tullerías y, como de costumbre, la baronesa estaba de servicio con la reina.

A las ocho de la mañana oyóse tocar el tambor en los diferentes barrios de París. Maudar, comandante en jefe de la guardia nacional, convocaba a la milicia ciudadana a la defensa de las Tullerías, que se sabía estaban amenazadas desde el día anterior por los habitantes de los arrabales.

Apenas acudieron tres o cuatro batallones a este llamamiento, que se repartieron entre el patio de los Príncipes, el patio de los Suizos y en el piso inferior del palacio.

El patio de los Príncipes conducía al pabellón de Flora; esto es, al pabellón que cae sobre el muelle; el patio de los Suizos conducía al pabellón Marsas, que era el que daba sobre la calle de Rívoli.

A las doce y media el barón de Marsilly recibió orden para acompañar al rey a la capilla. Toda la familia real quería oír misa, como en tiempos pasados comulgaban los caballeros antes de entrar en un combate; presentíase, sin saber por qué, que se aproximaba la hora de un terrible acontecimiento.

Había algo de solemne en aquella misa, la penúltima que oyó Luis XVI.

La última fue la del 21 de enero.

El resto del día fue bastante tranquilo, y se pasó en hacer en el interior del palacio algunas obras de defensa. El barón fue el encargado de cortar el techo de la galería del Louvre, hoy galería del Museo.

A las once de la noche, Pethion, corregidor de París, el mismo que un año después, fugitivo a su vez, debía ser devorado casi vivo por los lobos en Saint-Emilion, entró en la habitación del rey, de donde salió a las doce.

Un momento después se presentó el rey, y abriendo la puerta de una habitación donde había un puesto militar:

—Caballero Marsilly, —dijo reconociendo al oficial que lo mandaba—; os anuncio una noche más tranquila de lo que esperábamos; me acaban de asegurar que todo se va tranquilizando. Haced que den esta noticia a Monsieur De Maillador; pero que esto no le haga descuidarse.

El barón se inclinó, y salió para cumplir la orden del rey; pero al llegar al puente de la escalera principal se detuvo, creyendo oír ruido por la parte de afuera. El toque de rebato y el eco de la generala resonaban a un mismo tiempo, y al grito de “¡A sus puestos!” se dejaba oír de un extremo a otro en las Tullerías, al mismo tiempo que se cerraba la gran verja del Carrousel.

Una media hora después corrió la voz de que los artilleros de la guardia nacional, que habían sido llamados para defender al rey, y que se hallaban en

el patio, acababan de volver sus piezas contra el palacio.

A las dos de la madrugada enviaron a decir al barón Marsilly, que el rey preguntaba por él.

19

El barón encontró al rey, a la reina, a madame Isabel y a sus más íntimos servidores reunidos en la habitación que servía de antesala a la del rey. La baronesa se hallaba en el hueco de una ventana con otras dos damas de honor.

Todas las mujeres estaban muy pálidas.

El carácter que presentaban aquellas fisonomías, modeladas por las de sus soberanos en aquellas críticas circunstancias, era la resignación.

El rey no se había acostado. En el momento que entró el barón, estaba recostado sobre un sofá. Su Majestad se levantó. Estaba vestido con un traje color violeta, y ceñía espada.

Luis XVI se adelantó a recibir al barón, y cogiéndole por un botón de su casaca, como tenía de costumbre cuando hablaba con personas de su intimidad, le llevó a un extremo de la habitación.

—¡Qué es esto mi querido barón! —le dijo—; parece que, a pesar de lo que Pethion me ha dicho, las cosas van tomando peor aspecto. El pueblo se reúne, y, según parece, al amanecer debe marchar contra las Tullerías. ¿Qué es lo que quieren? Yo no sé nada... Degollarnos sin duda... ¿Creéis que las Tullerías se hallan en estado de poderse defender?

—Señor, —respondió el barón—; me exigís que diga la verdad, ¿no es cierto?

—Sí, sí; la verdad. Si siempre se me hubiera dicho la verdad, no hubiera llegado este caso.

—Si somos atacados formalmente y con algún vigor, no podrá defenderse el

palacio arriba de dos horas.

—Pues qué, ¿creéis que me abandonen mis defensores?

—No, —respondió el barón—; pero al cabo de dos horas habremos muerto todos.

—Barón, no digáis eso en voz alta, no se alarme la reina. ¿Conque esa es vuestra opinión?

—Sí, señor.

—Ésta es también la de Maillador, a quien también he mandado llamar. Barón, tomad cincuenta hombres de los que más confianza os inspiren y encargaos del puesto de la puerta del Reloj; está defendido por dos piezas de artillería. Quiero poder contar con todos los que ocupen aquel punto, que es el más importante de todos.

—Doy gracias a Vuestra Majestad por la confianza que me honra, y procuraré hacerme digno de ella —dijo el barón inclinándose para marcharse.

—Decid algunas palabras a la baronesa; os doy mi permiso —le dijo el rey deteniéndole.

—Gracias, señor. No me hubiera atrevido a pedir esa gracia; pero Vuestra Majestad sabe buscar los deseos en el fondo del corazón de sus servidores.

—Es que también yo soy padre y marido como vos, barón, y yo también amo a la reina con toda mi alma —después añadió en voz baja—: ¡Pobre María! ¡Que Dios la proteja!

El barón se acercó a su esposa.

20

—Luisa, —le dijo—, no sabemos lo que pueda suceder. En el caso de que se apoderen de las Tullerías, refugiate en la pieza que está detrás de la biblioteca de madame Isabel. Si no he muerto, allí iré a buscarte.

—Pero, ¿y si la reina sale de París?

—Entonces, como yo también seguiré al rey, no nos separaremos.

Y ambos esposos se apretaron la mano.

—Abrazadla, —dijo el rey acercándose al oído del barón y poniéndole la mano en el hombro—;

¿quién sabe si los que ahora se separan se volverán a ver?

—Gracias, señor; gracias, —dijo el barón estrechando a su esposa entre sus brazos.

La reina enjugó las lágrimas que se escapaban de sus ojos. El barón notó aquella prueba de interés, y fue a hincar la rodilla delante de María Antonieta.

La reina le dio a besar su mano.

El barón, en seguida, se arrojó fuera de la habitación; el soldado conocía que iba a llorar como un niño.

21

CAPITULO III

El artillero de la Cruz-Roja

Detrás del barón de Marsilly salieron el rey, la reina y la princesa Isabel, los cuales iban a hacer una visita a sus defensores. En cada puesto dirigía el rey algunas palabras a los que lo componían, con objeto de animarles. La reina trataba de imitarle; pero en vano, porque los sollozos le cortaban el uso de la palabra.

En efecto, el espectáculo que ofrecían las Tullerías, era poco a propósito para tranquilizar.

Prontos a morir por el rey, los guardias Suizos y franceses estaban en sus puestos; pero entre los milicianos fermentaba la disensión. Los batallones de los Padres Menores del Cerro de los Molinos y de las Hijas de Santo Tomás, permanecían fieles y se mantenían firmes en el patio de los Suizos y en el de los Príncipes; pero los batallones de los Baños de Juliano y los artilleros de la Cruz-Roja, del Finisterre y del Panteón, habían ya asestado sus cañones a las Tullerías.

Luis XVI regresó a su cámara con el corazón hecho pedazos; en cuanto a la reina y a la princesa Isabel, ya no les quedaba esperanza alguna.

Excepto el delfín, nadie durmió aquella noche en la regia mansión.

A las seis de la mañana oyóse un pavoroso ruido: era la vanguardia de los arrabales, que desembocaba en el palacio.

Al mismo tiempo, los reyes y el delfín bajaban por la escalera principal, la reina con su hijo en brazos, y los tres se encaminaban al congreso de los diputados.

El rey dirigió al paso una mirada al barón de Marsilly, que espada en mano y bajo el portal, estaba al frente de sus cincuenta hombres. A la puerta había dos cañones, y tras ellos los artilleros con la mecha encendida.

El delfín, o heredero de la corona, saludó con la mano a sus contados defensores, que prorrumpieron en un grito unánime de ¡viva el rey!

Mas no sucedió lo mismo cuando Luis XVI llegó a la azotea de los Fuldenses: los que en ella había y la llenaban hasta rebosar, lo acogieron con terribles vociferaciones, y hubo un gastador que abrumó de injurias a la reina y le arrancó de los brazos al delfín.

El real niño entró en el congreso de los diputados llevado por aquel hombre.

En esto retumbaron los primeros cañonazos.

La baronesa, al oír el estrépito de la artillería, se acordó de la recomendación

que le hiciera su esposo, y se retiró al gabinete indicado, seguida de tres o cuatro camaristas.

22

El estampido de los cañones iba redoblando por momentos, y en los intervalos se oía el estruendo de la fusilería.

A cada descarga, el alcázar retumbaba desde sus cimientos hasta su cúspide; los cristales caían hechos añicos en las habitaciones, y las balas iban a empotrarse en las entabladuras.

Poco después se oyeron gritos que fueron haciéndose más y más claros; aquellos gritos los proferían los suizos y los milicianos a quienes pasaban a cuchillo en las escaleras.

El rey había expedido, desde el congreso de los diputados, una orden a sus defensores para que cesaran el fuego y capitulasen; pero era ya demasiado tarde: el alcázar había sido tomado por asalto.

Por las habitaciones de las Tullerías empezaron a resonar las pisadas de los fugitivos, y el teatro de la lucha se trasladó de las escaleras al interior y continuó de aposento en aposento. La baronesa, con el oído pegado a la puerta del gabinete, escuchaba acercarse el rumor, y en cada grito que a ella llegaba le parecía oír el último de su esposo. Prontamente cedió la puerta a impulsos de una violenta sacudida, y tres milicianos del Cerro de los Molinos se precipitaron en la estancia implorando socorro a la baronesa y a sus compañeras, que estaban hechas un mar de lágrimas.

Olvidándose de sí misma para no pensar más que en su esposo, la baronesa pidió nuevas del barón a aquellos fugitivos; pero ¡ay! estos no lo conocían.

Al ver a los milicianos con el uniforme hecho jirones y teñido de sangre, apoderóse de aquellas pobres mujeres un terror indescriptible.

El gabinete tenía una puerta que daba a un pasillo, que a su vez y por una escalera oculta conducía a las habitaciones de la planta baja.

Una de las camaristas propuso este medio de fuga, que fue adoptado con tanta más prontitud cuanto ya se oían los fusilazos y los lamentos de los moribundos en el aposento que precedía a la biblioteca.

Hombres y mujeres se lanzaron desordenadamente al pasillo y de éste a la escalera, que descendieron volando. Sólo la baronesa, antes de seguir a sus compañeras, se detuvo en el primer peldaño; y es que su esposo le había dicho que le aguardara allí, y aun en medio de su terror la detuvo en su sitio el recuerdo de aquella recomendación.

Por un instante la baronesa tuvo para sí que sus amigas y los milicianos se habían salvado, e inclinada sobre la barandilla los seguía con la mirada y con el oído al través de los corredores, donde se apagó el ruido de sus pasos. Pero muy luego se oyeron dos o tres tiros de fusil, al que siguieron varios gritos y el rumor causado por cinco o seis personas que huían; eran las compañeras de la baronesa y los guardias nacionales que habían tropezado al fondo del corredor con una banda de marseleses que emprendieron a correr tras ellos y volvieron a buscar un asilo en el gabinete en donde estaba aguardando la baronesa.

En la escalera cayó uno de los guardias nacionales, a consecuencia de haberle atravesado el cuerpo una bala en la última descarga, y las mujeres se vieron obligadas a pasar por encima de su cadáver.

La matanza se acercaba por ambos lados.

23

No había medio de quedarse en el gabinete, pues se oían los rugidos de los marseleses en el corredor.

Tampoco había esperanza de huir por la biblioteca, en donde se peleaba con gran encarnizamiento. Las mujeres se hincaron de rodillas, y dos hombres cogieron las sillas, para morir al menos defendiéndose.

En aquel momento, por un tragaluz que daba a un pequeño cuarto retirado, se lanzó un hombre vestido con el uniforme de artillero de la Cruz-Roja, y fue a

caer en medio de las mujeres, que arrojaron un grito de terror, y de los guardias nacionales que se prepararon a romperle la cabeza con las sillas, cuando de repente la baronesa extendió sus brazos sobre aquel hombre; era su marido.

Las mujeres le reconocen al punto y los dos guardias nacionales saben que es amigo.

En dos palabras les puso el barón al corriente; forzado su puesto, y perseguido de cuarto en cuarto, halló a la puerta del gabinete contiguo, el cadáver de un artillero de la Cruz-Roja; arrastróle al gabinete, se vistió con su uniforme, y por el tragaluz que sabía comunicaba con la biblioteca, se había reunido a su mujer.

Apenas acababa de dar esta explicación, cuando marselleses, que habían perdido de vista a los fugitivos, pero que los seguían por el rastro de sangre, se precipitaron en la escalera. El barón tomó una resolución rápida, súbita y completa, y les salió al encuentro.

—Por aquí, amigos, —dijo—; por aquí.

—¡Artillero de la Cruz-Roja! —gritaron los marselleses.

—Sí, hermanos; hemos sido cogidos estos dos valientes guardias nacionales y yo e íbamos a ser degollados, cuando estas mujeres nos han ocultado en este gabinete. La vida para ellas, pues nos han salvado la nuestra.

—Pues que griten: «¡viva la nación!»

Las pobres mujeres gritaron cuanto les pedían.

Luego los marselleses se entraron por las habitaciones, llevándose a los dos guardias nacionales.

—Y a esas pobres mujeres que nos han salvado, —exclamó el barón—, ¿las abandonareis a merced de otros, que ignorantes del servicio que nos han prestado, las degollarán quizá?

—No —dijeron los marseleses retrocediendo—; ¿pero qué quieres que hagamos?

—Que se les acompañe a su casa, y sea recompensada su buena acción.

—Pues que se agarren de nuestros brazos y digan dónde viven.

—¿Dónde vives, ciudadana? —preguntó el barón a su esposa.

—Calle de Verneuil, número 6, respondió madame de Marsilly.

—Camarada, —dijo el barón a aquel de los marseleses de mejor fisonomía —; te recomiendo a ésta, por haber sido la que más cuidado ha tenido de mí, y vive ahí enfrente, pues no hay más que atravesar el Sena.

—No tengas cuidado, —dijo el marsellés—; llegaré a su casa sin contratiempo; yo te respondo de ello.

24

—¡Pero tú, ciudadano, —exclamó la pobre joven cogiendo del brazo a su esposo—, qué es lo que vas a hacer!

—Yo, —dijo el barón afectando un lenguaje y unos modales en armonía con el traje que llevaba—, yo voy a ver qué es lo que hace el rey.

La baronesa dejó escapar un suspiro, desprendiéndose del brazo de su marido, y se cogió del de su protector.

Luego el barón entró de nuevo por el tragaluz en el gabinete contiguo, y se puso otra vez su uniforme, que no se lo quitara por un instante más que en la esperanza de que, gracias a aquel disfraz, podría salvar a su esposa.

La baronesa aguardó en vano a su marido durante los días 10 y 11.

En este último día, por la noche, y en el momento de levantar los cadáveres del patio de los Suizos, un portero que ayudaba a arrojarlos en las carretas que se los llevaban, reconoció en uno de ellos al señor de Marsilly. El buen

hombre hizo conducir aquel cuerpo a su habitación, y fue a anunciar a la baronesa, que había llegado sana y salva a su casa, que acababan de encontrar a su marido entre los muertos.

25

CAPITULO IV

La marquesa de la Roche-Bertaud

Grande, amarguísimo fue el dolor de la baronesa; pero alma a la vez sencilla y fuerte, halló un suavizante a su amargura en la convicción de que su esposo había perecido cumpliendo con su deber.

Por otro lado debía vivir para su madre y para su hija.

Permanecer en París con la marquesa, era exponerse a mil peligros, tanto más cuanto la marquesa tenía uno de esos caracteres que no admiten el disimulo, no por energía de alma o por convicción política, sino porque, nacida bajo dorados techos artesonados y educada de cierta manera, le era imposible ocultar un solo momento ni su nacimiento, ni sus opiniones, ni sus odios, ni sus simpatías.

La atmósfera política se iba poniendo cada día más tempestuosa; el rey y la reina se hallaban en el Temple; los asesinatos aislados, continuaban en las calles, precursores de la catástrofe general que se preparaba. Monsieur Guillotin acababa de regalar a la asamblea legislativa el filantrópico instrumento que había tenido la suerte de inventar; ya era tiempo, pues, de abandonar la Francia.

Pero salir de Francia no era una cosa muy fácil.

Habíanse impuesto penas muy severas a los que intentasen emigrar, y se exponían al huir de un peligro a caer en otro mucho mayor.

La marquesa quería encargarse de todo; hablaba de coche, de caballos de posta, de pasaportes imposibles que pensaba obtener por la mediación de los

embajadores, que en nombre de sus soberanos obligarían, según ella decía, a aquella canalla a que la dejaran marchar a ella, a su hija y a su nieta. La baronesa le suplicó que le dejase arreglar y conducir este negocio, y a fuerza de ruegos obtuvo de su madre que no se mezclase en nada.

Así, pues, ella se encargó de todo.

Tenía el barón unas tierras situadas entre Abbeville y Montreuil. Estas tierras estaban al cuidado de un arrendatario, cuyos antepasados las tenían en arrendamiento hacía dos siglos. La baronesa creyó poder contar con la fidelidad de su arrendatario; así es que envió un anciano criado que había cuidado al barón en la niñez, y que hacía cuarenta años que estaba en su casa. Este antiguo servidor no llevaba ninguna instrucción por escrito, temiendo ser registrado; pero las había recibido de palabra de la baronesa y sabía lo que debía hacer.

La familia del arrendatario se componía únicamente de su madre y de su esposa; quedó convenido que esta familia iría a París, y que la marquesa y su hija saldrían de la capital con los vestidos y los pasaportes de aquellas dos aldeanas.

Durante este tiempo, la baronesa de Marsilly hizo todos sus preparativos de marcha.

26

En aquella época, en que todo el numerario había sido convertido en asignados, había muy poca moneda contante, aún en las casas más ricas; con todo, la baronesa pudo reunir unos veinte mil francos, que unidos a ochenta mil de las joyas pertenecientes a la marquesa, tranquilizaron a las emigradas sobre su porvenir en el extranjero. Además, todo el mundo se hallaba en la persuasión de que no podría durar mucho aquel estado de las cosas, y esta emigración, aun a los ojos de los pesimistas, debía terminar antes de tres o cuatro años.

Así es que las pobres mujeres se ocuparon de todos los preparativos.

Los de la baronesa no fueron muy largos, y se hicieron con la previsoramente sencillez que formaba la base de su carácter; pero no sucedió lo mismo por parte de la marquesa. Su hija, al entrar en su cuarto, la halló en medio de una infinidad de cajas, de cofres y de paquetes suficientes para cargar tres faetones; no quería desprenderse de ninguno de sus vestidos, y llevaba hasta el servicio de la mesa.

—Madre mía, —le dijo la baronesa, moviendo tristemente la cabeza—; os tomáis una molestia inútil. Para no despertar sospechas, es preciso no llevar más ropa que la puesta, y en cuanto a la ropa blanca, uno sólo de vuestros pañuelos bordados bastaría para hacernos reconocer y para que nos prendiesen.

—Pero con todo —contestó la marquesa—, necesitamos vestidos.

—Sí, tenéis razón —repuso la baronesa, siempre con una inalterable dulzura—; pero nuestros vestidos han de ser sencillos y en armonía con nuestra condición aparente. No perdáis de vista —

añadió procurando sonreír—, que somos unas pobres aldeanas, madre y esposa de un aldeano; que vos os llamáis Gervasia Arnoult, y yo Catalina Payot.

—¡Oh! ¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Dios mío, a qué tiempos! —murmuró la marquesa—; si Su Majestad desde un principio hubiese reprimido los abusos; si hubiese mandado ahorcar a Monsieur Necker y fusilar a Monsieur de Laffayette, no habiéramos llegado al estado en que nos vemos.

—Tened presente que aún hay personas más desgraciadas que nosotras, y que esta comparación os haga resignaros. Pensad en el rey y en la reina, presos en el Temple; pensad en el pobre delfín, y tened compasión, ya que no de nosotras mismas, de esa pobre Cecilia, que si nos perdiese, quedaría huérfana y abandonada.

Eran éstas razones demasiado fuertes para que la marquesa no se rindiese a ellas; pero no lo hizo sin suspirar amargamente. La marquesa había nacido en

medio del lujo; se había acostumbrado a vivir en él, y contando seguir así siempre, las cosas más superfluas habían llegado a ser para ella de la más absoluta necesidad.

Pero aún tuvo más que sufrir, cuando la baronesa le entregó la parte de ropa blanca destinada a su uso, y que sin ser muy grosera, hacía un cruel contraste con la batista y con el lienzo de Hungría, de que usaba constantemente; las camisas, sobre todo, la exasperaron, y dijo terminantemente que no se pondría sobre la carne un lienzo, bueno únicamente para los patanes.

27

—¡Ay, madre mía! —dijo tristemente la baronesa; demos gracias a Dios si por espacio de ocho días llegamos a hacer creer que pertenecemos a esa clase que tanto despreciáis, y que es hoy la clase omnipotente.

—¡Pero esto no puede durar así; no, es imposible! —exclamó la marquesa.

—Yo también espero que no durará; pero por ahora no hay más que conformarnos, y en tanto que llega el día de nuestra marcha, yo usaré la ropa blanca que debe servirnos, para quitarle su primera aspereza.

Esta proposición de la baronesa conmovió en extremo a su madre, cuyo corazón era excelente en el fondo, de modo que al fin consintió en todo, y convino en que a los infinitos sacrificios que ya había hecho, añadiría este último, que era para ella el más penoso de todos.

Entre tanto llegó el arrendatario, acompañado de su madre y de su mujer; la baronesa los recibió como a personas que venían a salvarle la vida, y la marquesa como a personas a quienes concedía el honor de deberles la suya.

Además del traje que llevaban puesto, traían también sus mejores vestidos, sus vestidos de día de fiesta; estos eran para la baronesa y la marquesa.

Felizmente, con corta diferencia, eran unas mismas las estaturas. En la noche misma de la llegada se cerraron las puertas y ventanas, y la baronesa y su madre se probaron los vestidos.

La baronesa se avino perfectamente a las incomodidades relativas de su nuevo traje; pero la marquesa prorrumpió en lamentaciones. La papalina no se le sostenía en la cabeza; los zapatos le hacían daño en los pies, y las aberturas de los bolsillos no estaban en el mismo sitio.

La baronesa le aconsejó que conservase puesto el vestido hasta el momento de la marcha a fin de habituarse a él. Pero la marquesa contestó que prefería morir a llevar semejantes atavíos una hora más del tiempo preciso.

Fijóse la marcha para dos días después.

Durante ese tiempo, Catalina Payot hizo a la pequeña Cecilia un traje completo; la niña estaba encantadora con aquel vestido, y sobre todo, muy gozosa; la mudanza es la felicidad de la infancia.

La víspera del día de la marcha se ocupó Pedro Durand en hacer visar su pasaporte. La cosa ofreció menos dificultad de lo que esperaba. Había entrado con su madre, su mujer, su carreta y su caballo, y salía a los cinco días con su madre, su mujer, su carreta y su caballo, poco tenían que decir a eso.

Pensóse en añadir la niña a las personas inscritas, pero se temió que esa adición despertara sospechas en los municipales, y después de una madura reflexión, se acordó no hacer siquiera mención de semejante cosa.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, estaba en el patio el carronato con el caballo enganchado.

La marquesa, habituada a acostarse a las dos de la madrugada, y a levantarse a las doce del día, había preferido pasar en vela toda la noche; la baronesa, por su parte, había pasado toda la noche en coser monedas de oro en el corsé, y diamantes en el vestido de la pequeña Cecilia.

28

A las cinco entró la baronesa en el cuarto de su madre, la encontró dispuesta; únicamente había conservado, vestida como estaba de aldeana, unos botones

de diamantes en las orejas y una magnífica esmeralda en su dedo; no parecía sino que iba a un baile de máscaras y había tomado todas sus precauciones para que se conociese que aquello no era más que un disfraz.

Después de una ligera discusión, obtuvo la baronesa de su madre que se quitara pendientes y sortija, operación que no se llevó a cabo sin que la marquesa exhalase profundos suspiros.

Pero la verdadera lucha fue cuando se trató de subir al carromato; la marquesa no había visto todavía el vehículo destinado a transportarla fuera de Francia, y se había formado la idea de que sería a lo menos un coche de alquiler. Pero al ver el carromato se quedó como espantada. Sin embargo, como las grandes circunstancias producen las grandes resoluciones, la marquesa hizo sobre sí misma un violento y último esfuerzo, y subió al carromato.

La baronesa lloraba en silencio al dejar su casa, en donde había sido tan dichosa; sus criados, que tan bien la habían servido, y las buenas aldeanas, que le daban una prueba tan grande de cariño.

En cuanto a la pequeña Cecilia, no hacía más que repetir:

—¿Pero dónde está papá? ¿Por qué no viene con nosotros?

Todo fue bien hasta la puerta de Saint-Denis; pero allí tuvo lugar la escena que hemos referido, y que en vez de poner las cosas peor, como se había creído en un principio, tuvo resultados tan felices para la familia que emigraba.

En efecto, como lo había previsto el buen municipal, merced al nuevo pasaporte, más en regla que el antiguo, no encontraron obstáculo los viajeros; por otra parte, para mayor seguridad no se detuvieron, como convenía a gentes de la condición que aparentaban, sino en pequeñas posadas de aldea. El caballo era bueno, y caminaba sus doce leguas diarias, de suerte que en la noche del sexto día estaban los fugitivos en Boulogne.

Al pasar Pedro Durand por Abbeville, había hecho visar su pasaporte para

continuar su camino.

Pasamos en silencio los lamentos de la marquesa cuando tuvo que acostarse en camas de posada y encender la vela.

La baronesa soportó aquellos arranques aristocráticos con su angelical dulzura.

En cuanto a la pequeña Cecilia, no cabía en sí de gozo al ver árboles, flores y campos. Los niños son como las aves, y no piden más.

Llegaron durante la noche a Boulogne y se apearon en la fonda de Francia, calle de París.

La fonda era de madame Ambron, realista de corazón, y cuyas señas había tomado la baronesa como de una mujer con quien podía contar. En efecto, apenas se franqueó con el a la baronesa, le respondió de todo, y le prometió que en la noche siguiente; si el viento era favorable, partiría para Inglaterra.

En seguida dio a los viajeros cuartos humildes, como convenía a sus aldeanos; pero tan sumamente aseados, que hasta la marquesa misma dio por un momento tregua a los suspiros, que no había dejado de exhalar desde que abandonó su casa.

29

En efecto, en la mañana siguiente madame Ambron, que tenía relaciones con todos los marineros de la costa, ajustó su travesía con el patrón de una pequeña balandra, quien por la suma de cien lises se comprometió a conducir a los fugitivos a Douvres.

Todo el día tuvo la baronesa fijos sus ojos en una veleta que había enfrente de sus ventanas.

El viento era contrario, y hacía cinco o seis días que soplaba obstinadamente en la misma dirección.

Pero como si Dios, creyendo ya que aquella familia había sufrido bastante, quisiera por fin mirarla con ojos compasivos, hizo que por la tarde cambiase de repente, y la dama de la casa entró muy contenta para decirle a la marquesa que se hallase dispuesta a marchar antes de que se cerrasen las puertas.

En efecto, a las cinco, la marquesa, la baronesa y la pequeña Cecilia, volvieron a ocupar sus asientos en el carro, juntamente con Pedro Durand. Como volvían a Montreuil, y gracias al nuevo visto bueno, salieron sin dificultad. Pero a una media legua de la ciudad tomaron un camino de travesía que conducía a una pequeña casa de campo que había comprado madame Ambron, y que se hallaba a un cuarto de legua del mar. En esta casa era donde, gracias al procedimiento que acababa de emplear la baronesa, iban a buscar a los viajeros que deseaban pasar a Inglaterra.

Pero ahora madame Ambron quiso estar presente en la casita, y ella fue quien, a las diez de la noche, recibió a las fugitivas.

A media noche el patrón de la balandra llamó a la puerta, y, según lo pactado, la baronesa le entregó anticipadamente cincuenta luisas. El resto, el marino debía recibirlo al llegar la marquesa, su hija y la pequeña Cecilia a Inglaterra.

Las dos mujeres se envolvieron en sendas chaquetas, y madame Ambron se ofreció a dar el brazo a la marquesa, a quien llenaba de terror el tener que andar a pie y en medio de las tinieblas de la noche la distancia que del mar las separaba.

Pedro Durand tomó en brazos a la pequeña, y todos emprendieron la marcha.

A medida que las fugitivas iban avanzando, oían más claramente la mar, que se desmenuzaba a lo largo de la costa con ese interminable y triste murmullo que parece la respiración del océano.

La marquesa se estremecía al pensar que iba a embarcarse en un buque fragilísimo, y aun habló de quedarse escondida en provincias.

De tiempo en tiempo la baronesa miraba a la pequeña Cecilia, que se había

dormido en brazos de Pedro Durand, y sin proferir un vocablo se enjugaba los ojos.

Por fin llegaron al borde del acantilado; de consiguiente era preciso descender.

La marquesa, al no ver más que una especie de muralla vertical, empezó a dar espantosos gritos.

A lo largo del acantilado serpenteaba una senda no más ancha de sesenta a setenta centímetros; la baronesa cogió a su hija de brazos de Pedro Durand, y tomó bravamente la delantera, seguida de madame Ambron, que iba cogida de la mano del arrendatario. La marquesa cerró la marcha, apoyada en el patrón.

De esta suerte llegaron a la pedregosa playa.

30

Por un instante la baronesa fue alimento del terror. En toda la extensión que descubría la mirada no se veía alma viviente, ni una barca; pero el patrón lanzó un silbido, e inmediatamente después apareció en la mar un punto negro que fue agrandándose por momentos: era un bote guiado por dos remeros.

Madame de Marsilly se volvió por última vez para tributar gracias a la fondista y el postrer adiós a Pedro Durand, y al ver que éste daba vueltas entre los dedos a su sombrero, con el ademán evidentemente apurado del hombre que desea hablar y no se atreve, le preguntó:

—¿Tenéis algo que decirme, amigo mío? —preguntó la baronesa.

—Perdonad, señora... —dijo Pedro Durand—, porque es una indiscreción mezclarme en vuestros asuntos.

—Hablad, mi querido Pedro; lo que tengáis que decirme no puede menos de ser digno de vos.

—Quería deciros, señora, que marchando así, precipitadamente, y en el momento en que menos lo debíais esperar, y yendo a vivir en un país tan caro como la Inglaterra, sin saber cuánto tiempo tendréis que permanecer en él...

—¿Y qué? —dijo la baronesa, viendo que Pedro dudaba aún.

—Pensaba que tal vez la señora baronesa no habrá podido reunir los fondos necesarios.

—Pedro, amigo mío, —dijo la baronesa estrechándole la mano—, ya os comprendo.

Pedro continuó:

—Y si la señora baronesa... en fin, como tenemos aún seis años de arrendamiento y espero que continuemos en él, decía pues, que si quisiérais permitirnos darle dos años adelantados, además de que eso sería un beneficio para nosotros, en atención a que pudieran robarnos, y que el dinero estaría más seguro en vuestras manos... Ello es que si os dignarais aceptar estos diez mil francos, nos daríais sumo placer en ello. Aquí los tengo en esta bolsa, y todo en luises de oro. ¡Oh! Podéis tomarlos sin reparo, son buenos.

—Sí, sí, amigo mío, lo acepto, —dijo la baronesa—; ya nos volveremos a ver en tiempos más tranquilos, y podéis estar seguro de que no olvidaré nunca vuestro generoso proceder.

—Vamos, a la barca, —gritó el patrón—; si se le ocurriese a algún aduanero hacer su ronda, estamos perdidos.

El aviso no podía ser más oportuno. La baronesa estrechó por última vez la callosa mano de Pedro Durand entre sus delicados dedos, y abrazó a madame Ambron, saltando a la barca, donde le esperaban ya la marquesa y Cecilia.

En aquel momento se oyó una voz que gritaba: ¿Quién vive?

—Alejémonos, —dijo el patrón—, y remad con todas vuestras fuerzas.

Y saltando él en la barca la lanzó al mar.

Diez minutos después se hallaban los viajeros a bordo del velero, y al día siguiente por la mañana desembarcaron en Douvres.

31

CAPITULO V

La casa de campo

Lo que primero resolvió la baronesa, en cuanto hubo desembarcado, fue alquilar un coche para trasladarse a Londres; pero la marquesa se opuso, diciendo que puesto que habían tenido la dicha de salir de Francia y se hallaban en lugar seguro, no daría un paso más con la ridícula vestimenta con que se viera obligada a disfrazarse para huir. Como esto no ofrecía grave inconveniente, la baronesa accedió, como accedía casi siempre a las exigencias de su madre, por extravagantes que fuesen, esto es, con la sumisión filial que suele hallarse aún en las familias de la nobleza que han conservado las tradiciones del siglo XVII.

La baronesa, pues, se hizo conducir a la mejor fonda de Douvres, y la marquesa, una vez en ella, a pesar de la fatiga de la travesía y antes de tomar el más pequeño reposo, abrió una caja que había escondido en el coche, sacó de ella su ropa blanca y sus vestidos, y después de haber arrojado lejos de sí las ropas vulgares que tanto le pesaban, empezó su tocado, y no lo dio por concluido hasta que se hubo puesto la cofia y empolvado tan cuidadosamente como si aquella noche misma hubiese tenido que presentarse en la corte de la reina.

En cuanto a madame de Marsilly, tenía toda su atención concentrada en la pequeña Cecilia, que por fortuna casi no se había mareado; con todo eso, como anhelaba llegar a Londres para buscar casa, hizo tomar todos los asientos del interior de una diligencia que a las nueve de la mañana del día siguiente partía para la capital.

De todos es conocida la comodidad de los coches ingleses; la marquesa, pues,

no escrupulizó mucho en subirse a la diligencia, máxime cuando vio que, gracias a su hija, se hallaría aislada de los demás viajeros.

El viaje de Douvres a Londres lo realizó la diligencia con su rapidez acostumbrada; las viajeras pasaron casi sin detenerse en ellas, por Canterbury y Rochester, y el mismo día llegaron a Londres.

La baronesa estaba demasiado absorta en su dolor para fijarse en lo que pasaba en torno de ella; no así la marquesa, que parecía haber vuelto de la muerte a la vida: veía levitas y tocados, cosa que hacía dos o tres años dejara de ver en Francia; de modo que para ella Londres era la ciudad más hermosa del mundo, y los ingleses el pueblo más grande de la tierra.

Conforme les recomendara madame Ambron, las viajeras se alojaron en una fonda de la plaza de Golden, a algunos centenares de pasos de la Regent's street, y tan pronto estuvieron instaladas, la baronesa envió a la duquesa de Lorges una carta en la que le notificaba su llegada.

Aquella misma noche se presentó en la fonda de la duquesa de Lorges; la baronesa y ella habían sido siempre muy amigas; la duquesa le ofreció cuanto tenía, en caso de que pensara permanecer en Londres.

32

Pero no era ésta la intención de madame de Marsilly, pensaba vivir retirada todo el tiempo que durase la emigración; así es que únicamente pidió a la duquesa que le indicase un pueblecillo donde retirarse para entregarse enteramente a la educación de su hija. La duquesa le propuso a Hendon, como una de las más bonitas residencias, pues reunía a la proximidad de la ciudad la soledad del campo, y la baronesa le propuso ir dentro de dos días a visitar el pequeño paraíso que su amiga le recomendaba.

Al día siguiente, la baronesa y su madre fueron a su vez a visitar a la duquesa. El primer cuidado de la baronesa fue el de informarse de madame Duval. Debemos recordar que al marido de esta señora debían ellas, según todas las posibilidades, el no haber sido inquietadas durante el camino. La duquesa mandó llamar, y algunos momentos después entró madame Duval,

acompañada de su hijo, hermoso niño de seis años, que fue desde luego destinado a ser el compañero de infancia de Cecilia.

La baronesa, después de haber contado a madame Duval lo mucho que debían a su marido, cumplió la comisión que aquel le había dado. La buena mujer escuchó todas sus palabras llena de gozo y de reconocimiento; hacía más de tres meses que no había recibido noticias de su marido, quien no atreviéndose a aventurar las cartas en el correo, no podía hacerlas pasar a sus manos sino aprovechando ocasiones, que cada día se iban haciendo más raras. En aquellos tres meses habían tenido lugar los asesinatos del 10 de agosto y del 2 y 3 de septiembre, y la pobre mujer, careciendo de noticias, ignoraba completamente si su marido había sido del número de las víctimas.

Así se tranquilizó sobre aquel punto, llamó a su hijo, que llegó llevando del brazo a Cecilia.

—Eduardo, —le dijo—, pedid permiso a la señora baronesa para besarle la mano, y dad las gracias por haberme asegurado de que tenéis aún padre.

—¿Y papá? —preguntó a su vez Cecilia—; ¿dónde está papá?

La desgraciada baronesa no pudo contener un torrente de lágrimas, y tomando en sus brazos a los dos niños, los confundió en el mismo abrazo con grande escándalo de la marquesa.

Por la noche, la baronesa recibió una carta de la duquesa, en la que le decía que no podía consentir en que fuese sola a Hendon; que al día siguiente iría a buscarla con su carruaje, y que irían juntas a visitar el pueblecillo que debía ser su residencia futura.

En efecto, el día siguiente la duquesa de Lorgues fue a casa de la baronesa a las diez, que ya se hallaba preparada, así como Cecilia; la marquesa no había aún concluido su tocador.

Hendon distaba pocas leguas de Londres; así es que llegaron al pueblo en dos horas. Agradó mucho a la baronesa el aspecto tranquilo y modesto de las pequeñas casas inglesas; mujer de gustos sencillos y de goces internos, había

deseado la soledad sobre todo, desde la muerte de su marido, y esta idea tomaba incremento a la vista de aquellas pequeñas casas de campo que se hallaban a cada paso en el camino. Parecíale que en aquellas moradas la existencia debía ser, ya que no siempre dichosa, al menos tranquila.

Llegaron a Hendon; esta pequeña población era, como había dicho la duquesa, una de esas dichosas perspectivas que no se hallan en Holanda ni en Bélgica. Informóse la baronesa de si algunas de 33

aquellas casas se alquilaban, y le indicaron cinco o seis, que, según las circunstancias que ella deseaba, debían convenirle.

Tenía la baronesa tantos deseos de instalarse en una de aquellas casas de campo, que en el mismo momento principió a buscar habitación, y así que hubo visto la primera, quiso alquilarla, no creyendo posible que hubiese otra más bonita ni mejor distribuida; pero la duquesa, conociendo mejor el terreno, le aseguró que aún las hallaría mejores, y cediendo a sus deseos, madame de Marsilly se decidió a ver otras.

Y en efecto, al cabo de ver cinco o seis halló una tan linda, que la misma duquesa no pudo menos de convenir en que sería difícil hallar otra mejor, por lo cual se procedió al ajuste. Madame de Marsilly quedó en libertad de poder habitar desde aquel mismo día la casa, mediante la suma de ochenta libras esterlinas al año.

Era ésta una pequeña casa de dos pisos, blanca, con ventanas verdes, por delante de la cual se extendía un enverjado que contenía una porción de plantas que en aquella estación estaban en toda su lozanía. Llegábase a la fachada de la casa por un pequeño patio, costeano el camino dos montecillos de flores. Tres escalones conducían a una puerta, también verde, y en medio de la cual brillaba un llamador de cobre, brillante como si fuera de oro. Abierta la puerta, se entraba en un corredor que atravesaba toda la casa; y que en el extremo opuesto daba a un pequeño jardín de una media fanega de tierra, con un hermoso prado, de un verdor que sólo se conoce en Inglaterra; una calle de árboles circular sombreada por acacias, árboles de Judea y lilas; un cenador rústico en el fondo, amueblado con una mesa y cuatro sillas; y, en

fin, un pequeño arroyuelo que murmuraba saltando sobre rocas en miniatura, por bajo de las cuales formaba un pequeño estanque, que un rayo de sol de mediodía hubiera secado en pocas horas.

En cuanto al interior de la casa, era de la mayor sencillez.

Cuatro puertas se abrían en el corredor del piso bajo, la del comedor, la de la sala, la de una alcoba y la de una pieza de labor.

El piso principal tenía distinta distribución; la escalera que conducía a él daba a una antesala, en la que había tres puertas; enfrente de la sala, y a cada lado de una alcoba y un gabinete de tocador.

El piso alto estaba destinado a los criados.

La marquesa halló la casa demasiado pequeña y mezquina; pero la baronesa le dijo sonriendo que iría a pasar el invierno a Londres, y mediante esta promesa, que madame de la Roche-Bertaud tomó a mucha formalidad, dio su aprobación a la elección de su hija.

Pero la casa, como puede suponerse, estaba sin muebles; era preciso por lo tanto, comprarlos o alquilarlos. La duquesa de Lorgues y la marquesa de la Roche-Bertaud, que preveían que la Francia se vería castigada muy pronto por la coalición extranjera; que los emigrados volverían a París, y que los príncipes legítimos serían restablecidos en su trono, eran de opinión de que se alquilasen; pero madame de Marsilly, que veía las cosas bajo un punto de vista más positivo, calculó que tres años de alquiler equivalían a una compra, y se decidió a comprar todo lo que fuese necesario, rogando a su madre que eligiese la habitación que más le agradase, para amueblarla lo más pronto y a su gusto que fuese posible.

34

La marquesa hallaba la casa demasiado pequeña para ella y para sus trajes; decía que ella tenía en su casa de campo de Turena armarios en que podían encerrarse cómodamente todas las habitaciones de aquella finca. Era cierto; pero aquello no era Turena, sino Inglaterra, y era preciso tomar un partido y

decidirse. Después de haber subido y bajado la escalera más de veinte veces, después de haber visitado todos los rincones de su futura habitación, la marquesa se decidió por el piso bajo.

Hecha ya su elección volvieron todos a Londres.

Como la baronesa de Marsilly deseaba instalarse lo más pronto que fuese posible en su nueva habitación, madame de Lorgues envió a ella al siguiente día a su tapicero.

La baronesa había protestado contra aquel rasgo aristocrático, confesando con toda franqueza a la duquesa que toda su fortuna se hallaba reducida a un centenar de miles de francos, contando con las joyas de la marquesa; pero la duquesa contestó que con cien mil francos y un poco de economía podía esperar cinco o seis años; además de que no sería menester esperar tanto, pues las tropas aliadas se hallaban a cincuenta leguas de la capital.

Por otra parte; habían aún recursos, tierras en arrendamiento, y se procuraría dinero en Francia.

Estas razones parecían tan justas a la duquesa y a la marquesa, que no podían comprender cómo la baronesa dudaba aún; ésta hizo una concesión; admitió el tapicero, pero se reservó la compra de los muebles.

Ocho días después la quinta estaba en disposición de recibir a sus inquilinos; reinaba en ella la sencillez, la limpieza y el buen gusto.

Pero había sido preciso comprarlo todo; ropa blanca, cubiertos, muebles, etc., de manera que por mucho que economizase la baronesa, tuvo aún que gastar en ello veinte mil francos.

Esto era una quinta parte de lo que poseía, y no le quedaba más dinero efectivo que las diez mil libras de Pedro Durand, y después de gastado esto, los sesenta u ochenta mil francos de las joyas de la marquesa.

Pero con esto podía vivir aún cinco o seis años, y a pesar de los temores que las pasadas desgracias habían hecho nacer para el porvenir en el corazón de

madame de Marsilly, no podía menos de convenir con su madre en que, en el espacio de cinco o seis años, podrían suceder muchas cosas.

Y en efecto, en aquellos cinco o seis años debían tener acontecimientos muy importantes.

Pero por ahora debemos ocuparnos únicamente de nuestra casita y de las personas que la habitaban.

35

CAPITULO VI

La educación

Como se comprende bien, la marquesa había sido enteramente inútil a su hija para el arreglo interior de su casa; así fue que, durante ese tiempo, permaneció en casa de la duquesa de Lorgues, quien en cambio había rogado a madame Duval que cuidase de la instalación de su amiga.

Madame Duval era inglesa, como hemos dicho, de nacimiento plebeyo, pero de educación distinguida, pues, merced a esta educación, había podido dedicarse al profesorado.

A más simpatía que una desgracia común inspiraba a la baronesa, hacia ella, había el reconocimiento de mil pequeños servicios prestados; de lo que resultó que, durante los cinco o seis días que estuvieron juntas las dos mujeres dirigiendo el arreglo de la casita, se estableció entre ellas cierta intimidad, en la que, por lo demás, madame Duval guardó siempre con exquisito tacto la distancia que las conveniencias sociales habían puesto entre ella y la baronesa.

Los dos niños, que nada de eso conocían todavía, jugaban unas veces sobre el césped o sobre la alfombra de la sala, y corrían otras uno tras otro, o cogidos de la mano en el paseo circular del pequeño jardín.

Al cabo de ocho días todo quedó arreglado, madame Duval se encargó de

buscar para la baronesa una mujer que entendiese algo de cocina y pudiese cuidar de la casa, y volvió a Londres.

Mucho sentimiento tuvieron los niños en separarse.

Al día siguiente llegó la duquesa de Lorgues conduciendo en su carruaje a la marquesa de la Roche-Bertaud y a una doncella francesa que ésta había tomado para su servicio particular.

La baronesa vio con inquietud aquel aumento de servidumbre con que no había contado; pero conocía los hábitos aristocráticos de su madre, y como ésta necesitaba que la sirviesen, juzgó que sería una crueldad privar a la marquesa de aquel lujo, cuando tantos sacrificios había hecho ya a su posición.

A la verdad, esa posición era bien independiente de la voluntad de la baronesa. Madame de Marsilly, lo mismo que su madre, estaba habituada a todas las comodidades de una vida regalada y elegante, y por consiguiente sufría como su madre, los disgustos de la escasez en que comparativamente a su pasada opulencia iba a encontrarse; pero hay caracteres dotados de abnegación, que se olvidan siempre de sí mismos para no pensar más que en los otros. Madame de Marsilly era uno de esos caracteres privilegiados del dolor, y su único cuidado era su madre.

En cuanto a la pequeña Cecilia, nada sabía aún de las cosas de este mundo; dolor y felicidad eran para ella vanas palabras, que pronunciaba como un eco, sin tener la conciencia de su valor, y sin hacer todavía diferencia en el acento con que las pronunciaba.

36

Por lo demás, era una amabilísima niña, de tres años y medio, bella y dulce como los ángeles, con todos los instintos encantadores de la naturaleza femenina que, se sonreía a las impresiones agradables, como una flor de primavera se sonríe al sol; naturaleza feliz que, no aguarda más que la fecundación del amor materno para reunir todas sus virtudes.

Así fue que la baronesa, que conoció aquella feliz organización, se reservó a ella sola el cuidado de desenvolverla.

Este cuidado no tuvo dificultad en abandonárselo a la marquesa. Seguramente amaba ésta a su nieta, y hasta a primera vista parecería a ojos prácticos que la amaba más que su madre. Llamábala de un extremo a otro de la habitación, hacía-la traer desde lo último del jardín para abrazarla con pasión; pero a los diez minutos que la niña estuviese a su lado la incomodaba, y entonces la enviaba con su madre. La marquesa a los cuarenta y cinco años, amaba a Cecilia como cuando niña había amado a su muñeca; es decir, para jugar con ella a la madre y a la hija. Cecilia no era para ella, como para su madre, una necesidad continua, sino una simple distracción de breves momentos. La marquesa, en un arrebatado de entusiasmo, habría dado su vida por su nieta, pero ni por ésta, ni por nadie de este mundo, se habría impuesto la marquesa ocho días de privación.

Sin embargo, desde el primer día se entabló una grave discusión entre la baronesa y su madre, sobre el género de educación que se habría de dar a Cecilia.

La marquesa quería una educación brillante y digna en todo de la posición que su nieta sería llamada a ocupar en el mundo cuando el rey, vengado de sus enemigos y restablecido en su trono, devolviese a la baronesa, con el aumento de los intereses de la gratitud, la fortuna que ésta había perdido. Por consiguiente, lo que, según ella, debía buscarse para Cecilia, eran maestros de idiomas, de dibujo y de baile.

La baronesa, por su parte, difería enteramente del parecer de la marquesa en este punto; mujer ante todo de juicio y de razón, vislumbraba las cosas bajo su verdadero aspecto. El rey y la reina estaban presos en el Temple; ella y su madre desterradas, por consiguiente el porvenir le parecía muy incierto y más cargado de vapores sombríos que de esplendores dorados; por consiguiente, para ese porvenir incierto necesitaba educar a Cecilia. Una educación que hiciese de ella una mujer sencilla, sin necesidades, y que se contentase con poco, era la educación que le parecía más conveniente; nada quitaba eso para que si los tiempos cambiaban y mejoraban pudiese esparcir sobre el excelente

fondo que había tejido el bordado de una brillante educación.

Luego, para dar a Cecilia maestros de baile, dibujo y lenguas, era necesario la fortuna que habían tenido, y no la que tenían ahora. Verdad es, que la marquesa ofrecía consagrar una parte de sus joyas a esa educación; pero la baronesa, que veía más lejos que ella, dándole las gracias de todo corazón por el amor que manifestaba a su hija, amor que le impulsaba a hacer el sacrificio de lo que más quería en el mundo, le rogó que guardase ese recurso para una necesidad extrema, necesidad que, en el caso de marchar las cosas en Francia como hasta allí, no tardaría en hacerse sentir.

Por el contrario, encargándose la baronesa de esa educación, podía dar a Cecilia las primeras nociones de todas las artes y todos los conocimientos necesarios a una joven, y prodigándole, además, 37

su cuidado maternal, desarrollar los instintos excelentes que la naturaleza había infundido en aquel joven corazón, apartando los malos principios que una influencia extraña podía introducir en su ánimo.

La marquesa, que no era amiga de discutir, cedió muy pronto a las razones de la baronesa, y madame de Marsilly, con el tácito consentimiento de su madre, se halló encargada de la educación de Cecilia.

Inmediatamente puso manos a la obra. Las almas grandes y santas hallan un consuelo a su dolor en el cumplimiento de sus deberes. El dolor de la baronesa era profundo, pero el deber que se había impuesto era muy dulce.

La baronesa arregló el empleo del tiempo, convencida como estaba, de que una niña puede aprender jugando los primeros elementos de lo que una mujer debe saber un día. Presentó a Cecilia el trabajo bajo el aspecto de un placer, y la niña lo llegó a comprender así tanto más fácilmente, cuanto que todo trabajo se lo indicaba su madre, y ella adoraba a ésta.

Las mañanas estaban consagradas a la lectura, escritura y dibujo; las tardes a la música y al paseo.

Estos diferentes ejercicios del pensamiento y del cuerpo eran interrumpidos

por tres comidas, después de las cuales, el salón del piso bajo se convertía por un tiempo más o menos largo en un sitio de reunión.

Excusamos decir que al cabo de algún tiempo cesó la marquesa de presentarse al desayuno.

Éste, que tenía lugar a las diez de la mañana, contrariaba mucho sus hábitos. La marquesa, durante treinta años de su vida, se había levantado entre once y doce de la mañana, y ni una sola vez se había presentado a nadie, ni aun a su difunto marido, sin sus polvos y maquillajes. Era por consiguiente una incomodidad demasiado grande para ella someterse a aquella nueva disciplina; eximióse, pues de ella, y, como en su casa de la calle de Verneuil, le llevaron el chocolate a la cama.

En cuanto a la baronesa, los cuidados de la casa y educación de su hija ocupaban todo su tiempo. La marquesa, que no era habilidosa ni mujer hacendosa, pasaba el suyo encerrada en su cuarto leyendo los cuentos de Marmontel y las novelas de Crebillon hijo, mientras que la señorita Aspasia (así se llamaba la doncella francesa), que nada tenía que hacer después de vestir a su ama, bordaba o conversaba a su lado; y elevada a su categoría de dama de compañía, llenaba con su conversación los intervalos que quedaban entre las diferentes lecturas de la marquesa.

Ésta había intentado entablar algunas relaciones con sus vecinos del campo; pero la baronesa, dejando en este punto en completa libertad a su madre, había declarado que por su parte quería vivir aislada.

Así se pasó el invierno, durante el cual, la pequeña familia, arreglada por la baronesa, no tuvo alteración ninguna. Sólo la marquesa, de vez en cuando, solía turbar el ordenado empleo del tiempo; pero casi al punto volvían otra vez las cosas a su marcha acostumbrada, merced a la constante y cariñosa voluntad de la baronesa.

Entre tanto llegaban noticias de Francia, cada vez más desastrosas para los emigrados. Había amanecido un día más terrible que todos los anteriores, no sólo para Francia, sino para toda Europa; un día, ante el cual debían quedar eclipsados los del 10 de agosto y 2 de septiembre; ese día era el 22 de enero.

Cruel fue el golpe para la pobre familia aislada. La muerte del rey hacía presagiar la de la reina, y además, era aquel el último lazo roto entre la revolución y el trono, y quizá también entre la Francia y la monarquía.

La marquesa no quería dar crédito a aquella sangrienta noticia; pero no así la baronesa, que siempre había visto el porvenir por el lado sombrío, porque lo veía a través de su luto; todo lo creyó, y sin embargo, no creyó más que la verdad.

Al ver llorar a su madre, como la había visto llorar hacía seis meses, preguntó Cecilia:

—Di, ¿ha escrito papá que no viene más?

A pesar de los terribles acontecimientos que tenían lugar en Francia, y aparte de las lágrimas que le hacían derramar, el método de vida de la baronesa no se alteraba en lo más mínimo. Cecilia se desarrollaba de un modo extraordinario, y, semejante a las flores del jardín, parecía próxima a florecer con la primavera.

Y en efecto, habían llegado los primeros días de primavera, y todo en la casa había tomado un aspecto de festiva alegría; el jardín era todo vida; los matorrales de rosas se cubrían de hojas y de botones; las lilas empezaban a descubrir sus racimos de púrpura; las acacias sacudían en el viento sus perfumadas cabezas; el arroyo, que los hielos del invierno habían encerrado en su curso subterráneo, volvía a aparecer; en fin, todo en aquella casa volvió a recobrar la vida, la juventud, la alegría que el invierno había hecho desaparecer.

Ésta fue también para Cecilia una época llena de felicidad. Durante todo el invierno, uno de esos inviernos fríos, lluviosos y sombríos de Londres, su madre la había tenido encerrada dentro de la casa con el mayor cuidado, y la niña, acostumbrada a la vida de París y a las cosas de la casa de la calle de Verneuil, no hallaba diferencia entre aquel invierno y el anterior, que además

habría ya olvidado quizá; pero cuando vio venir la primavera; cuando pudo, digámoslo así, tocarla con la mano; cuando vio que todo nacía, se animaba y florecía, su alegría no tuvo límites, y todo el tiempo que no dedicaba a sus entretenidos estudios, lo pasaba en el jardín.

Su madre la dejaba; mostrábale a veces el cielo, despejándose poco a poco de su velo de niebla, y cuando un rayo de sol se abría paso por entre las nubes, que, separándose, dejaban ver el azul del firmamento, decía a Cecilia que aquel rayo de luz era la mirada de Dios que se fijaba sobre la tierra, y que aquella divina mirada hacía florecer el mundo.

En cuanto a la marquesa, no había para ella ni primavera ni invierno. Levantábase siempre a las once; tomaba el chocolate en la cama; se vestía, se peinaba, se empolvaba, se ponía los lunares, y leía por la vigésima vez los cuentos de Marmontel y las novelas de Crebillon hijo, cuyas bellezas comentaba con la señorita Aspasia.

La baronesa rogaba a Dios por su marido y por el rey, muertos, y por la reina y el delfín, que iban a morir.

Después, de tiempo en tiempo, corría la voz de que los ejércitos republicanos habían alcanzado alguna gran victoria, y los nombres de Fleurus y de Valmy llegaban hasta la pequeña casa.

39

CAPITULO VII

Dios está en todas partes

Gracias a aquella vida aislada que tenía la baronesa y a la vida excéntrica que llevaba la marquesa, la niña Cecilia se hallaba educada en condiciones muy raras.

Como ya hemos dicho, a consecuencia del sistema de educación adoptado por la baronesa, ningún estudio le había presentado bajo el aspecto del trabajo; sin embargo, cuando su imaginación había estado ocupada por

alguna lectura o por alguna lección de piano o de dibujo, su madre creía deberle dar un desahogo, y la puerta del jardín se abría inmediatamente.

El jardín era el paraíso de Cecilia.

La baronesa, por sí misma, cuidaba de él, y había reunido cuantas flores pudo encontrar. Los lirios, las rosas, las oxiacantas, el aganico blanco, arrebataban la vista y halagaban el olfato. Cecilia, con sus piernas desnudas, su vestido corto, sus blondos cabellos flotantes, y sus mejillas brillantes de salud, parecía una flor más en medio de aquel jardín. Además aquel jardín no era sólo del dominio de los lirios y las rosas, sino que era un pequeño mundo; vistosos y variados insectos ocultos bajo el césped, cruzaban de vez en cuando alguna calle de árboles semejantes a esmeraldas vivas; brillantes mariposas de nacaradas alas parecían llover del cielo, y revoloteaban con su desigual y caprichoso vuelo por encima de aquella brillante alfombra; en fin, los jilgueros y gorriones saltaban de rama en rama, llevando el alimento para sus hijos, que sacaban la cabeza fuera de los nidos de musgo y hierbas secas.

Como la baronesa no recibía a nadie en su casa y Cecilia se hallaba aislada enteramente de los niños de su edad, su jardín llegó a ser para ella el universo. Las flores, las mariposas y las aves llegaron a ser sus amigas. A cada pregunta que había hecho a su madre, la baronesa le había explicado cómo todo provenía de Dios y recibía de Dios la vida. Habíale hecho ver la mirada del sol animando la naturaleza, y le hacía notar que la flor que se abría por la mañana se cerraba por la tarde; en fin, que las aves que despertaban con el alba se dormían con el crepúsculo, exceptuando algún ruiseñor, cuyo canto velaba como una oración, como un himno nocturno, como un eco melodioso. Aquellos ruidos del día y de la noche, las caprichosas revueltas de esas flores vivas que se llaman mariposas, los dulces perfumes de esas estrellas terrestres que se conocen con el nombre de flores, todo esto, gracias al espíritu religioso y poético de la baronesa, no eran más que oraciones de los seres y de las cosas, y el modo con que las aves, las mariposas y las flores alaban y glorifican al Señor.

Pero las amigas más predilectas de Cecilia eran las flores. Cuando la niña corría detrás de alguna linda mariposa de alas de oro, ésta se le escapaba

entre los dedos; cuando quería sorprender algún pájaro cantando en alguna mata, el ave tomaba vuelo, y se iba a continuar su canto a la rama de algún árbol adonde no podía ella alcanzar.

40

Pero sus flores, sus queridas flores, se dejaban abrazar, acariciar, y aun coger. Es verdad que una vez arrancadas perdían su brillantez y sus perfumes, languideciendo poco a poco y muriendo al fin.

Así es que a propósito de una rosa sobre su tallo, la baronesa hizo comprender a su hija que aquello era la vida, y a propósito de un lirio cortado, le explicó que aquello era la muerte.

Desde entonces Cecilia no volvió a coger ninguna flor.

Esta convicción de una existencia real, oculta bajo una aparente insensibilidad, establecía entre la niña y las flores, sus amigas, relaciones, en las que, gracias a su joven imaginación, todo tenía una explicación natural. Así es que las flores estaban enfermas y llenas de salud, tristes o alegres; enternecíase con unas, y alegrábase con las otras; si enfermas, las cuidaba y las sostenía, si tristes, las consolaba. Una vez bajó al jardín más temprano que de costumbre, y al hallar sus lirios y sus lilas cubiertos de rocío, volvió a entrar toda llorosa en la casita, diciendo que sus flores estaban tristes y lloraban; otra vez la baronesa la sorprendió dando a comer un terroncito de azúcar a una rosa para consolarla de haberle arrancado algunas hojas al pasar junto a ella.

Así es que las flores eran el tema obligado de todos los dibujos y de todos los bordados de Cecilia; la cual, cuando veía florecer un lirio más hermoso que los demás, lo retrataba como se retrata a un amigo; cuando veía una rosa de colores más vivos y más rodeada de capullos, la copiaba en la tela de bordado para conservar de ella el recuerdo. De esta suerte, durante la primavera, el verano y el otoño vivía con la realidad, y con la imagen de aquellas estaciones durante el invierno.

Después de las flores, lo que más amaba Cecilia eran los pájaros; como los

gorriones de Juana de Arco que venían a posarse en los hombros de ésta y perseguían su alimento hasta en el corpiño de la doncella de Vaucouleurs, los pájaros del jardín de la casita se habían ido acostumbrando poco a poco a Cecilia. En efecto, para evitar a los padres el que tuviesen que ir demasiado lejos, dos o tres veces al día desparramaba aquélla algunos puñados de semilla al pie de los árboles en los cuales sus armoniosos huéspedes hicieran sus nidos, y como la niña respetaba a los pequeñuelos, los padres no se asustaban al verla; de lo cual resultó que los pajarillos, acostumbrados a la presencia de Cecilia y a su aproximación no sentían sobresalto alguno. El jardín, pues, se había convertido para nuestra heroína en una pajarera, cuyos habitantes cantaban a porfía y a cual mejor tan luego la veían llegar, la seguían como las gallinas siguen a la campesina que de ellas cuida, y revoloteaban en torno de ella cuando hablaba con las flores o leía en su glorieta.

En cuanto a las mariposas, pronto y a pesar de sus vivos colores le fueron indiferentes a Cecilia; y es que esas inconstantes joyas del aire siempre se habían mostrado indiferentes a las demostraciones de la niña. De manera que, una vez que ésta había intentado coger una magnífica y aterciopelada Atalanta, y otra un soberbio Apolo de áureo cuerpo, dejaron fragmentos de alas entre los dedos de la niña, la cual, al soltar a sus prisioneros y al ver su penoso vuelo, comprendió que lo que ella miraba como una caricia era para los insectos una desgracia.

Para Cecilia, el mundo lo constituían su abuela, que la amaba a sacudidas y a veces la asustaba en la expresión de su amor; su madre, tranquila siempre, siempre serena, religiosa y reflexiva; sus flores, 41

de las que ella comprendía las penas y las alegrías; sus pájaros, de los que escuchaba el canto, y sus mariposas, de las que seguía el vuelo.

Ello no quiere decir que de tiempo en tiempo la soledad de aquella reducida familia no se viese turbada por una visita de la duquesa de Lorges, que con preferencia iba por la marquesa, o por la llegada de madame Duval, que mostraba su predilección por madame de Marsilly.

Al principio, las visitas de madame Duval habían sido para Cecilia fuente de regocijo, pues siempre venía acompañada de su hijo Eduardo. Entonces los dos niños se paseaban, jugaban y corrían por el jardín, hollaban hierbas, plantas y flores, escondíanse en la espesura, pisoteaban los linderos, desgajaban las ramas de los árboles en los cuales intentaban trepar, ahuyentaban a los pájaros y perseguían a las mariposas. Pero, como ya hemos dicho, Cecilia se había puesto poco a poco en relación con todos los huéspedes de su paraíso; de manera que cuando venía Eduardo, no sin grande inquietud lo introducía en aquel su pequeño universo. La niña se empeñó en hacer comprender a su revoltoso compañero las sensaciones de sus flores, el gorjeo de sus pájaros y la inconstancia de sus mariposas; pero el indolente muchacho se echó a reír y le dijo que las flores eran cosas insensibles, sin amor ni odio, goces ni dolor. Eduardo quería coger los pájaros para meterlos en una jaula, por más que Cecilia se esforzaba en demostrarle que Dios los había dotado de alas, no para saltar de travesaño en travesaño, sino para cruzar los aires e ir a posarse en la cima de los álamos o en los tejados de las casas. Pero lo que acabó de perder a Eduardo en el ánimo de Cecilia, fue que una vez y mientras ella hablaba con una de sus rosas, de cosas tan importantes, que le habían hecho olvidar a su compañero, éste se le presentó con una magnífica mariposa, que, atravesada por el cuerpo con un alfiler, se agitaba dolorosamente, clavada a su sombrero. Entonces Cecilia arrojó gritos de dolor; pero estos gritos causaron una viva admiración en Eduardo, que dijo a la niña que él tenía más de trescientas mariposas clavadas del mismo modo, y arregladas simétricamente en cajas, donde se conservaban como si estuviesen vivas.

Desde entonces Cecilia decidió que no volvería Eduardo a entrar en el jardín; y en efecto, en la primera visita, la niña, con diferentes pretextos, le detuvo en las habitaciones, poniendo a su disposición todos sus juguetes, permitiéndole romper sus muñecas; pero no queriendo que se burlase de sus flores, que atormentase a sus aves, ni que hiciese daño a sus mariposas.

La baronesa de Marsilly echó de ver aquel cuidado de su hija en alejar a Eduardo del jardín; y así que se marchó, le preguntó por qué motivo había impedido a Eduardo que entrase en el jardín.

Entonces Cecilia contó a su madre lo que había pasado en las visitas anteriores, y le preguntó si había hecho mal en obrar de aquel modo.

—No, hija mía, —le respondió la baronesa— y, bien, al contrario, apruebo tu proceder, y te doy la razón. Es una ilusión de nuestro orgullo creer que el universo ha sido criado para nosotros solos, que tenemos derecho a destruirlo todo. Todo es obra de Dios; Dios está en la flor, en el pájaro, en la mariposa, en la pequeña gota de agua, lo mismo que en el inmenso océano, en el gusano de luz que brilla bajo la hierba, lo mismo que el sol que ilumina al mundo.

¡Dios está en todas partes!

42

CAPITULO VIII

El tiempo vuela

Mientras que la familia expatriada se establecía, ocultándose a las miradas del mundo, en un rincón de Inglaterra, tenían lugar en el resto de Europa sucesos de una inmensa importancia.

La muerte del rey y de la reina había producido sus frutos; sus asesinos, a la manera que los antiguos soldados nacidos de los dientes del dragón de Cadunes, se habían destruido entre sí; la convención había proscrito a los girondinos; después los de la guillotina proscribieron a los septembristas, y finalmente, el 9 thermidor llegó, y la Francia, destrozada por las sacudidas revolucionarias, respiró un momento.

Así que llegó el terror, Luis Duval, que, como hemos visto era realista en el fondo de su corazón, no había tenido valor suficiente para permanecer en Francia; sacrificando parte de su fortuna que no había tenido aún tiempo de realizar, marchó a Inglaterra, y el día menos pensado, con gran alegría de su esposa, se presentó en Londres. Pero como en Londres la duquesa de Lorgues no necesitaba intendente, no contando sino con cinco mil libras de renta que distribuir; y como por otra parte Duval fuese aún muy joven para estarse sin hacer nada, y no siendo lo bastante rico para vivir de sus rentas, entró

como cajero en una casa de comercio, en que los cuarenta o cincuenta mil francos que poseía le sirvieron de garantía. Bien pronto su probidad fue reconocida y su inteligencia apreciada en lo que valía; de modo que el banquero le dio una participación en los beneficios de la casa. Entre tanto la duquesa de Artois abandonó la Inglaterra, llevándose a la duquesa de Lorgues, madame Duval pidió a ésta que la dejase al lado de su marido, lo que le fue concedido, con tanto más motivo, cuanto que la prolongación del destierro obligaba a hacer economías. Aquella buena familia permaneció por lo tanto en Londres, y la duquesa de Lorgues salió para Alemania.

Durante estas ocurrencias, el mismo estado de las cosas que influía sobre la familia plebeya alcanzó también a la noble familia. Contra las esperanzas de la marquesa, los aliados habían sido rechazados hasta más allá de la frontera, y lejos de poder los emigrados sacar recursos de Francia, sus bienes habían sido confiscados y hechos propiedad de la nación, se habían vendido revolucionariamente. Entonces la primer cosa en que pensó la baronesa, fue en reembolsar al honrado Pedro Durand de los dos años de arrendamiento que había pagado adelantados; así es que aquellos doce mil francos habían sido devueltos al honrado arrendatario con una carta, en la que la baronesa, después de darle las gracias, le aseguraba que, gracias a los recursos que había podido procurarse en el extranjero, no solamente no carecía de nada, sino que vivía en medio de la abundancia. Había la baronesa calculado con mucha razón que era necesario darle esta seguridad para decidir a aquel hombre honrado a tomar una cantidad ofrecida con tanta delicadeza y con tan buena voluntad.

La baronesa había quedado por lo tanto reducida al recurso de algunos diamantes suyos y a los de su madre.

43

Entonces fue a buscar a la marquesa, en interrumpiéndola en medio de la lectura de “El Sofá”, le hizo una breve exposición del estado de los asuntos domésticos, concluida la cual le preguntó la marquesa:

—¿Y a dónde vas a parar, hija mía?

—Yo era de opinión, —respondió la baronesa—, de que reuniésemos lo que poseemos de joyas; que las vendiésemos de una vez para reunir una cantidad considerable, y colocando su producto en el Banco de Londres, que viviésemos como pudiésemos con los réditos.

Ésta era una proposición muy razonable; pero para ponerla en ejecución era preciso decidir a la marquesa a que se deshiciese de sus diamantes. Los diamantes era lo único que le quedaba de su antiguo esplendor. De vez en cuando los sacaba de su estuche, y aunque no podía hacerlos admirar a nadie más que a la señorita Aspasia, siempre era un consuelo para ella.

—¿Pero no sería más, puesto en razón, —dijo la marquesa procurando eludir la petición—, que puesto que estos son los diamantes de la familia, que debemos por lo tanto estimar en mucho, no sería, digo, más puesto en razón, el vender solamente los precisos por ahora? De lo que resultaría que al volver a Francia siempre conservaríamos algo que hubiese escapado de nuestra desgracia.

—Según van las cosas, madre mía, —respondió la baronesa—, no hay esperanza de volver a Francia, y haciendo lo que vos decís, desmembraremos nuestro pequeño capital, mientras que vendiéndolo todo de una vez podríamos vivir con los intereses.

—Pero es que te confieso, —dijo la marquesa intentando atacar a su hija con el amor maternal—, que yo en tu caso guardaría estos diamantes para hacer de ellos la dote de tu hija. ¡Pobre niña, —

prosiguió la marquesa volviendo tristemente la cabeza y procurando hallar en sus ojos una lágrima que no había—; tal vez no habrá otro!

—Madre mía, —repuso la baronesa sonriendo tristemente—, debo advertiros que Cecilia no cuenta aún siete años, que según todas las probabilidades no se casará antes de diez años, y que si no adoptamos el medio que he propuesto, vuestros diamantes y los míos habrán desaparecido unos tras otros.

—Pero, en último caso, —dijo la marquesa exasperada, porque no podía

desconocer la fuerza de las observaciones de su hija—, esa pobre niña no llevará ningún dote.

—Su dote, madre mía, —contestó la baronesa con su inalterable dulzura, que hacía de ella sobre la tierra un modelo de los ángeles del cielo—, su dote será un nombre sin tacha, una educación religiosa, y a estos sólidos bienes puede añadirse otro tan frágil como lo es la belleza, que parece que aumenta en ella de día en día.

—Está bien, hija mía, déjame reflexionar.

—Reflexionad, madre mía, —respondió la baronesa, y saludando respetuosamente, se retiró.

Ocho días después la baronesa volvió a la carga; pero en estos ocho días, la marquesa había tenido tiempo de reflexionar en la situación, se había formado un arsenal de malas razones, tan formidable, que la baronesa reconoció que todo sería inútil, y que su madre había tomado su resolución definitiva; 44

así es que no insistió. Además, los diamantes que reclamaba la baronesa eran de la pertenencia de su madre, y estaba en derecho al darlos o al rehusarlos. La pobre baronesa se retiró, por lo tanto, con el corazón oprimido, viendo que el único medio razonable con que podía contar para poner un dique a su mala suerte, se le escapaba de las manos, por uno de esos caprichos que la educación había impuesto en la imaginación, pero no en el corazón de la marquesa.

Aquel mismo día la baronesa escribió una carta a monsieur Duval, en la que le decía que si el próximo domingo, él, su mujer y su hijo, no tenían algo mejor de que ocuparse, les invitaba a ir a pasar el día en Hendon.

Aquella buena familia llegó a casa de la baronesa a eso de las doce. Aunque los negocios de monsieur Duval prosperaban de día en día, y aunque fuese, no ya un escribiente, sino un socio de la casa de comercio en que estaba empleado, era lo que siempre había sido, esto es, sencillo, modesto y de excelente corazón, lo que le había valido la confianza de la duquesa de

Lorgues y la amistad de la baronesa de Marsilly.

La marquesa notaba con disgusto la propensión de su hija a relacionarse con personas inferiores a su categoría. Muchas veces le había ya reprendido la amistad demasiado íntima con la familia Duval, y cuando la baronesa le recordaba el servicio que había dado margen a aquella amistad, la marquesa, precisada a confesar lo que le debía al digno oficial municipal, procuraba atenuar aquel servicio, diciendo que había hecho lo que haría en su lugar todo hombre honrado; lo que era seguramente un verdadero mérito en una época en que tan pocos hombres honrados había.

Resultó de aquí que la marquesa, avisada de la visita que iban a tener con un día de anticipación, mandó decir a su hija, en el momento en que la familia Duval entraba en su habitación, que le rogaba que le excusase con sus huéspedes, pero que se hallaba con una fuerte jaqueca.

Según costumbre, Cecilia cerró la puerta de su jardín a Eduardo, que era ya un guapo muchacho de nueve o diez años, menos dispuesto que nunca a comprender la vida de las flores, a respetar la tranquilidad de los pájaros y a tener compasión de las mariposas.

En cambio de esto, y gracias a los desvelos de monsieur Duval por la educación de su hijo, desvelos no tan poéticos, pero tan asiduos como los de madame de Marsilly, Eduardo hacía en el momento una multiplicación por complicada que fuese, y una división más fraccionada, no sólo con la pluma, sino aun de memoria.

Así es que aquel hijo querido hacía el orgullo de su padre.

Después de comer la baronesa rogó a monsieur Duval que pasase con ella a su cuarto.

Allí le hizo sentar, y sacando de su caja un estuche que contenía los únicos diamantes que poseía, esto es, dos pendientes y una cruz, le explicó con tanta sencillez como dignidad el apuro en que se hallaba, rogándole que a su vuelta a Londres redujese a metálico aquellas alhajas, y que le enviase el dinero.

Monsieur Duval se apresuró a poner una igual suma a disposición de la baronesa, sin que se viese obligada a vender sus diamantes, diciéndole lo mismo que veinte veces le había dicho la duquesa de 45

Lorgues y la marquesa; esto es, que no podía durar mucho aquel estado de las cosas. Pero la baronesa rehusó aquella generosa oferta mostrándose tan agradecida, que no podía tomarse a desprecio, y con tanta firmeza que no daba lugar a insistir. Además, como la baronesa preveía la generosa delicadeza de monsieur Duval, le dijo que habiendo sido comprados los diamantes montados en quince mil francos, estos no podrían valer arriba de ocho o nueve mil.

Esto era decir a monsieur Duval que no firmaría el exceso en caso de que quisieran engañarle sobre el valor de los diamantes...

Monsieur Duval se vio precisado, por lo tanto, a renunciar a la esperanza de hacer recibir a la baronesa más de lo que valían sus diamantes.

Terminada la conversación, la baronesa y monsieur Duval volvieron a la sala en donde los dos niños jugaban a la vista de madame Duval, y la conversación recayó naturalmente en los asuntos del día.

Había llegado la época de la expedición de Egipto; Bonaparte, al alejarse de Francia, parecía haber arrastrado consigo la estatua de la victoria. Los franceses, privados de su jefe, se dejaban derrotar en Italia y en Alemania. El directorio no hacía más que necedades en Francia. Estas derrotas exteriores y estas necedades interiores se exageraban más aún fuera de Francia, de lo que resultaba que, sin dar demasiada acogida a las esperanzas de los demás emigrados, la baronesa no dejaba por eso de esperar en el porvenir.

Por otra parte, dudar del porvenir, con la convicción que ella tenía de haber seguido la buena causa, era casi dudar de Dios.

Dos días después, la baronesa recibió de manos de monsieur Duval la suma de nueve mil francos, que era el producto de la venta de sus diamantes.

Justamente con ella, y para que no quedase duda ninguna a la baronesa, iba

unida la tasación de uno de los primeros joyeros de Londres.

46

CAPITULO IX

Síntomas

Los nueve mil francos bastaron a la baronesa para sostenerse por dos años, durante los cuales tuvieron lugar nuevos sucesos, en vez de dar algún alivio a la situación de los realistas, les quitó toda esperanza.

Bonaparte había vuelto de Egipto, y después de dar el golpe del 18 de brumario, había sido nombrado cónsul y ganado la batalla de Marengo.

Había algunos optimistas que decían que el joven general trabajaba a favor de los Borbones, y que cuando concluyera con los jacobinos pondría el cetro, según se decía entonces, en manos de los reyes legítimos; pero los que consideraban cuerdamente las cosas no creían una palabra de eso.

Entre tanto, temblaba la Europa ante el vencedor de Lodi, de las Pirámides y de Marengo.

La baronesa aguardó hasta el último momento para hacer una tentativa contra la marquesa, que desde el día en que se había hablado de las alhajas, no había vuelto a abrir la boca sobre el particular, cuidándose muy poco del modo como vivía su hija, y sin hacerle la menor pregunta sobre cuáles eran sus recursos.

Lo cual hizo que la marquesa mostrase gran asombro cuando su hija le habló de nuevo de sus alhajas.

La marquesa, como la vez primera, agotó todas las razones que le sugería su imaginación para defender sus preciosos adornos; pero esta vez había urgencia; de suerte que la baronesa insistió con tanto respeto, calma y dignidad, que la marquesa, exhalando un hondo suspiro concluyó por sacar de su cajoncito un collar que podría valer unos quince mil francos.

La baronesa insistió en que se hiciese una venta de todo lo que quedaba, y se colocasen en el banco los cincuenta mil francos que podrían realizarse; pero a esta proposición se rebeló de tal suerte la marquesa, que madame de Marsilly comprendió que toda la tentativa de ese género sería inútil.

Además pidió la marquesa que del producto de la venta del collar se le entregasen mil escudos para sus gastos personales.

Madame de Marsilly se procuró los quince mil francos por el mismo medio que se había procurado los diez mil. Monsieur Duval como la vez primera, le hizo todas las ofertas posibles; pero madame de Marsilly las rehusó lo mismo que antes.

Entre tanto Cecilia iba creciendo, y era una hermosa joven de doce años, grave y dulce, tierna y religiosa, con el rostro de un ángel en toda su frescura, y el alma de su madre en toda su pureza; es decir, como estaba antes que la desgracia la hubiese marchitado.

Muchas veces su madre la miraba crecer y florecer desde la ventana, en medio de sus rosas, sus amigas, sus compañeras, sus hermanas; luego pensaba que dentro de tres años la niña estaría muy 47

próxima a ser mujer, y entonces suspiraba profundamente, preguntándose qué porvenir estaría reservado a aquella maravillosa creación de la naturaleza.

Luego había una cosa que alarmaba sobremanera a madame de Marsilly, no por causa de ella, sino a causa de su hija, y era que conocía que bajo aquel clima nebuloso de Inglaterra, en medio de aquel eterno cuidado que le inspiraban su madre y su hija, su salud empezaba a quebrantarse. Madame de Marsilly había tenido siempre el pecho delicado, y aunque había cumplido la edad de treinta y dos años sin experimentar accidente alguno grave, no había podido vencer enteramente ese vicio orgánico que de algún tiempo a esta parte, y especialmente en el otoño, le hacía sufrir esos vagos padecimientos, síntomas terribles de aquella implacable enfermedad.

Sin embargo, era imposible que nadie más que madame de Marsilly notase esa invisible afección.

Por el contrario, a los ojos de los demás, su salud debía parecer mejor que nunca; su cutis, naturalmente descolorido, se teñía de un carmín que parecía el de una segunda juventud; sus palabras, por lo regular algo lentas, y que la desgracia y la tristeza habían hecho graves, se animaban a veces con un acento vivo e incisivo, que no era más que la excitación de la fiebre, pero que aún podía tomarse por un exceso de vitalidad. Nunca la señorita de la Roche-Bertaud había estado tan bella y tan seductora como lo estaba madame de Marsilly.

Pero aquellos síntomas de destrucción no pasaban desapercibidos para ella; en 1802, cuando Francia volvía a abrir sus puertas a los emigrados, tuvo un momento la idea de volver a su patria, aunque su casa de la calle de Verneuil había sido vendida, y aunque sus tierras de Normandía y las de Turena habían pasado casi de balde a manos de especuladores que hacían su negocio comprando las tierras nacionales, como entonces se llamaban. Pero era una cosa muy expuesta volver a Francia sin ningún auxilio; una nueva instalación, una venta, un viaje, hubiera sido un golpe terrible para los pocos recursos de la baronesa. La marquesa inducía a su hija a que se resolviese a pasar el mar para recobrar su título y su rango en París, diciéndole que una vez en la capital, hallaría medio, valiéndose de sus antiguas relaciones, para hacer devolver a los actuales poseedores las casas y tierras; pero la baronesa, como puede suponerse, no tenía gran confianza en las arriesgadas razones de su madre, y resolvió por lo tanto esperar, antes de tomar resolución de ninguna especie.

Así pasó hasta el año de 1803. Cecilia contaba 13 años, aunque representaba 15. Su corazón, iniciándose en los sentimientos de una joven, había conservado sus creencias de niña; y excepto sus juegos con Eduardo, que hacía dos o tres años que eran algo menos expansivos, nunca había hablado a otro hombre que a monsieur Duval, pues los cuidados de su madre habían sido lo bastante para formar su educación.

Así es que, esta educación tenía más de distinguida que de profunda; sabía de todo, y lo sabía como debe saberlo una mujer; esto es, para usar de ello, y no para enseñar. Dibujaba con mucha gracia flores y paisajes; pero su talento no se había elevado hasta la pintura al óleo.

Tocaba piano para acompañarse, cuando su voz suave, melodiosa, flexible, vibrante, cantaba alguna sentida romanza o algún melancólico nocturno; pero nunca se le había pasado por la imaginación el pretender hacerse admirar ejecutando alguna pieza de música de estudio. Verdad es, que muchas veces
48

dejaba reproducir a su piano extrañas improvisaciones, maravillosos ensueños, melodías desconocidas; pero aquello era, si así puede decirse, la música de su corazón, que se desbordaba a su pesar. En fin, conocía muy extensamente la historia y la geografía; pero siempre creyó haberlas aprendido únicamente para responder en caso de que le preguntaran.

Con respecto a idiomas, ignoraba ella que fuese un talento el hablar muchas lenguas, y las hablaba indiferentemente, el Italiano y el Francés con su madre, y el Inglés con los criados y comerciantes.

La honrada familia de Duval, que continuaba prosperando en punto a intereses, no había interrumpido sus relaciones con la baronesa. Mil veces monsieur Duval había invitado a la marquesa, a su hija y a Cecilia a que fuese a pasar una semana, quince días o un mes a su casa de Londres; pero la baronesa no aceptó nunca estas invitaciones. Sabía cuán fácil es impresionar el alma de una joven de 14 años, y temblaba que en la existencia tranquila y apacible de Cecilia, se deslizaran deseos que no pudiese satisfacer. Pero en cambio, cada vez que veía a la familia Duval, les acusaba de la escasez de sus visitas, y sea que aquellas quejas produjese efecto, sea que tuviesen algún proyecto, monsieur Duval empezó a hacer más frecuentes visitas a la finca con su esposa y su hijo, donde eran recibidos siempre con la mayor alegría, excepto por parte de la marquesa, que con las ideas de la aristocracia, de que ya tenemos conocimiento, se había admirado más de una vez del cariño que su hija profesaba a aquella familia. Con todo, la marquesa había tomado su partido, y hacía mucho tiempo que, cuando la familia Duval iba a pasar el domingo a Hendon, la marquesa bajaba a la pieza de comer. Pero antes se hacía peinar y vestir con su mejor traje, adornándose con todos los restos de sus diamantes, magnificencia que le daba una gran superioridad sobre madame Duval, que iba siempre vestida con la mayor sencillez y nunca usaba joya de ninguna clase.

Aquella estudiada orientación hacía sufrir mucho a la baronesa; pero nunca se atrevió a hablar una palabra del asunto a su madre.

Además, monsieur y madame Duval parecía que no echaban de ver aquellos rasgos de aristocracia de la marquesa, o si los notaban, afectaban creerlos muy naturales; solamente que era fácil conocer que apreciaban mucho más a la baronesa, que tenía para con ellos maneras muy diferentes.

En cuanto a Cecilia, no tenía idea alguna de aquellas diferencias sociales, y sabía únicamente que monsieur Duval había prestado a su madre un gran servicio. Así es que, la alegría se pintaba en su semblante al verle, le alargaba la mano al despedirse, abrazaba a madame Duval casi con tanta frecuencia como a su madre, y decía que de buena gana tendría un hermano como Eduardo.

Aquella franca y cordial intimidad enternecía a aquellas buenas gentes, hasta hacerles a veces derramar lágrimas; y por todo el camino de vuelta, y a veces durante todo el siguiente día, la conversación se ocupaba exclusivamente de la baronesa y de su hija.

Pasaron así aún algunos meses, durante los cuales se agotaron poco a poco todos los recursos de la baronesa. La marquesa, como hemos dicho, al entregar los diamantes había pedido cierta cantidad para sí. Su hija se la entregó, y aquel dinero fue gastado en cosas inútiles.

Así es que hubo una escena bien cruel para la baronesa cuando tuvo que acudir de nuevo a su madre. La marquesa no comprendía cómo en tan corto espacio de tiempo había desaparecido el valor 49

del colar, y fue preciso que la baronesa le diera datos y le hiciese ver el empleo de aquel dinero, para que accediese a sus deseos; en consecuencia entregó a su hija un broche que podía valer unos diez mil francos.

Madame de Marsilly escribió, como lo había hecho en las veces anteriores, a monsieur Duval, y monsieur Duval acudió al momento. Halló éste a la baronesa horriblemente cambiada, y con todo, no hacía más que ocho días que la había visto; su semblante tenía impresas las huellas de las lágrimas.

La misma Cecilia, que no tenía idea alguna de la posición de su familia, ignorando la pobre niña las exigencias del mundo, había notado hacía ya algunos días la tristeza de su madre; tristeza que, por decirlo así, ponía al descubierto el sufrimiento físico, oculto hasta entonces bajo el velo de una eterna tranquilidad.

Así fue que Cecilia esperó a monsieur Duval y en cuanto entró le detuvo en el corredor diciéndole:

—¡Oh! Mi querido monsieur Duval; os esperaba llena de impaciencia; mi madre está muy triste y muy inquieta; le he preguntado qué tenía, pero me trata como a una niña y nada quiere responderme.

Mi querido monsieur Duval, haced lo posible por consolarla os lo suplico.

—Querida señorita, —dijo el buen hombre mirando a Cecilia con la mayor ternura—, más de una vez he ofrecido a la baronesa todo lo que yo puedo ofrecerle, pero siempre se ha negado a aceptar mis ofrecimientos —y añadió suspirando—: Ya se ve, yo no soy su igual, y ése es el motivo porque nada quiere recibir de mí.

—¿No sois su igual? No os comprendo. ¿Mi madre os trata cuando venís a verla de alguna manera que os desagrada?

—¡Oh, no, no, a Dios gracias! Y bien al contrario, la señora baronesa me colma de bondades.

—¿Será de mí tal vez de quien tengáis alguna queja, mi querido monsieur Duval? ¡Oh! En ese caso, os lo juro, si algo he hecho que pueda desagradaros, será sin saberlo, y os pido perdón.

—¡Quejarme de vos, mi querida niña! —exclamó monsieur Duval dejándose llevar de su ternura hacia Cecilia—, ¡eso sería quejarme de un ángel del cielo! ¡Quejarme de vos! ¡Oh, no, nunca!

—Pues entonces, ¿Qué es lo que tiene mi madre?

—¿Lo que tiene? Bien lo sé, —dijo monsieur Duval.

—Pues si lo sabéis, decidmelo... y si algo puedo yo hacer...

—Podéis hacer mucho.

—Entonces hablad.

—Voy a ver a vuestra madre, mi querida señorita; hablaré seriamente con ella, y si accede a lo que yo le tengo que pedir... Ella misma irá a pedir os la gracia de que depende la felicidad de todos.

Cecilia abrió admirada sus hermosos ojos, pero monsieur Duval, sin hablar otra palabra, le estrechó la mano, y entró en la habitación de Madame de Marsilly.

50

CAPITULO X

Proyectos

Monsieur Duval encontró a la baronesa tan cambiada, que no pudo menos de preguntarle si se hallaba enferma. Contestóle ésta que no con la cabeza, y alargando la mano a monsieur Duval, le hizo sentar a su lado.

—Mi querido monsieur Duval, le dijo después de un momento de silencio; no tengo necesidad de deciros el motivo porque os he rogado venir a mi casa, pues lo supondréis, ¿no es cierto?

—¡Ah! Sí, señora baronesa —respondió el honrado comerciante—; y os confieso que al recibir vuestra carta, me he decidido, si me dais vuestro permiso, a comunicaros una idea.

—Ya os escucho, mi querido monsieur Duval; hemos llegado a un grado de intimidad que permite que no tengamos secreto ninguno con vos; por otra parte estoy plenamente convencida de que esa idea será en beneficio nuestro.

—Señora baronesa —prosiguió Duval inclinándose—, ésta es la tercera vez que me entregáis diamantes para que los venda, y no sé si aún os quedarán más.

—Como otro tanto de lo que os hemos entregado.

—Permitidme que os haga una observación; si esos diamantes se hubiesen vendido juntos, hubierais tenido una suma de sesenta o setenta mil francos, suma que, colocada en el banco de Londres, daría unas ciento ochenta libras esterlinas de renta, y con añadir a esta renta uno o dos mil francos anuales, hubierais podido vivir.

—Ya lo sé caballero, y éste fue mi primer pensamiento; pero esos diamantes no son míos, pertenecen a mi madre, y cuando le propuse ese medio, se negó a aceptarlo.

—¡Oh! La reconozco en eso, —repuso monsieur Duval—, era demasiado razonable para ella; —

después, conteniéndose, prosiguió—; ¡Oh! Perdonad, señora baronesa; perdonadme lo que acabo de decir, pero lo he dicho sin saber lo que decía.

—Ningún mal hay en eso, mi buen amigo; mi madre tiene algunas rarezas, y vos mismo, que las conocéis, habéis tenido siempre la bondad de aparentar que no las echabais de ver. Sin embargo, volviendo al objeto de nuestra conversación, aquí tenéis un broche que vale diez mil francos, sobre poco más o menos, y que os suplico convertáis en dinero.

—Con mucho gusto, respondió monsieur Duval, tomando el broche y dándole vueltas entre sus manos; luego cuando yo he dicho con mucho gusto, esto no es más que un modo de hablar, porque os aseguro que me causa tristeza veros desprender así, poco a poco, de los restos de vuestra fortuna.

—¿Y qué queréis monsieur Duval? —repuso la baronesa sonriendo melancólicamente—; preciso es aceptar lo que Dios nos envía.

—Pero permitidme os haga notar que, según vos misma habéis dicho, habéis gastado ya una mitad de vuestro capital. Con la mitad de vuestros diamantes habéis vivido seis o siete años; la otra mitad podrá servir para pasar otro tanto tiempo; pero después, ¿qué pensáis hacer?

—Lo que Dios disponga, monsieur Duval.

—¿Y no habéis decidido aún nada?

—Nada.

—¿Ni tenéis esperanza alguna para el porvenir?

—Tengo la esperanza de que el rey Luis XVIII volverá a entrar en Francia, y nos serán devueltos los bienes que nos han sido confiscados.

—¡Ah señora baronesa, bien sabéis que ésa es una esperanza que va desapareciendo de día en día; Bonaparte, después de haber sido general en jefe, se ha hecho cónsul, después primer cónsul; y ahora se dice que trata de hacerse nombrar emperador. Vos no sois de las personas que creen que su intención sea la de devolver el trono a los Borbones, ¿no es verdad?

La baronesa movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Pues bien! Os lo repito; cuando hayan pasado esos cinco o seis años, ¿qué vais a hacer?

La baronesa dejó escapar un triste suspiro, pero no respondió.

—La señorita Cecilia tiene 14 años, —añadió monsieur Duval.

La baronesa enjugó una lágrima.

—Dentro de dos o tres años tendréis que pensar en establecerla.

—¡Oh! Mi querido monsieur Duval, exclamo madame de Marsilly; no me habléis de eso; cuando pienso en la suerte que está reservada a mi querida hija, casi llego a dudar de la Providencia.

—Y hacéis mal en eso, señora baronesa; debemos esperar que Dios no envíe sus ángeles a la tierra para abandonarlos; Cecilia no podrá menos que cautivar el corazón de algún noble joven que le proporcione una existencia cómoda, feliz y honrosa.

—¡Ay! Mi querido monsieur Duval; Cecilia es pobre, y el verdadero amor es una cosa rara; por otra parte, ¿quién ha de venir a buscarla aquí? Diez años hace que vivimos en esta finca, y vos y Eduardo sois los únicos hombres que han entrado en la casa. A propósito, perdonadme, mi querido monsieur Duval, pues me he olvidado de preguntaros por vuestra esposa y por vuestro hijo. ¿Cómo está la buena señora Duval? ¿Cómo sigue ese querido Eduardo?

—Bien, gracias a Dios; gracias, señora baronesa. Mi hijo es un buen muchacho, y estoy muy contento de él. Puedo responder de su persona como de mí mismo, y estoy seguro de que haría feliz a cualquier mujer.

—Tendrá a la vista el ejemplo de su padre, —dijo sonriendo la baronesa—, y creo que lo seguirá.

Tenéis razón, la mujer que se case con Eduardo será una mujer dichosa.

—¿Esa es vuestra opinión, señora baronesa? —preguntó vivamente Duval.

52

—Sin duda ninguna; ¿qué motivos había yo de tener para ocultar mis pensamientos?

—¡Oh! Yo creí que me decíais eso por mero cumplido, por halagar mi cariño de padre.

—No, os he respondido según mi corazón.

—¡Ah! Hacéis bien de asegurármelo; esperad, señora baronesa; eso me da valor; he venido a vuestra casa, debo confesároslo, con la intención de hablaros de un proyecto. En Londres se me figuraba que este proyecto sería una cosa muy sencilla; pero a medida que me acercaba a Hendon, he

meditado todo lo que había en él de atrevido, de temerario, de ridículo tal vez.

—No os comprendo, monsieur Duval.

—Prueba que mi proyecto no tiene sentido común.

—¡Ah! —repuso la baronesa—, creo ahora...

—Os sonreís; eso me tranquiliza; os he dicho que la señorita Cecilia haría muy feliz a un hombre; vos me habéis dicho que Eduardo haría dichosa a cualquier mujer.

—Señor Duval...

—Perdonad, señora baronesa; conozco que es un gran atrevimiento; ya lo sé, y no creáis que olvido la distancia que nos separa, pero, verdaderamente, cuando pienso en la casualidad que reúne dos existencias tan distintas como debían ser las nuestras, yo me complazco de pensar que la Providencia ha querido honrar y bendecir mi familia; luego, ya veis, señora baronesa, esto conciliaría muchas cosas; no os hablo de nuestra pequeña fortuna, pues ya os la he ofrecido y no la habéis querido aceptar; pero en Inglaterra, ya lo sabéis, el comercio es una profesión honrosa; mi hijo será banquero. ¡Oh! ¡Dios mío!

Yo bien sé que llamarse madame Duval solamente, es muy poca cosa para la hija de la señora baronesa de Marsilly, y para la nieta de la marquesa de la Roche-Bertaud; pero aunque mi Eduardo fuese duque, haría lo mismo, y suplicase a Dios lo fuese y que tuviese muchos millones que ofrecer a los pies de la señorita Cecilia, lo mismo que posee los trescientos o cuatrocientos mil francos que poseemos. Y bien;

¡ya estáis llorando!...

—Sí; lloro, mi querido monsieur Duval, porque vuestra proposición, y sobre todo, la manera con que está hecha, me entenece sobremanera; si fuese yo la única en decidir, os alargaría mi mano, y os diría: “Semejante proposición no me admira, viniendo de un corazón como el vuestro, y la acepto;”

pero es preciso, bien lo conocéis, que antes hable a Cecilia, y también a mi madre.

—¡Oh, la señorita Cecilia! —repuso Duval—; tal vez por su parte no habrá inconveniente; desde hace un año, que se presentó a mi imaginación este proyecto, no he dejado de examinar a Cecilia cuando se halla al lado de Eduardo. Seguramente no creo que le ame; creo que nunca haya pensado Cecilia, educada bajo tan distante condición a la nuestra, que podía llegar a amar a un hombre como mi hijo; pero hace mucho tiempo que le conoce, y no le desagrada; de modo que si llegase a entender que en ello os daría un placer, no hay duda que sería cosa hecha. Pero con respecto a la señora marquesa de la Roche-Bertaud, os lo confieso, por ese lado me considero derrotado.

—Dejadme conducir este asunto, mi querido monsieur Duval, —dijo la baronesa—, y os doy mi palabra de hacer todo cuanto esté de mi parte por cumplir vuestros deseos.

53

—Ahora, señora baronesa, —se aventuró a decir Duval, volviendo y revolviendo el broche de diamantes entre sus manos—, me parece que al punto que han llegado las cosas entre nosotros, es inútil...

—Mi querido monsieur Duval, —interrumpió la baronesa—, nada hay aún decidido. Pero además, ya lo sabéis, puesto que os lo he dicho. Cecilia tiene sólo 14 años, y hasta dentro de dos, a lo más pronto, no podremos hablar con seriedad del proyecto. Mientras eso llega, hacedme el obsequio de cumplir el encargo para que os he rogado tuvieseis la bondad de venir a mi casa.

Monsieur Duval vio que no había medio alguno de anticipar la época fijada por la baronesa; así es que se levantó y se dispuso a marchar. La baronesa trató de detenerle, pero Duval tenía prisa por llevar a su esposa las buenas esperanzas que había recibido; así es que salió de la casa de la baronesa, no sin volverle a recomendar que abogase a favor de sus proyectos.

Luego que se quedó sola, el primer pensamiento de la baronesa fue el de dar

gracias a Dios.

Cualquiera otra en su lugar hubiera mirado la proposición, no con demasiada alegría; pero diez años de desgracia habían enseñado a la baronesa a mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista; desterrada de Francia, sin esperanza de volver a ella, arruinada y sin probabilidad ninguna de restablecer su fortuna; atacada de una enfermedad que rara vez perdona, no hubiera podido desear un partido mejor a Cecilia que el que se le presentaba. ¿De qué procedían sus desgracias, su destierro y su ruina? De su elevada posición; la nobleza es la hiedra de la monarquía, la monarquía al caer, había arrastrado a la nobleza en su caída, y ella, pobre escombros del edificio derribado, había ido a perderse en la soledad de la desgracia y en la noche del destierro. Según todas las probabilidades, un hombre de su rango no iría a buscar a Cecilia en su retiro. Además, en aquella ocasión, los jóvenes de la nobleza, exhaustos en aquella lucha, buscaban ricas herederas para poder sustentar sus casas. Cecilia era pobre, y no llevaba consigo más que su nombre; pero el nombre de la mujer, como es sabido, se pierde en el del marido. Así es que Cecilia no podía ser buscada por su nombre, y, lo repetimos, la pobre niña no poseía otra cosa.

No se crea, sin embargo, que la baronesa se decidió sin luchar; menester fue que también se hiciese cargo de todas las ventajas de aquella unión para que se fijase en ella, y con todo, como ya hemos visto, la baronesa no había querido contraer con monsieur Duval nada más que un compromiso personal, cuya ratificación se hallaba a la doble ratificación de su hija y de su madre.

Al cabo sucedió lo que ya había previsto la baronesa; Cecilia escuchó, con una admiración mezclada de inquietud, todo cuanto su madre le dijo sobre aquellos proyectos para el porvenir, y luego que hubo concluido:

—¿Tendré que separarme de vos? —preguntó.

—No, hija mía, —respondió la baronesa—, y tal vez sea ése el único medio de poder estar siempre juntas.

—Entonces disponed de mí, —dijo Cecilia—, y lo que hagáis, estará bien hecho.

Como lo había previsto la baronesa, su hija no experimentaba hacia Eduardo más que un cariño fraternal; pero la pobre niña podía engañarse en aquel sentimiento; no habiendo visto nunca otro hombre que a él y a su padre, ignoraba enteramente lo que era el amor.

54

Así fue que consintió, sin oponer dificultad ninguna, sobre todo cuando su madre le dijo que aquél era el medio más seguro de no separarse de su lado.

Pero no sucedió lo mismo con la marquesa de la Roche-Bertaud; a las primeras palabras que la baronesa dejó escapar delante de ella sobre este proyecto, dijo que aquél era un enlace monstruoso, y al que nunca prestaría su asentimiento.

55

CAPITULO XI

El hombre propone

El domingo siguiente, como de costumbre, la familia Duval fue a casa de la baronesa, quien se encargó exclusivamente de su recepción, pues la marquesa estaba con jaqueca.

No se pronunció palabra alguna relativa al proyectado matrimonio; pero madame Duval y la baronesa se abrazaron, Eduardo besó la mano de Cecilia y ésta se ruborizó.

Era evidente que todos se hallaban al corriente del proyecto, y que este proyecto colmaba los deseos de monsieur Duval, de su mujer y de su hijo; rebosando la alegría en aquellos tres corazones.

En cuanto a la baronesa, no se hallaba exenta de una especie de tristeza; aquella era la primera vez, después de trescientos años, que se hacía un enlace de aquel género; y aun cuando estuviese convencida de que aquella

infracción de las leyes aristocráticas que habían consultado siempre sus antepasados había de hacer la felicidad de su hija, no por eso podía dominar aquella inquietud.

Cecilia no apartaba la vista de su madre. Hacía ya algunos días que empezaba a notar que su salud se debilitaba. Aquel día, sobre todo, sin duda a causa de las emociones que experimentaba, el rostro de la baronesa pasaba sucesivamente del carmín más vivo a la más extremada palidez; además, de tiempo en tiempo una tos seca se escapaba de su pecho. A los postres, la baronesa se levantó precipitadamente, y salió del comedor. Cecilia, alarmada, la siguió; halló a su madre apoyada contra la pared del corredor con un pañuelo delante de la boca. La baronesa, al ver a su hija, apartó apresuradamente el pañuelo, pero no tan pronto que Cecilia no pudiese ver en él manchas de sangre. Cecilia arrojó un grito, que la baronesa ahogó con un abrazo, y después ambas volvieron al comedor.

Madame Duval se informó, con ese interés que imposibilita toda acusación de curiosidad, de la causa que había hecho salir tan precipitadamente a la baronesa y a su hija; la baronesa respondió que se había sentido indispuesta repentinamente, y Cecilia dejó escapar algunas lágrimas.

Al despedirse de sus huéspedes, Cecilia suplicó a monsieur Duval que enviase al día siguiente, bajo un pretexto cualquiera, al mejor médico de Londres, y monsieur Duval le prometió que así lo haría.

Así que se hallaron solas Cecilia y su madre, estallaron las emociones dolorosas encerradas en el corazón de la pobre niña; hubiera deseado poder ocultar sus temores a su madre, pero aún no sabía disimular nada, y menos que todo, el dolor. Cecilia hasta entonces no sabía lo que era la desgracia.

La baronesa no tuvo valor suficiente para ocultar a su hija sus propias inquietudes. Por otra parte, sus temores del porvenir excusaban el proyecto de unión entre la familia plebeya de los Duval y la noble familia de Marsilly, y Cecilia fue quien a su vez se encargó de tranquilizar a la baronesa.

Hay, en efecto, una edad en que no parece posible la muerte; esta edad era la de Cecilia; a los catorce años todo parece eterno en la naturaleza, porque

parece que se tiene la eternidad dentro del corazón.

56

Al día siguiente, un amigo de monsieur Duval se presentó en casa de la baronesa; iba según dijo, de parte del honrado comerciante, a entregar a madame de Marsilly la suma de diez mil francos que aquel quedó en remitirle; monsieur Duval llevaba esta suma en billetes el día anterior; pero así que Cecilia le dijo que enviase un médico bajo un pretexto cualquiera; guardó sus billetes, pensando que ellos podían servir maravillosamente para el objeto.

En efecto, el doctor dejó escapar, en medio de la conversación, que viniendo a Hendon para visitar un enfermo, su amigo monsieur Duval le había encargado de la comisión que le proporcionaba el honor de verla.

Al oír la palabra doctor, Cecilia aprovechó la ocasión, y manifestó a éste los temores que tenía respecto a la salud de su madre; la baronesa se sonrió tristemente; no habían podido engañar ni un momento su instinto de enferma con toda aquella farsa filial; pero, con todo, expuso al doctor, que era uno de los mejores médicos de Londres, todos los síntomas que la hacían temer que su salud estuviese profundamente atacada.

El médico pareció no participar en manera alguna de las inquietudes de la baronesa; pero no por eso dejó de prescribirle un plan, y un régimen el más severo; después añadió en medio de la conversación, y como hombre que no sabe si el consejo que daba podía ser adoptado y seguido, que sería muy conveniente a la salud de la baronesa que fuese por siete u ocho meses a Hyeres, a Niza o a Pisa.

Nada pareció a Cecilia más fácil que llevar a cabo aquella última prescripción del doctor; así es que se admiró mucho cuando, exigiendo de su madre que pusiese en práctica todas las indicaciones del médico, su madre le contestó que se conformaría a todo, excepto al viaje; pero su admiración subió de punto cuando, insistiendo sobre aquel medio que creía de tanta importancia, su madre, vencida por sus instancias, le contestó que se hallaban muy pobres para hacer semejantes gastos.

Cecilia ignoraba completamente lo que era la riqueza y la pobreza. Sus flores nacían, florecían y morían sin que hubiese entre ellas distinción alguna; todas tenían una parte igual de agua para refrescar su tallo, y sol para hacer brotar sus botones; creía que a los hombres sucedería lo que a las plantas, y que todos tenían una parte igual en los bienes de la tierra y en los dones del cielo.

Entonces, por la vez primera, la baronesa refirió a su hija que habían sido ricos en otro tiempo, y que habían tenido una magnífica casa, tierras y posesiones; pero que todo aquello había sido vendido; que no les quedaba nada, ni aun aquella casita, que no era de su propiedad, sino que la tenían mediante una cantidad que pagaban al año, y que en cuanto faltasen al pago de un año, les harían salir fuera de la habitación y no tendrían dónde ir.

Entonces Cecilia preguntó a su madre de dónde procedía el dinero con que habían vivido hasta entonces, y la baronesa no le ocultó que aquel manantial que debía agotarse muy pronto, eran los diamantes de la marquesa. La pobre niña se informó de si podría ella hacer algo para ayudar a su familia, puesto que había que vivir, o de una fortuna adquirida, o de un trabajo cualquiera; entonces supo que la mujer recibía su posición, pero que no podía formársela, y que esta posición dependía casi siempre de su marido. Cecilia pensó naturalmente en el proyecto de unión con la familia Duval, y arrojándose en los brazos de su madre:

57

—¡Oh, madre mía! —le dijo—; yo me casaré con Eduardo.

Madame de Marsilly comprendió toda la generosidad de aquellas palabras, y por este lado al menos se aseguró de que no encontraría obstáculo alguno a sus proyectos.

Pasó de este modo el tiempo, sin que variase en nada la situación de aquella pobre familia, si no es con respecto a la baronesa, cuyas fuerzas se debilitaban de día en día; entre tanto las noticias políticas daban menos esperanzas a los realistas; el rumor de que Bonaparte iba a devolver el trono a los Borbones, tomaba un gran incremento; hablábase de un rompimiento

completo entre el primer cónsul y los jacobinos; se aseguraba que el rey Luis XVIII le había escrito con este motivo, y que había él mismo recibido dos cartas del joven vencedor que le daban alguna esperanza.

Entre tanto llegó una carta de la duquesa de Lorgues; esta señora había llegado a Londres el día antes, y anunciaba a madame de Marsilly su visita para el día siguiente.

Aquella noticia causó un vivo placer a la baronesa y a Cecilia; pero sobre todo, la marquesa fue quien más se alegró de aquel suceso. Iban, pues, a hallarse en su esfera, a volver a ver a una persona con la que podía hablar, y, como ella decía, a sacudirse de aquellos Duval.

Así es que llamó a Cecilia a su habitación, lo que no sucedía sino en las grandes ocasiones, y le encargó que no dijera una palabra a la duquesa de Lorgues de aquellos proyectos descabellados de casamiento de que le había hablado la baronesa en un momento de extravío. El mismo encargo hizo a su hija, quien, adivinando de antemano todos los cargos que le haría su noble amiga, no tuvo inconveniente en prometer a la marquesa todo cuanto quiso.

El día siguiente, a las dos de la tarde, estando reunidas la marquesa, la baronesa y Cecilia en la sala principal, se detuvo un carruaje delante de la puerta de la quinta. Oyóse resonar el aldabón bajo una mano aristocrática, y algunos momentos después la doncella anunció a la señora duquesa de Lorgues y al caballero Enrique de Sennones.

Hacía ya siete u ocho años que no se habían visto la baronesa y la duquesa; arrojáronse una en los brazos de otra, como dos antiguas amigas en quienes la ausencia no había podido enfriar el cariño; pero al darse aquel abrazo, la duquesa no pudo ocultar la penosa impresión que le produjo la horrorosa mudanza que se había operado en las facciones de la baronesa. Ésta lo notó.

—¿Me halláis muy cambiada, no es verdad? —dijo por lo bajo a la duquesa —; callad, os lo suplico; no digáis una sola palabra sobre ello porque alarmaríais a mi pobre Cecilia; ahora bajaremos al jardín y podremos hablar.

La duquesa le apretó la mano.

—Siempre la misma, —dijo.

En seguida, la duquesa de Lorgues se volvió hacia la marquesa, que se hallaba vestida de toda etiqueta y le hizo muchos cumplidos sobre el buen estado de salud. Después, dirigiéndose a Cecilia:

—Mi hermosa Cecilia —le dijo—; vos sois todo lo que prometáis ser. Venid a abrazarme y a recibir todas mis felicitaciones, porque ya sé por conducto de la buena familia Duval, que han ido ayer a casa a ofrecerme sus respetos, que sois lo que se llama una mujer completa.

58

Cecilia se acercó, y la duquesa la besó en la frente.

Luego dirigiéndose a madame de Marsilly:

—Mi querida baronesa —le dijo—, y vos, mi querida marquesa, permitidme que os presente a mi sobrino Enrique de Sennones, a quien os recomiendo como a un excelente joven.

A pesar de aquel cumplimiento, que debiera haberle cortado, el joven saludó con una gracia y un desembarazo, hijos de unas nobles maneras.

—Ya sabéis, señoras —dijo—, que la duquesa ha sido para mí una segunda madre; así pues, no os admiréis de las exageraciones de sus elogios.

La baronesa y la marquesa le saludaron, y después Enrique, volviéndose hacia Cecilia, recibió de ésta otro saludo.

A pesar de la modestia del caballero, era preciso confesar que la duquesa de Lorgues no había dicho nada de más con respecto a él; acababa de cumplir veinte años, y era un joven en quien se notaba la elegancia de modales de las personas que, educadas por un preceptor, no han dejado la casa paterna, y han conservado ese barniz de buen tono, que destruye en general la educación universitaria. Por lo demás, Enrique, como la mayor parte de los emigrados, se hallaba sin bienes de fortuna. Había perdido a su madre casi al nacer; su

padre había muerto en la guillotina, y no tenía otra esperanza de fortuna que la herencia de un tío suyo que se había retirado a Guadalupe, donde, según se decía, había hecho un gran capital por medio de especulaciones comerciales.

Pero por una rareza de su carácter, aquel tío había declarado que su sobrino no tenía nada que esperar de él, sino a condición de que se dedicase al comercio.

Como debe suponerse, el resto de la familia se opuso a semejante condición, diciendo que Enrique había sido educado de un modo que le impedía el hacerse traficante en azúcar y café.

Todos estos detalles fueron contados con ese abandono de conversación, propio de las personas del gran mundo; el comercio salió muy mal librado en aquella ocasión, y los comerciantes fueron tratados con demasiada acritud por madame de Lorgues y por su sobrino; la marquesa estaba en sus glorias. La baronesa y Cecilia, notando con sentimiento que una parte de aquellos epigramas caían naturalmente sobre la buena familia que formaba su sociedad habitual, se mezclaron poco en la conversación, que llegó a tomar un tono de tal acritud, que la baronesa, para cortarla, tomó el brazo de la duquesa para bajar a jardín, como se lo había dicho antes.

La marquesa, Cecilia y Enrique quedaron solos.

Apenas la marquesa vio a Enrique, cuando con su eterna oposición a los proyectos de la baronesa, dijo para sí que aquel era el marido que convenía a Cecilia, y no un comerciantil o como Eduardo Duval.

Así es que, apenas salieron de la habitación la baronesa y su amiga, la marquesa cedió al deseo de hacer brillar los talentos de su nieta, y a pretexto de entretener al joven, le hizo enseñarle sus bordados y sus dibujos.

Aunque Enrique, apresurémonos a decirlo en su elogio, fuese un digno apreciador de las cosas de la aguja, de las que había visto hacer muchas y muy buenas durante las largas noches de Inglaterra y de Alemania en casa de su tía, con todo, lo que más impresión le causó fue la parte de dibujo. Estos dibujos 59

contenían principalmente los diseños de las flores más hermosas que habían nacido en el jardín de Cecilia, y cada una de dichas flores tenía escrito por debajo su nombre. Lo que notó especialmente Enrique con sorpresa, fue que cada una de las flores tenía, por decirlo así, una fisonomía particular, y que estaba en armonía con el nombre que se le había dado. Preguntó a Cecilia la explicación de aquella singularidad, y Cecilia se la dio simple y sencillamente, refiriéndole cómo había sido educada entre aquellas flores, cómo se había puesto en contacto íntimo con aquellas amigas frescas y perfumadas, cómo ella, como por la fuerza de la simpatía, si así puede decirse, había legado a conocer los pesares y alegrías de aquellos lirios y aquellas rosas, y cómo, en fin, según sus caracteres o sus aventuras, les había puesto un nombre en armonía con ellos.

Enrique escuchó toda aquella explicación como habría escuchado un cuento de hadas. No había más sino que el cuento era una historia, y el hada estaba en su presencia. Cualquiera otra joven que le hubiese dicho aquellas cosas le habría parecido loca o afectada; pero no era así con Cecilia, pues se veía que la casta niña decía su vida, sus sensaciones, sus alegrías, sus pesares; quizá los prestaba a sus flores, pero lo hacía de buena fe, y entre otras cosas refirió a Enrique la historia de una rosa, que había sido tan desgraciada, que su narración le hizo casi brotar lágrimas.

La marquesa escuchaba todo aquello, y procuraba de vez en cuando ver si mudaba de conversación; todas aquellas aventuras botánicas le parecían insulsas y pesadas; pero Enrique, que no era de su parecer, hacía recaer de nuevo la conversación sobre el mismo asunto, pues lo que menos le parecía era vivir con una criatura humana, sino con alguna creación fantástica de Osian o de Goethe.

Sin embargo, como la marquesa pronunciara la palabra música, y abriese el piano, Enrique, que era también excelente músico, rogó a Cecilia que cantara alguna cosa.

Cecilia no sabía lo que era hacerse de rogar, pero ignoraba todavía si tenía o no talento; tal vez no sabía ni lo que era éste.

Lo mismo que en la pintura, la ejecución musical de Cecilia era toda de sentimiento; así fue que cuando Cecilia cantó con una dulzura y una gracia infinita, uno o dos romances y otros tantos nocturnos, le preguntó Enrique con la mayor sencillez si le haría oír alguna composición suya.

Entonces Cecilia, sin hacerse de rogar ni hacer la menor objeción, dejó caer sus manos sobre las teclas, y empezó una de esas extrañas fantasías que solía cantar a veces delante del melodioso instrumento; un aire suave, tocado con la sordina, indicaba que era de noche; todos los ruidos de la tierra se dormían unos tras otros, sucediéndoles un silencio absoluto, turbado apenas por el murmullo de un arroyo; luego, en medio de aquella calma suprema de la oscuridad, descollaba el cántico de un ave, cántico melodioso, desconocido, que no era el del mirlo ni el del ruiseñor; ave que cantaba en el corazón de Cecilia, como un eco de las melodías celestiales, y cuya voz decía a un mismo tiempo: esperanza, súplica, amor.

Enrique, embargado por aquella dulcísima hermosura, dejó caer su cabeza entre las manos; y cuando se levantó sin tratar de enjugar una lágrima que rodaba por sus pestañas, vio a Cecilia con la cabeza elevada y mirando al cielo, con los ojos humedecidos. Enrique estuvo a punto de arrojarse a sus pies y adorarla como a una imagen.

En aquel momento entraron la baronesa y su madre.

60

CAPITULO XII

Dios dispone

Luego que madame de Lorgues y Enrique de Sennones se marcharon, y la marquesa y su hija se volvieron a sus cuartos, y Cecilia se quedó sola, le pareció que acababa de hacerse un cambio en su vida.

Y sin embargo, al querer buscar qué cambio era ese, no le hallaba, ni hubiera podido indicarlo.

¡Ay! El primer sentimiento del amor se había apoderado del corazón de la pobre niña, y como hace el primer rayo de sol, hacía visibles a sus ojos una multitud de cosas perdidas hasta entonces en la noche de su indiferencia.

Primero le pareció que necesitaba aire, y bajó al jardín. El tiempo estaba tempestuoso, y sus flores se inclinaban sobre sus tallos, como si el aire fuese también muy pesado para ellas. En otro tiempo las consolaba Cecilia; hoy Cecilia inclinaba también la cabeza sobre su pecho, sin duda por el presentimiento de alguna tempestad futura.

Dio por dos veces la vuelta a su pequeño mundo, y fue a sentarse bajo su cenador, donde trató de seguir el cántico de una avecilla que gorjeaba en una mata de lilas... pero se interponía una especie de velo entre su espíritu y los objetos de que se veía rodeada; no era ya dueña de su pensamiento; había algo desconocido en ella que pensaba a pesar suyo; su pulso latía por momentos con tal rapidez, que ella se estremecía como si le acometiese un acceso de calentura.

En esto cayeron algunas gruesas gotas y retumbó un trueno; pero Cecilia no oyó el uno ni sintió las otras. La baronesa la llamó con inquietud; pero tuvo necesidad de repetir el llamamiento.

Al pasar de nuevo por el salón, Cecilia vio su cuaderno de dibujo sobre la mesa y el piano todavía abierto, y se puso a mirar sus flores, deteniéndose en las mismas páginas en que se detuviera con Enrique y repasando en su memoria cuanto dijera al joven y cuanto éste le había respondido. Luego se sentó al piano y tocó y cantó nuevamente la melodiosa fantasía, pero ahora de un modo más profundo y melancólico que la vez primera.

A la última vibración de su voz, al último sonido del instrumento, Cecilia sintió en su hombro el suave peso de una mano: era la de su madre.

La baronesa estaba aún más pálida que de costumbre y se sonreía con más tristeza de la que solía.

Cecilia se estremeció, imaginando que su madre iba a hablarle de Enrique.

En medio de su impresión de temor aquella era la vez primera que el nombre del joven se presentaba tan personalmente al espíritu de Cecilia; hasta aquel instante. había algo de Enrique en todo cuanto la rodeaba, pero algo inmaterial como un vapor, impalpable como un perfume.

Cecilia creyó pues que su madre iba a hablarle de Sennones; pero se engañó: la baronesa no le habló más que de lo que le dijera la de Lorgues, esto es; que al rey Luis XVIII no le quedaba esperanza 61

alguna de regresar a Francia, atento que el poder de Bonaparte se arraigaba cada vez más y Bonaparte trabajaba por su exclusiva cuenta. La señora de Lorgues, que estaba al servicio de la condesa de Artois, había pues casi tomado la determinación de permanecer en el extranjero, que es lo que también debía hacer la baronesa.

Durante esta conversación, no sonó para nada el nombre de Enrique; ello no obstante, a Cecilia le pareció que todas y cada una de las palabras proferidas por su madre aludían al joven, tal vez porque se referían a Eduardo.

En efecto, decir a Cecilia que el estado político de Francia continuaba imponiendo la expatriación a su madre y a su abuela, era decirle que los proyectos de unión con la familia Duval estaban más decididos que nunca, pues Cecilia conocía la situación pecuniaria de la baronesa y de la marquesa.

Luego, Madame de Marsilly añadió algunas palabras acerca de su propia salud, y entonces Cecilia, volviéndose hacia su madre, la miró y lo olvidó todo.

En efecto, ya fuese el resultado de sus crueles cuidados, o que la enfermedad hubiese llegado a ese período en que los progresos son más rápidos, la baronesa, como hemos dicho, estaba terriblemente cambiada; conoció ésta el efecto que su vista causaba en Cecilia, y se sonrió melancólicamente.

Cecilia apoyó su cabeza sobre el hombro de su madre, y rompió a llorar, murmurando en su corazón, aunque sin tener valor para decirlo con sus labios:

—¡Oh! Sí, sí; perded cuidado, madre mía, que me casaré con Eduardo.

Gran esfuerzo era el que hacía la pobre niña sobre sí misma; porque, preciso es decirlo, la comparación que, casi sin saberlo, hacía su corazón entre el sobrino de madame de Lorgues y el hijo de monsieur Duval, no era ventajosa al último; ambos a dos eran, a la verdad, de una edad misma; ambos a dos habían recibido una educación distinguida, ambos a dos eran gallardos; pero, ¡qué diferencia había, sin embargo, entre ambos! Eduardo a los 20 años, era todavía un colegial tímido y casi torpe, mientras que Enrique era un joven elegante y acostumbrado al gran mundo. Ambos a dos habían recibido una educación distinguida; pero Eduardo no había conservado de ella más que la parte material, si puede decirse así; sabía lo que había aprendido, y nada más; pero su organización no había añadido nada a esa ciencia adquirida; lo que Enrique sabía, al contrario (y en pocas palabras había sido fácil a Cecilia conocer que sabía mucho), no parecía sino que lo adquirido siempre, y que cada cosa, revisada y corregida por su propio talento, había recibido un nuevo valor en la feliz organización que le servía de molde. Pero Eduardo era hermoso, con esa belleza insignificante que se asocia perfectamente con la vulgaridad de la fisonomía, al paso que Enrique era hermoso con esa belleza fina y distinguida que da sólo la sangre, y que la educación física desarrolla; para explicarlo todo en breves palabras, el uno tenía maneras vulgares, y el otro las de un cumplido caballero.

Pero cuando al domingo siguiente vino Eduardo con sus padres, se hizo para Cecilia aquella diferencia tanto más sensible esta vez, cuanto que la marquesa, contra su costumbre, había bajado, y ora fuese cálculo o casualidad, aprovechó un momento en que monsieur Duval y la baronesa se paseaban por el jardín, para tratar de renovar la escena que había tenido con Enrique. Instintivamente había ocultado Cecilia a Eduardo sus debilidades; pero esta vez, a invitación de la Marquesa, fue preciso 62

sacar el álbum del pupitre y enseñar las hermosas flores que contenía. Eduardo, cumplimentando a Cecilia por lo bien hecho de la ejecución, no llegó a comprender, a pesar de los nombres inscritos por debajo de cada página, el pensamiento que había hecho brotar aquellas flores. Por su parte Cecilia, comprendiendo que toda explicación de este género sería inútil, no

trató siquiera de hacer notar al joven ese sentimiento íntimo de que ella había querido hablarle cuando niña, y del que tanto había reído él. Por consiguiente, todas aquellas flores que fueron pasando sucesivamente ante los ojos de Eduardo, no eran más que una serie de imágenes más o menos bien iluminadas; no era así como las había mirado Enrique.

La marquesa, que no perdía a los dos jóvenes de vista, conoció la impresión que causaba en su nieta el prosaísmo de Eduardo, aunque no comprendió, a la verdad, todas las delicadezas poéticas que Cecilia sentía no hallar en el joven que le estaba destinado; pero vio que ese prosaísmo le repugnaba, y resolvió desenvolverlo hasta lo último, para lo cual, luego que se cerró el álbum, rogó a Cecilia que se sentara al piano.

Por la primera vez se resistió Cecilia; nunca había cantado delante de Eduardo, y aunque éste, siempre que venía, había visto el piano y sobre el piano una porción de cuadernos de música, jamás había hecho a la joven una sola pregunta sobre el particular. Sin embargo, cuando la marquesa hizo la proposición, la apoyó con tanta galantería, que Cecilia no pudo menos de ceder a aquella doble instancia.

Lo mismo que pasó con el canto ocurrió con la pintura. Eduardo aplaudió y alabó calurosamente a Cecilia, pero como quien no ha comprendido; de lo que se siguió que en el ánimo de la doncella le perjudicaron más aquellas alabanzas fingidas, aquellos aplausos intempestivos que si hubiese guardado silencio.

Así es que al pedir la marquesa a su nieta que tocara la fantasía que tres o cuatro días antes tocara, o a lo menos algo parecido, Cecilia se negó obstinadamente. Eduardo, por cortesía, secundó en sus ruegos a la marquesa, pero como no era más que un mediano melómano, no insistió de una manera indiscreta; a bien que por mucho que hubiese insistido, Cecilia hubiera permanecido encerrada en su negativa, porque le habría parecido una profanación cantar en presencia de Eduardo lo que cantara ante Enrique.

La doncella sintió verdadera gratitud por su madre cuando, al entrar de nuevo en el salón con madame Duval, puso con su presencia fin a las instancias con

que por vez primera y sin que ella pudiese adivinar la causa, la fatigaba su abuela.

El resto del día pasó como de costumbre, si se exceptúa que Cecilia, por más que se esforzó, no pudo disimular su preocupación, de la que, por lo demás, sólo se dieron cuenta la baronesa y la marquesa.

Madame de Marsilly, que estaba muy fatigada, tan pronto hubieron partido los Duval se retiró a su cuarto acompañada de Cecilia, que advirtió que de tiempo en tiempo su madre la miraba con inquietud. ¿Qué significaba aquel modo de mirar inusitado? Cecilia intentó preguntárselo a su madre, pero cada vez que abrió la boca para hacerlo, volvió a cerrarla sin proferir un vocablo.

63

Por su parte, la baronesa tampoco dijo una palabra; lo único que hizo, al separarse de su hija, fue abrazarla más efusivamente de lo que acostumbraba y lanzar un profundo suspiro al besarle la frente.

Cecilia salió con lentitud y tristeza del cuarto de su madre para encaminarse al suyo, pero en el pasillo se encontró con Aspasia, que le dijo que la marquesa deseaba verla.

La marquesa se hallaba acostada, y leía; había tenido siempre la costumbre, peculiar del siglo XVIII, de recibir en la cama, y aquella costumbre la había conservado, aunque no recibía a nadie entonces. Por lo demás, todos aquellos recuerdos aristocráticos de otros tiempos eran tan naturales en la marquesa, que no la hacían aparecer ridícula.

Así que vio a Cecilia, colocó sobre su almohada el libro que estaba leyendo, e hizo seña a su nieta de que viniese a sentarse a su lado. La joven obedeció.

—¿Me habéis mandado llamar, mi buena mamá? —dijo Cecilia besando una mano redondeada aún, y a la que la vejez había dejado una gran parte de su hermosura, gracias a los cuidados de la marquesa—; he temido que por un momento os hallaseis indispuesta; pero vuestra fisonomía me tranquiliza.

—Pues a pesar de eso, te equivocas, mi querida niña, porque tengo unos vahídos horribles; además, siempre que veo a esos Duval, me ataca la jaqueca, y mucho más cuando los oigo hablar.

—Pero, mi buena mamá, monsieur Duval es un hombre excelente, y vos misma lo habéis dicho muchas veces.

—Sí, es cierto; ha estado mucho tiempo al servicio de monsieur de Lorgues, y siempre he oído a la duquesa hacer elogios de su probidad.

—Madame Duval es una mujer llena de gracia, y de aspecto muy distinguido.

—¡Oh! Sí. ¡Esas inglesas! Con sus semblantes pálidos, sus talles delgados y sus largos cabellos, parece que pertenecen a una clase elevada; pero a pesar de esa apariencia, ya lo sabes, querida niña, madame Duval, lo mismo que su marido, estaba al servicio de la duquesa.

—Como profesora, buena mamá, y no se debe confundir el profesorado con la domesticidad.

—Es cierto, confieso que no es lo mismo, aunque se asemeja mucho; pero si te hablo de monsieur y de madame Duval, ¿qué dirás de su hijo?

—¿De Eduardo? —preguntó tímidamente la joven.

—Sí, de Eduardo.

—¡Oh! —repuso Cecilia llena de turbación—; yo no puedo menos de decir que Eduardo es un buen y honrado joven, laborioso, y que ha recibido una educación...

—Muy en armonía con su condición, hija mía, porque sería muy ridículo que hubieran querido sacarle fuera de la esfera de su estado, dándole una educación semejante a la que ha recibido el caballero de Sennones, por ejemplo.

Cecilia se estremeció, bajó los ojos, y un vivo sonrosado rubor cubrió sus

mejillas. Ninguna de aquellas circunstancias pasó desapercibida para la marquesa.

64

—¿Y qué? ¿No me respondéis? —dijo.

—¿Qué queréis que os responda?

—Podrías decir lo que pensabas de ese joven.

—Parece mal, mi buena mamá, que las muchachas den su opinión respecto a los jóvenes.

—Pues bien, las has dado sobre Eduardo.

—¡Oh, sobre Eduardo! Eso es muy distinto —repuso la joven.

—Sí, ya comprendo —dijo la marquesa—, tú no amas a Eduardo, y...

—¡Mi buena mamá! —exclamó Cecilia como para implorar el silencio de su abuela.

—Y amas a Enrique —continuó despiadadamente la marquesa.

—¡Oh! —murmuró Cecilia, ocultando su cabeza en la almohada.

—¿Y qué? —dijo la marquesa— ¿A qué viene esa mala vergüenza? De lo que debieras tenerla sería de amar a Eduardo, si es que le amases; pero Enrique es un joven completo, bajo todos los aspectos, de buena figura, a fe mía, y que se parece mucho al pobre barón de Ambrée, que se hizo matar en el sitio de Mahon.

La marquesa dejó escapar un suspiro.

—Pero mi buena mamá —exclamó Cecilia—, ¿olvidáis las intenciones de la baronesa sobre Eduardo? ¿Olvidáis?...

—Mi querida Cecilia, tu madre ha tenido siempre la cabeza un poco débil, además de que las desgracias la han trastornado. Es preciso saber hacer frente a los sucesos, y no dejarse abatir. Tu madre ha dicho que te casarías con Eduardo, y yo, hija mía, te digo que te casarás con Enrique.

Cecilia levantó su blonda cabeza, y miró a su abuela con las manos juntas y la vista fija, como hubiera mirado a una virgen que le prometiese hacer un milagro que ella no podía comprender.

En aquel momento la campanilla de la baronesa sonó con violencia, y Cecilia, levantándose asustada, salió apresuradamente de la habitación de la marquesa, y entró en la de su madre.

Halló a madame de Marsilly desmayada; un copioso vómito de sangre era lo que había producido aquel desmayo.

Por segunda vez Cecilia olvidó a Enrique y Eduardo; por segunda vez olvidó todo, para pensar únicamente en su madre.

Gracias a las sales espirituosas que Cecilia le hizo aspirar, y al agua fresca que la doncella le echó sobre la frente, la baronesa volvió al momento en sí.

Su primer movimiento fue el ocultar a su hija el pañuelo lleno de sangre que había dejado caer.

Pero éste fue el primer objeto que se presentó a la vista de Cecilia, y Cecilia lo tenía ya en la mano.

—¡Pobre hija mía! —exclamó la baronesa.

—¡Madre mía! —murmuró Cecilia—; eso no es nada, no es nada; ya veis qué pronto habéis vuelto en vos.

65

En aquel momento Aspasia entró a preguntar de parte de la marquesa cómo se hallaba su hija.

—¡Mejor, mucho mejor! —respondió la enferma—; decid a mi madre que no ha sido más que una indisposición momentánea, y que no se incomode a venir.

Cecilia estrechó entre las suyas la mano de su madre, y la besó derramando lágrimas.

La crisis había efectivamente pasado, como había dicho la baronesa; pero cada una de aquellas crisis la debilitaba espantosamente; así es que por más instancias que su madre le hizo, Cecilia no quiso volverse a su cuarto; la doncella le dispuso una cama junto a la baronesa, y pasó la noche a su lado.

Entonces fue cuando Cecilia pudo apreciar lo que eran las noches de su madre, noches de agitación, durante las cuales los cortos intervalos de un sueño febril no podían reparar las fuerzas agotadas por una tos continua.

A cada movimiento que hacía la baronesa. Cecilia se aproximaba a su lecho, porque aquella vez se había apoderado de ella una cruel inquietud. Así fue que la baronesa, procurando contenerse delante de su hija, aumentaba sus padecimientos.

Con todo, hacia la madrugada, rendida al fin la baronesa, se durmió; Cecilia veló aún por algún tiempo, pero al fin la naturaleza venció su voluntad, y se durmió a su vez.

Cecilia, en aquella noche, pudo convencerse de que los sueños son cosas independientes de nuestra voluntad, porque así que hubo cerrado los ojos, olvidó todo cuanto acababa de suceder, y desde la habitación de su madre se vio transportada a unos magníficos jardines llenos de flores y de aves; pero aquella vez, por un extraño misterio, y del cual la razón aceptaba el resultado sin tratar de averiguar la causa, el perfume de las flores era un lenguaje, y el canto de los pájaros un idioma que comprendía perfectamente, no por intuición, como lo hacía en su jardín, sino por un perfeccionamiento de su organización, porque un vago sentimiento le decía que estaba en el cielo; aves y flores alababan a Dios.

Después, repentinamente, sin que ella le viese venir, sin oírle aproximarse,

Cecilia se encontró en los brazos de Enrique.

Solamente que no sentía ni sus brazos ni su cuerpo, y además, Enrique estaba muy pálido.

Enrique fijaba sobre ella sus miradas con una ternura infinita, y Cecilia notó que podía verse reflejar en los ojos del que amaba.

Y colocó su mano sobre el corazón; su corazón no latía; luego una voz murmuró a sus oídos que ambos estaban muertos.

Y en efecto, Cecilia creía no tener nada de terrenal. Su vista pasaba a través de los objetos; veía a través de los troncos de los árboles; las paredes parecían formadas de vapores, y todas las cosas eran diáfanas; hubiérase dicho que el jardín en que se paseaba no contenía más que seres inmateriales, que habían conservado, salvo la opacidad, sus formas terrestres.

De repente le pareció ver venir a su encuentro a una mujer velada, que tenía el continente de su madre. A medida que se aproximaba aquella mujer, Cecilia se afirmaba en su opinión; solamente que aquella mujer no andaba, sino que se deslizaba sobre el suelo; además, en vez de vestido, iba envuelta en un ancho sudario. Entonces Cecilia dirigió de nuevo su vista hacia ella y hacia Enrique, y vio que todos 66

tres se hallaban vestidos del mismo modo. Su madre seguía adelantándose; en fin, Cecilia, a través de los pliegues del velo que la cubría, reconoció las facciones de su rostro.

—¡Oh, madre mía! —exclamó, procurando estrechar en sus brazos aquella sombra—; creo que somos muy felices, porque estamos muertos.

Al decir estas palabras oyó un sollozo tan verdadero y desgarrador, que se despertó.

La baronesa a su vez se hallaba de pie al lado de la cama de su hija, pálida como un espectro, vestida como un muerto y casi tan diáfana como una sombra.

La pobre madre se había despertado la primera, y había velado el sueño de su hija, como ésta lo había hecho con el suyo, después, advirtiéndole que algún sueño sombrío la atormentaba, se levantó para despertarla, y entonces fue cuando oyó la frase que hemos dicho, y que Cecilia había pronunciado en alta voz.

Cecilia creyó por un momento que continuaba soñando; pero la inquietud de su madre la condujo bien pronto a la triste realidad.

—¡Eres desgraciada, mi pobre hija! —dijo la baronesa—, supuesto que mirabas como una felicidad el estar muerta conmigo.

—¡Oh, no, no, madre mía! —exclamó Cecilia—; y en cuanto vuestra salud se restablezca ¿qué puede faltar a mi felicidad? Creo que soñaba un disparate; he aquí todo. Perdonadme, madre mía, perdonadme.

—¡Ay, hija mía! ¿No soy yo más bien quien debe pedirte perdón? Y con todo, bien lo sabe Dios, yo he hecho cuanto ha estado de mi parte por acostumbrarte a una vida humilde y sencilla. ¿Por qué Dios ha impreso en tu alma los sentimientos de tu cuna y no los de tu posición? Dime, hija mía, ¿tal vez sin notarlo, te he educado en las preocupaciones del nacimiento, en el orgullo de las categorías?

—¡Oh, madre mía! —exclamó Cecilia—; habéis querido hacer de mí una santa, como vos lo sois, y no es culpa vuestra si no habéis conseguido hacer más que una joven orgullosa.

—¿Con que tú le amas? —preguntó suspirando la baronesa.

—¡Ay, madre mía! No lo sé; pero en mi sueño me parecía que era yo más dichosa muriendo con él, que viviendo con cualquier hombre del mundo.

—¡Hágase según la voluntad de Dios, y no según la mía! —exclamó la baronesa juntando las manos, y levantando al cielo sus ojos con una indecible expresión de conformidad.

CAPITULO XIII

La agonía de una santa

Y no cabe la menor duda de que la resignación de la baronesa era meritoria; todos sus desvelos de hacía diez años, se habían consagrado a aislar a Cecilia del mundo entero, para conservar aquella alma pura e ignorante de toda pasión; su proyecto de unirla a Eduardo, proyecto que, según ella, sustrayendo a Cecilia de los azares de la política, que alcanzaba en aquella época a los hombres y a las personas más elevadas, aseguraba una felicidad tranquila e ignorada, se había fijado en su imaginación desde el día en que monsieur Duval le había dado a conocer sus intenciones; había previsto desde luego la oposición de la marquesa, y había hecho el firme propósito de arrostrar y vencer aquella oposición; pero nunca había podido creer que el cumplimiento de aquel proyecto pudiera ser un doloroso sacrificio para Cecilia, y en efecto, hasta el momento en que la niña vio a Enrique, ninguna voz se había levantado en su corazón contra Eduardo; por el contrario, feliz en cumplir los deseos de su madre, dos o tres veces, como ya llevamos referido, para tranquilizarla, había sacado esta conversación; pero la casualidad, o mejor dicho, la fatalidad, había conducido a Enrique a Hendon. La marquesa, que se oponía con todas sus fuerzas a la unión proyectada, notó al momento las simpatías que desde un principio se habían establecido entre uno y otro. La conversación que había tenido con su nieta había aclarado a ésta sus propios sentimientos; estos sentimientos habían permanecido despiertos durante su sueño. Y su madre, a la cabecera de su cama, había sorprendido los secretos de su corazón en la indiscreción de un sueño.

Por su parte, Enrique se hallaba vivamente impresionado por el recuerdo de Cecilia; había sido indecible su admiración al hallar en medio de un pueblecillo una joven que, sin otro maestro que su madre, hubiese llegado a tal grado de inteligencia, que sobrepujaba a cuantas mujeres había conocido; así es que la impresión había sido profunda, y desde que la vio no cesó de hablar a su tía de Cecilia; madame de Lorgues le refirió entonces la dramática historia de la baronesa de Marsilly, la muerte de su esposo, acontecida el 10

de agosto, y cómo la baronesa, su madre y la pequeña Cecilia, conducidas por un aldeano y huyendo en un carro, habían llegado a Inglaterra, gracias al pase de monsieur Duval; lo pintoresco de aquella narración había, como puede suponerse, aumentado la aureola de poesía de que Cecilia se hallaba rodeada a los ojos de Enrique, tanto, que de vuelta a Londres, el joven no tenía más que un deseo: el de volver a Hendon; y una sola ocupación, la de hallar un pretexto plausible para una segunda visita.

No tardó, por desgracia, en presentarse este pretexto; la emoción que había experimentado madame de Marsilly al conocer el amor naciente de su hija por otro hombre que el que ella le destinaba por esposo, había ocasionado una nueva crisis; la baronesa ese mismo día se había metido en cama en muy mal estado, y la marquesa, sin hablar de las causas que la habían empeorado, escribió a madame de Lorgues para anunciarle el estado de su hija.

68

Por su parte Cecilia había escrito a monsieur Duval para que le enviase un médico, y no había ocultado al banquero los temores que le inspiraba aquella debilidad extremada de su madre.

De aquí resultó que al día siguiente, y casi en el mismo momento, se pararon dos carruajes a la puerta de la finca: el uno conducía a la duquesa de Lorgues y a su sobrino y el otro a madame Duval y a su hijo.

Si Enrique y su tía hubiesen venido solos, Cecilia hubiera podido encerrarse tal vez en su cuarto y evitar de este modo el ver a Enrique; pero aquella doble visita exigía su presencia; no pudiendo los dos jóvenes entrar en el cuarto de la duquesa que se hallaba en cama, fueron recibidos por la marquesa, la que hizo llamar al momento a su nieta.

Cecilia, que había visto desde la ventana el carruaje de la duquesa de Lorgues, y se había formado su plan de retirada, se vio entonces obligada a salir, a pesar de la resolución que había tomado, resolución que, menester es confesarlo, le costaba mucho llevar adelante.

Halló a los dos jóvenes en la habitación de su abuela. Enrique y Eduardo se

conocían, pero era de la manera que podían conocerse el sobrino de madame de Lorgues, y el hijo de monsieur Duval; esto es, sin intimidad de ningún género. Enrique tenía demasiado talento para hacer notar en nada la superioridad que le daban sobre Eduardo su nacimiento y su posición en el mundo; pero Eduardo estaba educado por su familia en los principios de la mayor sencillez para tratar de salvar la distancia que le separaba de Enrique; en una palabra, en presencia de Enrique era, no el hijo del banquero Duval, más rico y sobre todo más independiente que su antigua señora, sino el hijo del intendente de madame de Lorgues.

Cecilia, como puede suponerse, no perdió ninguna de aquellas particularidades que la marquesa hizo por su parte resaltar, decidida, como estaba, a realzar el mérito de su protegido en el ánimo de su nieta; además, preciso es confesarlo, esta superioridad de Enrique sobre Eduardo, no existía únicamente en la casualidad del nacimiento y en el privilegio de la educación, sino en todo; en el sonido de su voz, en la elegancia de sus facciones; Eduardo podría llegar a ser algo con el tiempo; Enrique lo era ya.

Por otra parte, sea por humildad, sea por ignorancia, apenas Eduardo abrió la boca; verdad es que hablaron de cosas que el pobre joven no conocía, esto es, de las cortes extranjeras. Enrique había estado viajando tres años; su nombre y el de su tía, la fidelidad de su familia hacia una causa desgraciada; la buena acogida que le daba la augusta casa a que se había consagrado, le habían franqueado los palacios de los reyes de la tierra; así es que conocía tanto como puede conocer un hombre de su edad todas las personas distinguidas de Italia, Alemania e Inglaterra, mientras que el pobre Eduardo no conocía más personaje notable que el banquero, en cuya casa había estado su padre de cajero, y en la que había hecho su fortuna.

La marquesa, sin tener precisamente un mal fondo, tenía en su carácter ciertos puntos implacables, y más aquellos que eran relativos al sostén de su posición social; así fue que abrumó a Eduardo con su indiferencia, y lo hizo más bien por la ausencia de toda atención, que por la amargura de sus palabras, de modo que por poco destruye el efecto que se proponía, causando a Cecilia una viva compasión hacia 69

su pobre amigo; de aquí resultó que, resentida por aquella preferencia, demasiado ostensible, Cecilia se levantó y salió de la habitación bajo pretexto de informarse del estado de su madre.

La joven se dirigió efectivamente hacia el cuarto de la enferma; pero allí también le esperaba una comparación no menos elocuente. La duquesa de Lorgues estaba sentada a la cabecera de la cama de la baronesa, y madame Duval a los pies. La duquesa había ocupado el primer sillón que halló a mano, y madame Duval había elegido una silla. Madame de Marsilly dirigía la palabra con igual benevolencia y urbanidad a la duquesa de Lorgues y a madame Duval, pero ésta no hablaba a la duquesa sino usando de la tercera persona, era ésta una antigua costumbre que madame Duval no había perdido, o más bien el resultado del sentimiento de su propia dignidad, que no le permitía enorgullecerse de su pequeña fortuna comercial.

Así fue que Cecilia halló la misma inferioridad en la madre que había encontrado en el hijo; solamente que, cosa muy desfavorable para Eduardo, en la madre se notaba solamente una inferioridad social, y en el hijo, una inferioridad de organización.

De modo, que aquella visita dio el último golpe a Eduardo en el ánimo de Cecilia; Enrique, sin dirigir a Cecilia una palabra que pudiera aludir a los sentimientos que experimentaba hacia ella, le había hablado en ese lenguaje de los ojos, en que no se equivocan nunca los corazones jóvenes, y muchas veces en la timidez y en el malestar que se notaba en Eduardo; Cecilia había conocido que el joven le daba una cuenta exacta de su situación; así es que al despedirse de madame Duval y de Eduardo, Cecilia, como de costumbre, presentó su frente a la madre y la mano al hijo; pero sólo madame Duval contestó a aquella demostración besándole en la frente. Eduardo se contentó con saludarla.

Durante aquella doble visita, llegó el médico; pero se contentó con prescribir algunas bebidas emolientes y la continuación del mismo régimen.

Cecilia mostró muchos deseos de pasar la noche en el cuarto de su madre, pero tuvo que ceder a las repetidas instancias de la baronesa, y se retiró al

suyo.

Una vez entregada a sí misma, reflexionó la joven sobre los sucesos del día, y el doble recuerdo de Enrique y Eduardo se presentó a su imaginación; pero es fácil de comprender que en la posición de uno y otro, Eduardo cedió bien pronto el sitio, y se borró poco a poco del pensamiento de la joven, quien quedó exclusivamente ocupada de su rival.

Con todo, preciso es decirlo, en cualquiera otra circunstancia, los progresos de Enrique en el sencillo e ingenuo corazón de la joven, hubieran sido mucho más rápidos; pero en aquel momento el corazón de Cecilia estaba muy dolorosamente preocupado: el estado de su madre, que se escapaba a la frivolidad de la marquesa, se desenvolvía ante la tierna solicitud de su hija. Cecilia conocía que su madre estaba herida mortalmente, y miraba como un crimen el tener un solo pensamiento que no fuese consagrado a la desgraciada enferma.

Cecilia prodigó a su madre todos cuantos cuidados inteligentes y asiduos puede inventar el amor filial. En el momento de abandonar a las personas a quienes se ama, es cuando se conoce todo el valor de los instantes que quedan que pasar a su lado, y cuando se recuerdan con amargura las horas de la indiferencia, en las que se ha alejado uno voluntariamente de su lado. Cecilia pasaba su vida entera en 70

la habitación de la baronesa, no abandonando su puesto sino a las horas de las comidas, y aun en ellas no permanecía un solo instante de sobremesa. La marquesa iba de vez en cuando a hacer una visita a su hija; pero la quería tanto, que, según ella misma decía, no podía soportar la vista de los estragos que la enfermedad hacía en ella.

Enrique iba casi todos los días a informarse del estado de la baronesa, unas veces en carruaje y acompañado de la duquesa de Lorgues, y otras solo y a caballo; Cecilia se presentaba muy rara vez delante del joven; pero aunque ella misma se afeaba como una profanación el unir ninguna clase de sentimiento doloroso que le causaba la situación de su madre, con todo, no podía menos de ver marchar a Enrique por entre las persianas cerradas de su

cuarto.

Eduardo, ocupado en su oficina, no podía ir a la finca más que los domingos.

Desde el día en que se habló del proyecto de unión de los dos jóvenes, y en que madame de Marsilly, acogiendo los deseos de monsieur Duval, le había dicho que dejara el asunto a su cargo, no se había vuelto a hablar una sola palabra por una ni otra parte; así es que costaba gran trabajo a la baronesa el ocultar un sentimiento de malestar cuando recibía las visitas de sus antiguos amigos; de aquí resultaba una especie de mutua contrariedad, que hizo que poco a poco monsieur Duval y Eduardo dejasen de ir a Hendon, y madame Duval siguió yendo sola.

La baronesa, entre tanto, se debilitaba de día en día; pasó el verano en las alternativas peculiares de las afecciones del pecho; pero cuando llegó el otoño, y con él las húmedas emanaciones de la tierra, la enfermedad se empeoró de tal manera, que no hubo ya lugar a dudar de la proximidad del término fatal.

Cecilia, como hemos dicho, no se apartaba del lado de la baronesa, y tal es el poder de un dolor profundo y real, que había llegado a olvidarlo todo para no pensar sino en su madre. Enrique seguía yendo a la casita con la misma frecuencia, sin dejar de experimentar una especie de alegría cada vez que le veía; parecía a la pobre niña que el sentimiento que le causaba aquel joven había cambiado de naturaleza; en el estado a que había llegado no tenía en su imaginación proyecto alguno sobre el porvenir, y agobiada bajo el peso del peligro presente, tenía únicamente fuerza para oponerse a este peligro; por lo demás, madame de Marsilly, acostumbrada a leer en el corazón de su hija como en un libro abierto siempre a sus ojos, no perdía una sola de las emociones que experimentaba Cecilia, y convencida de que era más peligroso para su hija el casarse con un hombre a quien no amaba, que dejar al cuidado de la Providencia el porvenir, no le volvió a decir una sola palabra sobre matrimonio.

Cecilia, por su parte, pensaba alguna vez en lo que su madre le había dicho cierto día sobre este asunto; muchas veces sorprendía la mirada de la

moribunda, que se fijaba en ella con inquietud; entonces sentía un fuerte deseo de arrojarle en sus brazos, y de repetirle lo que en otro tiempo le había dicho; esto es, que sería dichosa en casarse con Eduardo; pero por grande que fuese el poder de su respeto filial hacia la voluntad de su madre, y decidida a seguirla si se manifestaba, no se sentía con valor suficiente para salirle al encuentro.

Cada día que pasaba llevaba consigo una gran parte de las fuerzas de la baronesa; cada noche producía una excitación febril que la dejaba más débil todavía; el sueño, ese gran reparador de la 71

naturaleza, estaba para ella tan lleno de ensueños terribles, que se presentaba como una especie de vampiro que le chupaba la vida; en medio de todo, conservaba madame de Marsilly una lucidez de espíritu admirable, y al mal físico que la arrebatava, parecía no tener en su espíritu otro resultado que exaltar su imaginación y poetizar su pensamiento.

Así era que Cecilia, viendo, si así puede decirse, aquel aumento de vitalidad que, en el momento de abandonar el cuerpo, se notaba en los ojos y en las palabras de su madre, no podía llegar a creer que la baronesa estuviese tan próxima a dejar este mundo. Por su parte, la baronesa, feliz con esa ignorancia de su hija, se guardaba bien de decirle que estuviese tan cercano el momento de su separación. En cuanto a la marquesa, bien sospechaba que su hija estaba bastante mala; pero estaba mucho más lejos aún que Cecilia de apreciar la gravedad de la enfermedad.

Madame de Marsilly había tenido siempre ideas muy religiosas. Sus profundas convicciones de la justicia Divina, y las retribuciones que aguardan al alma en la otra vida, eran las que, en medio de las desgracias que le habían abrumado, la sostenían tranquila y serena en ésta. Apenas llegó a comprender el peligro de su posición, se avistó con un sacerdote católico, irlandés de nacimiento, que vivía en el pueblo de Edware, a dos millas escasas de Hendon. Aquel sacerdote, desde la enfermedad de la baronesa, venía a ver a ésta cada dos días.

Una mañana, pocos minutos antes de la hora en que el sacerdote

acostumbraba a venir, cogió madame de Marsilly las manos de Cecilia, sentada al lado de su lecho, y acercándola a sí para abrazarla, como hacía veinte veces al día:

—Hija mía —le dijo—, no te aflijas por lo que va a suceder; pero, ya lo ves, me voy debilitando de día en día; de un momento a otro puede Dios llamarme a sí, y debo prepararme a comparecer ante su trono purificada de todas nuestras manchas humanas. He dicho, pues, ayer al sacerdote, que venga hoy en la santa compañía de Nuestro Señor. Hoy, hija mía, voy a comulgar, y no te apartarás de mí durante la piadosa ceremonia, ¿no es cierto? Te arrodillarás a la cabecera de mi cama, y orarás al mismo tiempo que yo, a fin de que si mi voz se interrumpiese, continúes tú la oración principiada.

—¡Ay, madre mía, madre mía! —exclamó Cecilia—; perded cuidado, que no me apartaré de vos un minuto, ni un momento, y Dios os conceda una larga vida para que pueda pasarla toda entera a vuestro lado. ¿Pero hay tanta prisa para llamar a un sacerdote, y no tenéis tiempo para prepararos a esa funesta ceremonia?

La baronesa se sonrió, y acercando de nuevo a Cecilia a su pecho:

—He procedido así por dictamen del médico —le dijo.

Cecilia se estremeció. Estas últimas palabras le habrían quitado toda esperanza si le hubiese quedado alguna.

En aquel momento se oyó la campanilla de la extremaunción, que despertó un doloroso eco en el corazón de la joven; luego se abrieron las puertas como por sí mismas, y entraron dos niños de coro con una vela encendida en la mano; detrás de ellos venía el sacerdote, trayendo la hostia. Vióse aparecer en el corredor a la marquesa, pálida y sostenida por la doncella; la antecámara se llenó de algunos pobres católicos, a quienes la baronesa, a pesar de su escasez, tenía costumbre de dar limosnas; luego, a un 72

toque de campanilla, se incorporó la baronesa sobre su lecho con las manos juntas; arrodilláronse todos los concurrentes, y principió la triste ceremonia.

Es preciso haber asistido a un acto semejante; haber oído rezar las oraciones de los difuntos junto a la cabeza de una persona amada, para comprender todo lo que pasa en el corazón de una niña que retiene el cuerpo de su madre sobre la tierra cuando las alas de los ángeles se llevan ya su alma al cielo.

La baronesa escuchó las oraciones del sacerdote con su calma y serenidad acostumbradas, orando ella misma y contestando a las palabras sagradas; pero durante la ceremonia se desmayó por dos veces, pasando de la rubicundez del agotamiento a una palidez tal, que por dos veces hubiera podido creérsele muerta, si la agitación de su pulso no hubiese probado que estaba viva, y que el fuego de la calentura no había aún secado ese manantial de vida que Dios ha puesto en lo íntimo de nuestro corazón.

La baronesa recibió sin embargo el santo sacramento. El cura se retiró, como había venido, seguido de los concurrentes, y se oyó irse apagando poco a poco el sonido de la campanilla, que tan profunda impresión había causado en el corazón de la joven.

Desde aquel momento la baronesa pareció más tranquila, y hasta creyó notar una sensible mejoría en su estado. Cecilia, con los ojos fijos constantemente en su madre, se asió a aquel rayo de esperanza, y cediendo a las súplicas de la baronesa, consintió en dejar acostar por aquella noche a la doncella inglesa en lugar suyo, pero con la condición de que si se presentaba una crisis cualquiera, le despertarían al punto. La marquesa, por su parte, hizo algunas instancias para quedarse al lado de su hija; pero esta vez, como siempre, suplicó la baronesa a su madre que no se expusiese a una fatiga que su edad no le permitía soportar.

La primera parte de la noche se pasó bastante tranquilamente; pero al amanecer se estremeció Cecilia hasta en la médula de sus huesos, pues oyó que le llamaban; saltó fuera de la cama, se echó su peinador sobre los hombros, y se lanzó al cuarto de su madre.

La baronesa acababa de arrojar un nuevo golpe de sangre, tan considerable, que la doncella no se había atrevido a separarse de la enferma para ir a buscar a su hija; por otra parte, madame de Marsilly se había desmayado en sus

brazos, y había tenido que llamar en su ayuda. Ese grito de alarma era el que había oído la joven.

La primera expresión del rostro de la baronesa cuando ésta volvió en sí fue una sonrisa. La crisis había sido tan fuerte, que había creído morir sin volver a ver a su hija; pero Dios permitió que volviese en sí y la viese.

Cecilia estaba de rodillas delante del lecho de su madre, una de cuyas manos tenía asida, orando y llorando a la vez; así permaneció, no obstante que la baronesa se había recobrado de su desmayo, pues ésta, con los ojos que acababa de abrir, levantados al cielo, y su otra mano colocada sobre la cabeza de la joven, recomendaba mentalmente a Dios aquella hermosa e inocente criatura, que se veía precisada a abandonar.

Aunque la baronesa recobró alguna tranquilidad, fue imposible determinar a Cecilia a que volviese a su cuarto; parecíale que si dejaba a su madre por un momento, sería ese momento el elegido por Dios 73

para llamarla a sí. En efecto, veíase claramente que la baronesa no tenía más que el aliento, y que de un instante a otro ese aliento podía abandonarla.

Legó el día. A los primeros resplandores que vio pasar la enferma a través de la ventana; no parecía sino que, temiendo que aquel sol fuese el último, no quería perder uno solo de sus rayos.

Afortunadamente era uno de esos hermosos días de otoño, que se asemejan a los bellos días de la primavera; un árbol elevaba sus ramas hasta la altura del techo, y estaba todavía cubierto de hojas verdes, medio amarillas y secas; a cada soplo de viento se desprendían algunas de esas hojas, y bajaban haciendo espirales. La baronesa las seguía melancólicamente con la vista, sonriendo cada vez que algunas de ellas iban a reunirse a la tierra, y pensando que muy pronto el soplo de la muerte se llevaría su alma como el viento las hojas. Cecilia, que vio los ojos de la baronesa fijos en aquel punto, siguió aquella dulce y melancólica mirada, y adivinó el pensamiento que absorbía la atención de su madre. Entonces quiso cerrar la ventana, pero la baronesa la detuvo.

—Déjame ver —le dijo—, la facilidad con que esas hojas se desprenden del árbol; tengo esperanzas de que lo mismo sucede con mi alma, pobre hija mía, y de que ésta se desprenda de mi cuerpo sin hacerme sufrir demasiado.

—¿Os sentís, según eso, peor, madre mía? —preguntó Cecilia con ansiedad.

—No, antes bien me parece que estoy mejor; por la primera vez, desde hace mucho tiempo, no siento dolor alguno; si la ausencia de dolor fuese la vida, creo que todavía podría vivir.

—¡Oh, madre mía! ¡Qué palabras tan gratas me decís! —exclamó Cecilia, recobrándose al menor vislumbre de esperanza—; quizá Dios se haya apiadado de mis súplicas y se digne a conservaros para mí.

Y Cecilia se dejó caer de rodillas, con las manos juntas, y orando con tal fervor, que su madre, volviendo la cabeza, no pudo contener sus lágrimas.

—¿Por qué movéis la cabeza con ese aire de duda, madre mía? ¿No ha hecho Dios a veces milagros más grandes que el que le pido? Y bien sabe Dios, madre mía, —añadió Cecilia levantando sus manos al cielo con una fe admirable—, que jamás se le ha pedido un milagro por un corazón más ferviente que el mío, ni cuando Magdalena le imploró para su hermano, ni cuando Jaira lo imploró para su hija.

Y Cecilia se puso a orar en voz baja mientras que la baronesa meneaba melancólicamente la cabeza.

Al mediodía fue la marquesa a preguntar por su hija. A través de la frivolidad ordinaria de su mirada, no pudo menos de notar el cambio profundo y fatal que se efectuaba en ella, y por la primera vez comprendió lo que no había podido hacerle comprender la piadosa ceremonia del día antes: que la muerte estaba allí.

Durante el día tuvo la baronesa alguno de sus vahídos a que estaba sujeta; sólo que estos eran ya sin dolor, y no hacía más que cerrar los ojos y perder el color; los dos primeros vahídos que presenció la marquesa arrojó ésta grandes gritos, diciendo que todo había acabado, y que su hija estaba muerta; 74

de suerte que Cecilia y la baronesa le suplicaron que, para ahorrarse aquel doloroso espectáculo, permaneciese en su cuarto. La marquesa se hizo rogar un poco y cedió.

En cuanto a Cecilia, aquella alma dulce y tierna estaba tan en armonía con la de su madre, que se confundían una en otra como el aroma de dos flores semejantes que se acercasen juntas y se aspirasen a un mismo tiempo.

Por la tarde se sintió la baronesa más débil todavía, y pidió que le abriesen la ventana que habían cerrado durante el día; esa ventana daba al Poniente, donde el sol estaba a punto de desaparecer.

Cecilia hizo un movimiento para obedecer a su madre; pero ésta, estrechándole la mano con una fuerza de que la pobre moribunda parecía incapaz:

—No te separes —le dijo.

Cecilia miró a su madre; la calentura había cesado; la baronesa estaba pálida; su mano fría.

Cecilia llamó a la doncella, que abrió la ventana.

La baronesa hizo un esfuerzo; y se volvió hacia el lado del sol Poniente.

En aquel momento cantaba un ruiseñor en el jardín.

Era uno de esos cánticos de la tarde, melodiosos, acompasados, penetrantes, como los que suelen dejar oír a veces esos reyes de la armonía.

—Escucha —dijo la baronesa acercando a sí a su hija.

Cecilia apoyó su frente sobre el pecho de la baronesa, y escuchó; la joven oía el movimiento lento e irregular de su corazón.

Entonces sucedió lo que sucede a veces; es decir, que poco a poco dejó de escuchar el canto del ave por seguir aquel último síntoma de vida que palpitaba en el corazón de su madre.

Parecíale que de un momento a otro se debilitaban aquellas pulsaciones; pero no por eso dejó de continuar escuchando. Por su parte, el ruiseñor había echado a volar, yéndose cien pasos más lejos para seguir su cántico melodioso.

A los pocos momentos, el pájaro tomó un nuevo vuelo, de tal suerte, que sólo llegaban a oídos de la moribunda las notas más agudas.

Luego cesó el canto enteramente.

Al mismo tiempo cesaron las pulsaciones.

Cecilia se estremeció y cruzó una idea por su imaginación; la idea de que aquel ruiseñor que acababa de callarse era el alma de su madre que subía al cielo.

La joven levantó la cabeza; la baronesa estaba pálida y sin movimiento, con los labios ligeramente separados y los ojos entreabiertos. Cecilia se inclinó sobre su madre, y entonces la baronesa murmuró la palabra “adiós”, de una manera casi ininteligible. Cecilia sintió rozarle el rostro un soplo templado y cariñoso; cerráronse los ojos de la enferma; volviéronse a juntar sus labios; un ligero estremecimiento agitó todo su cuerpo; su mano tembló suavemente procurando estrechar la de su hija y en seguida dejó de existir.

75

Aquel soplo que Cecilia había sentido rozar su rostro era el alma de la baronesa, que subía a Dios; aquel ligero estremecimiento era el último adiós de la madre a la hija.

La baronesa acababa de expirar.

Cecilia no exhaló grito ni sollozo alguno; únicamente dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

En seguida bajó al jardín; cogió un hermoso lirio, lleno de lozanía y de

aroma, volvió a subir, y colocó el largo tallo en las manos de su madre.

El cuerpo de la baronesa, visto así, parecía la efigie en cera de alguna hermosa santa del paraíso.

Entonces Cecilia se arrodilló junto al lecho, enviando llamar a la marquesa, para que mientras oraba ella por el alma de su madre, rogase aquélla por el alma de su hija...

76

CAPITULO XIV

La despedida

No nos detendremos en pintar detalladamente la escena fúnebre que acabamos de indicar, y las tristes ceremonias que le siguieron. Apenas la duquesa de Lorgues y monsieur Duval supieron la muerte de la baronesa, marcharon a Hendon, cada una por su lado; y por una delicadeza, que es muy fácil de comprender, ni la duquesa llevó consigo a Enrique, ni monsieur Duval a Eduardo. Gracias a la amistad de la una, y a la mediación del otro, Cecilia halló por un lado los afectuosos consuelos de que tanta necesidad tenía; y por el otro, el apoyo indispensable en tales caso de un hombre acostumbrado a los negocios.

La baronesa fue enterrada en el cementerio del pueblo. Hacía ya mucho tiempo que ella misma había elegido el sitio que debía ocupar, habiéndole hecho bendecir por su sacerdote.

El dolor de la marquesa fue muy intenso. Amaba a su hija todo cuanto era capaz; pero su carácter no era de aquellos que se impresionan profundamente con el dolor; databa, además, de una época en que la sensibilidad era aún una excepción.

Antes de volver a Londres, monsieur Duval hizo las más amistosas ofertas a Cecilia; pero sin hablarle una palabra de los antiguos proyectos tratados entre la baronesa y él. Cecilia contestó con ese acento de gratitud que no deja lugar

a la duda, que si algo tenía que pedir en algún tiempo, a nadie se dirigiera sino a él.

La marquesa y la duquesa tuvieron una larga conferencia; la marquesa manifestó en ella su decidida intención de volver a Francia. La firme voluntad de la baronesa había podido únicamente impedirle llevar a cabo aquel proyecto que tenía ya hace mucho tiempo. Nunca había podido comprender aquella confiscación de bienes, cuyas consecuencias, sin embargo, había experimentado, y creía que su procurador hallaría algún medio para deshacer aquellas ventas nacionales que hallaba enteramente ilícitas.

Dos días después del entierro de la baronesa hizo, por tanto, venir a Cecilia a su cuarto, y le anunció que se dispusiese para ir a Francia.

Esta noticia causó a Cecilia un trastorno indecible. Jamás se le había pasado por la imaginación que pudiera llegar un día en que tuviese que abandonar una aldea que había llegado a ser una patria para ella, aquella quinta en que había sido educada, aquel jardín en que había pasado sus primeros años, en medio de sus anémonas, de sus lirios y de sus rosas; aquella habitación en que su madre, ángel de dulzura, de paciencia y de pureza, había dado el último suspiro; y, en fin, el pequeño cementerio en que descansaba en el último sueño. Así es que hizo repetir por dos veces a la marquesa aquella noticia, y cuando se convenció de que no se había equivocado se retiró a su cuarto para prepararse a la revolución que iba a operarse en su vida, porque en aquella vida tan tranquila, tan pura y apacible, cualquier cambio es una revolución.

77

En un principio Cecilia creyó que sólo le dolía separarse de aquella aldea, de aquella finca, de aquel jardín, de aquella habitación y de aquel cementerio; pero profundizando más en su imaginación, conoció que la imagen de Enrique se mezclaba en parte a todas aquellas cosas.

De modo que se encontró con que el salir de Inglaterra era una gran desgracia para ella.

En seguida bajó al jardín.

Corrían, como hemos dicho, los últimos días del otoño, última sonrisa del año que se despide; cada flor, inclinando su cabeza, parecía saludar a Cecilia; cada hoja que se desprendía, parecía darle un adiós. Los sitios en que se guarecía en las mañanas de primavera y en las calurosas tardes del invierno habían perdido sus misterios. La vista penetraba por entre las ramas. Ya no cantaban los pájaros invisibles ocultos en el follaje, sino que se les veía saltar inquietos sobre las desnudas ramas, como buscando un asilo en que guarecerse de las nieves del invierno. Parecíale a Cecilia que ella se hallaba en el mismo caso que aquellas aves; también el invierno iba a llegar para ella, y al abandonar su propiedad perdía su abrigo maternal, su asilo acostumbrado, sin que pudiese saber qué techo de paja o de pizarra le estaba reservado en el porvenir.

Después de que ella saliese de allí, ¿a qué manos iría a parar su hermoso jardín? Todos aquellos árboles, aquellas plantas, aquellas flores, cuya vida estudiaba todos los días, cuyo lenguaje comprendía adivinando su primer pensamiento, ¿cómo estarían cuando ella no estuviese allí, como un centro vivo para esparcir la vida a su alrededor? Tal vez aquel jardín sería entregado a manos de niños destructores y mal intencionados que todo lo destrozarían meramente por el placer de destrozar, o bien a algún inquilino ignorante que ni aun sabría el nombre de las amigas, cuya alma conocía ella. Sin duda hallaría en Francia otras flores, otras plantas, otros árboles; pero no serían los árboles que había visto crecer sentada a su sombra, ni las plantas que ella misma había regado, ni las flores, que de generación en generación la habían recompensado de sus cuidados maternales, con los más suaves perfumes. No todos aquellos objetos serían extraños para ella, y la pobre Cecilia se asemejaba a las jóvenes a quienes se saca de un convento en que han sido criadas, y a quienes se arranca de los brazos de sus compañeras queridas para hacerles entrar en una sociedad en que no conocen a nadie y en que ellas mismas no son conocidas.

En aquel jardín había para Cecilia un universo de pensamientos.

Pero a pesar de eso lo abandonó, para subir a la habitación de su madre.

Allí había un universo de recuerdos.

La habitación había sido conservada en el mismo estado en que se hallaba a la muerte de la baronesa. Cada cosa ocupaba su sitio respectivo; Cecilia, que había creído pasar su vida en Hendon, había querido hacerse ilusión, y en efecto, una vez encerrada en aquel cuarto en que la vida había impreso tantos recuerdos, y donde la muerte no había dejado sus huellas, Cecilia podría creer que su madre había salido, y que entraría de un momento a otro.

Así es que desde la muerte de la baronesa, Cecilia se había encerrado más de una vez en aquel cuarto. El Señor ha dado al hombre, a quien ha criado para el dolor, el verdadero alivio de éste: este alivio son las lágrimas; pero sea cual fuere el dolor humano, hay, sin embargo, momentos en que las 78

lágrimas se agotan, como manantiales que han perdido su origen; entonces el pecho se oprime, el corazón se hincha, y cuando son necesarias las lágrimas, éstas se niegan al dolor; pero en el momento en que un recuerdo olvidado se presenta a la memoria; cuando un sonido que recuerda el acento de la persona perdida, hiere nuestros oídos; cuando un objeto de su uso hiere nuestra vista, entonces desaparece esa aridez del corazón, y las lágrimas corren en abundancia; entonces brotan los suspiros que oprimían nuestro pecho, y el dolor, en su exceso, acude en auxilio de sí mismo.

Este recurso de las lágrimas era el que Cecilia hallaba a menudo en la habitación de su madre.

Al entrar, y enfrente de aquella puerta, estaba el lecho en que había expirado; a los pies de éste el crucifijo que había besado al recibir los santos sacramentos; entre las dos ventanas, y en un vaso de porcelana, el lirio que tuvo en sus manos después de muerta, y que a su vez, lánguido y mustio, moría lo mismo que ella; sobre la chimenea, un pequeño bolsillo de torzal que contenía algunas monedas, entre ellas una de oro; en las copas que había a los lados; una o dos sortijas; entre las copas, el reloj de péndulo, que había continuado marcando la hora, hasta que, olvidado a su vez en medio del dolor general, se paró como un corazón que cesa de latir; después, en fin, en las cómodas y en los armarios, la ropa blanca y los vestidos de la baronesa; nada

faltaba en su cuarto.

Y como hemos dicho, cada uno de aquellos objetos era un recuerdo para Cecilia. Cada objeto le representaba a su madre en una situación especial, o en una postura habitual. A este cuarto, en fin, en que se habían agotado sus lágrimas era donde iba a buscarlas.

Y sin embargo, era preciso abandonar aquella habitación, como abandonaba su jardín; aquella habitación, en que su madre sobrevivía en la memoria que cada objeto parecía haber conservado de ella. Al dejar aquel cuarto se separaba por segunda vez de su madre. Después de la muerte del cuerpo, la memoria moría a su vez.

Con todo, era preciso conformarse con las órdenes de la marquesa; ésta había heredado el poder materno de la baronesa, y por consiguiente a ella le tocaba ahora dirigir la vida de Cecilia hacia el objeto oculto que el porvenir le tenía reservado.

Cecilia fue a buscar su álbum.

Luego, como si desconfiando de sí misma hubiese querido materializar su dolor, hizo un diseño del lecho, de la chimenea y de los muebles más importantes del cuarto mortuario.

En seguida trazó un diseño del cuarto mismo.

Entonces, hallándose bastante avanzado el día, pidió permiso a la marquesa para ir a despedirse de la tumba de su madre.

Estaba, como hemos dicho, en uno de los cementerios protestantes, sin cruces ni sepulcros; un campo común, un asilo general, un recinto donde el polvo se volvía al polvo, sin que una sola inscripción indicase la individualidad del muerto ni la piedad de los vivos. El culto protestante es así; culto razonado, sistema algebraico, que ha intentado probarlo todo, y cuyo primer resultado ha sido matar la base de toda religión: la fe.

Únicamente la tumba de la madre de Cecilia se distinguía de todas las demás, que no eran más que montecillos más o menos cubiertos de césped, por una pequeña cruz negra, sobre la que se leía en letras blancas el nombre de la baronesa.

Pero esa tumba y esa cruz estaban en un rincón del cementerio, bajo hermosos árboles siempre verdes, y presentaban un aspecto pintoresco que no tenía ninguna otra parte de aquel triste campo de luto.

Cecilia fue a arrodillarse ante aquella tierra removida, que besó tiernamente. Ya en su imaginación, conociendo lo pobre que era para erigir un monumento a su madre, había transportado las rosas y lirios más hermosos de su jardín a aquella tumba; en la primavera próxima debía ella ir a respirar allí el alma de su madre en el perfume de sus flores. Éste era un consuelo al que le era preciso renunciar. Jardín, cuarto, tumba, a todo esto tenía que decir adiós.

Cecilia sacó un diseño de la tumba de su madre.

Luego, conforme hacía este diseño, sin saber cómo ni por qué, aquella imagen de Enrique, que durante los días que acababan de transcurrir había permanecido vagamente en lo íntimo de su memoria, se hacía más distinta, más visible, más presente, por decirlo así. Parecíale que, desterrada un momento de su vida, los sucesos recientes le hacían volver más íntima, más necesaria que antes; su pensamiento se hallaba como un lago turbado por la tempestad, que conserva por algún tiempo su agitación, pero que a medida que la tempestad se calma, recobra su pureza y refleja de nuevo los objetos que antes se reflejaban en él.

Y a medida que Cecilia adelantaba su dibujo, le parecía, no sólo que Enrique vivía en su memoria, sino que estaba allí materialmente en persona.

En aquel momento oyó a sus espaldas un ligero ruido; volvió la cabeza, y vio a Enrique.

Éste se hallaba tan presente en su memoria, que no se admiró de verle.

¿No os ha sucedido alguna vez sentir por un instinto magnético ver con los

ojos del alma, por decirlo así, a una persona amada y acercarse a vos, y sin volver el rostro adivinar que está allí y alargarle la mano?

Enrique, que no había podido venir tres días antes con su tía, había venido solo, no para presentarse en casa de la marquesa, que no era tal su intención, sino para visitar aquel rincón de tierra, que sabía muy bien visitaría Cecilia tantas veces.

La casualidad había hecho que allí encontrara a Cecilia.

¿Por qué no le había ocurrido a Eduardo aquella piadosa peregrinación?

Cecilia, que ordinariamente se atrevía apenas a mirar a Enrique, le alargó la mano como a un hermano.

Enrique tomó la de Cecilia, la estrechó entre las suyas, y le dijo:

—¡Ay! ¡Cuánto he llorado por vos, ya que no podía hacerlo a vuestro lado!

—Caballero Enrique, —dijo Cecilia—; siento un placer en veros.

80

Enrique se inclinó.

—Sí, —contestó Cecilia—; porque he pensado en vos; tengo que pedir os un gran favor.

—¡Dios mío! ¿En qué puedo servir os señorita? —exclamó Enrique—; hablad, que mi mayor placer será ser os útil en algo.

—Caballero Enrique, nos ausentamos, y dejamos la Inglaterra por mucho tiempo, quizá para siempre.

La voz de Cecilia se debilitó, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas; pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, continuó:

—Caballero Enrique, os recomiendo la tumba de mi madre.

—Señorita —dijo Enrique—, Dios me es testigo de que esa tumba es tan querida para mí como para vos; pero yo también dejo la Inglaterra para mucho tiempo; quizás para siempre.

—¿Vos también?

—Sí, señorita.

—¿Y a dónde vais?

—Voy... a Francia —respondió Enrique ruborizándose.

—¡A Francia! —murmuró Cecilia mirando al joven. Y en seguida, como sintiese que a su vez se ruborizaba también, dejó caer su cabeza sobre sus manos, repitiendo:

—¡A Francia!

Esta palabra acababa de cambiar los destinos de Cecilia; esta palabra acababa de cambiar todo su porvenir.

Enrique iba a Francia. Eso le hacía comprender la posibilidad de vivir en Francia, cosa que hasta entonces no había comprendido.

Pensó que la Francia era donde se hablaba esa lengua materna, que era su lengua propia, la lengua de su madre, la lengua de Enrique.

Pensó que su permanencia en el extranjero, por dulce que fuese, no pasaba de ser un destierro.

Pensó que su madre le había dicho antes de morir:

—“¡Hubiera deseado morir en Francia!”

Extraño poder de una palabra que descorre el velo que nos ocultaba todo un horizonte!

Cecilia no preguntó nada más a Enrique; y como su doncella le hizo observar

que ya era tarde, y que la noche se acercaba, saludó a Enrique, y se alejó.

En el momento de salir del cementerio, dirigió una mirada hacia atrás, y vio a Enrique sentado en el mismo sitio que ella había ocupado.

En la puerta esperaba un criado montado en un caballo, y teniendo otro de la brida.

Enrique, como había dicho, había venido expresamente a hacer aquella visita a la tumba de la baronesa, y se iba a marchar después de haberla hecho.

81

CAPITULO XV

La marcha

Al entrar en su casa, Cecilia halló en el cuarto de la marquesa a monsieur Duval; y aunque el banquero y su abuela no hablaron de negocios delante de ella, la joven conoció que monsieur Duval había venido a traer dinero a la marquesa.

Al despedirse monsieur Duval, puso para su estancia en Londres su casa a disposición de la marquesa; pero ésta le dio las gracias, diciéndole que si paraba en alguna habitación, que lo haría en la de la duquesa de Lorgues, que se había ofrecido de antemano; pero como no contaba pasar en Londres más que uno o dos días, probablemente pararía en la fonda.

Cecilia notó que al despedirse de ella y de su abuela, monsieur Duval se hallaba muy triste; pero que aquella tristeza parecía más bien un sentimiento de compasión simpática, que una inquietud personal.

La marquesa había fijado su marcha para dentro de dos días; así fue que encargó a Cecilia que eligiera las cosas más necesarias o precisas, quedando encargado monsieur Duval de vender lo restante.

Al oír la palabra vender, una impresión dolorosa se apoderó del corazón de

Cecilia: parecía que era una horrible profanación vender las cosas que habían pertenecido a su madre. Hízolo observar así a su abuela, quien le contestó que era imposible llevar a Francia su pequeño mobiliario, por escaso que fuera, en atención a que la conducción costaría el doble de su valor.

Era ésta una respuesta tan materialmente exacta, que no podía ser atacada por los razonamientos del corazón; pues, como es sabido, sus razones son muy santas, pero poco convenientes. Cecilia, por lo tanto, no tuvo otro arbitrio que ceder; pero no respecto a los objetos de uso personal de la marquesa, como su ropa blanca y sus vestidos, haciendo observar a su abuela que todo aquello podía llevarse en dos maletas, y que ella, en su dolor, hallaría un gran consuelo en usar los objetos que habían pertenecido a la baronesa.

La marquesa respondió a Cecilia que hiciera en aquel punto lo que mejor le pareciera; pero que no podía menos de decirle que en las buenas casas de otros tiempos era costumbre quemar todos los vestidos que habían pertenecido a las personas que habían muerto de una afección del pecho, pues era enfermedad tenida por contagiosa, y podía transmitirse a la persona que usase dichos vestidos.

Cecilia se sonrió tristemente, dio las gracias a su abuela por el permiso que le concedía, y salió de la habitación.

Había andado ya algunos pasos por el corredor, cuando la marquesa le volvió a llamar.

Era para decirle que cuidase que ningún objeto que hubiese pertenecido a la baronesa se mezclase entre sus efectos.

82

A la edad de sesenta años la marquesa temía más la muerte, que su nieta a la de dieciséis.

Cecilia se hizo traer a la habitación de su madre la caja que necesitaba; después se encerró en ella religiosamente, no queriendo que le ayudase ni aun su doncella en el piadoso deber que tenía que cumplir.

Aquella fue una noche dulce y triste a la vez para Cecilia; noche pasada toda ella en el cuarto de su madre y con los recuerdos de ella.

A las dos de la madrugada, Cecilia, poco acostumbrada a velar, principió a tener sueño; recostóse enteramente vestida sobre el lecho; pero antes se hincó de rodillas delante del crucifijo, y como los objetos de que se hallaba rodeada habían llevado su amor filial al más alto grado de exaltación, pidió a Dios que si era cierto, como había oído decir algunas veces, que los muertos visitaban a los vivos, permitiera a su madre que fuese a darle un último adiós en aquella habitación en que tantas veces la había estrechado contra su corazón.

Cecilia se durmió con los brazos extendidos, pero Dios no permitió que se doblegara el rigor de las leyes de la muerte, y si la joven vio a su madre, sólo fue en sueños.

Cecilia pasó el día siguiente ocupada en activar los preparativos de la marcha, y, lista ya del cuarto de su madre, entró en el suyo, que a su vez le despertó todos los recuerdos de su infancia, entre los que ocupaban un lugar tan importante sus cuadernos de dibujo.

Por la noche todo estaba listo.

Al amanecer el nuevo día, señalado para emprender la marcha, para abandonar aquella hospitalaria casita en la que pasaron tantos años, Cecilia se levantó para bajar por última vez al jardín; pero impidióselo la lluvia, que caía a torrentes.

Cecilia se asomó a la ventana; el jardín estaba triste y desolado; de los árboles se desprendían las últimas hojas, y las últimas flores mojaban sus inclinadas corolas en la cenagosa agua de las sendas.

Aquel espectáculo arrancó lágrimas a la joven, a quien le pareció que de haberse separado de sus amigas un hermoso día de primavera, hubiera suspirado menos por ellas, teniendo, como habían tenido, por delante el porvenir del verano, mientras que ahora las dejaba en la agonía e inclinadas sobre la tumba de la naturaleza a que apellidamos invierno.

Durante toda la mañana y parte de la tarde, Cecilia estuvo esperando que el tiempo se calmase un poco para ir al cementerio; pero a la joven le fue imposible salir a causa de la lluvia, que no menguó lo más mínimo.

A las tres llegó el coche de la duquesa, y en él cargaron el equipaje.

Había llegado el momento de la partida.

Madame de la Roche-Bertaud no cabía en sí de gozo, gozo tanto más profundo cuanto durante los doce años que pasara en aquella linda casa de campo no se creara entre la gente ni las cosas un solo recuerdo.

Cecilia estaba como fuera de sí; tocaba los muebles, los besaba y lloraba copiosamente; parte de su alma quedaba en Hendon.

83

En el instante de subir al coche, la pobre joven estuvo a punto de desmayarse, y casi hubo que cargarle.

Lo que Cecilia no consintió de ninguna manera fue que otro se encargara de la llave de la finca para entregarla, en Londres, a monsieur Duval, sino que la cogió ella y se la guardó en el pecho, sobre su corazón.

Esa llave, era la de su pasado; sólo Dios tenía la de su porvenir.

Cecilia encargó al cochero que hiciese un pequeño rodeo y se detuviese delante de la puerta del cementerio. Como hemos dicho, la lluvia caía a torrentes, de modo que le fue imposible bajar del coche; pero dirigiendo sus miradas a través de los hierros de la puerta, pudo aún divisar la tumba, la pequeña cruz y los grandes árboles que la sombreaban.

Pero la marquesa le rogó que no se detuviese demasiado tiempo en aquel sitio, porque la proximidad de un cementerio le causaba una impresión desagradable.

Cecilia exclamó por última vez:

—¡Adiós, madre mía! ¡Adiós, madre mía! —y se arrojó en el fondo del carruaje.

Después se envolvió la cabeza en su velo negro, y no abrió los ojos hasta que el carruaje se detuvo.

Estaban a la puerta de la fonda de «El Rey Jorge».

Otro carruaje estaba dispuesto ya de antemano en el patio. Madame de Lorgues esperaba a la marquesa en la habitación que le estaba dispuesta en la fonda. Su sobrino, Enrique, a quien había enviado a Douvres para que se informase de las embarcaciones que salían para Francia, le escribió que una de ellas debía darse a la vela al día siguiente por la mañana.

Si querían aprovechar esta coyuntura no tenían tiempo sino para descansar unas cuantas horas, y partir en seguida.

Cecilia quiso ir a casa de madame Duval; pero esta señora vivía en la Cité, y sólo en ir y volver hubiera empleado más de una hora. La marquesa se opuso por lo tanto a esta visita, diciendo a su nieta que le escribiese únicamente. La pobre joven conoció que no era bien el hecho de despedirse con una carta de aquellos antiguos amigos de su madre. Pero, ¿qué podía hacer contra la voluntad de la marquesa? Era preciso obedecer y resignarse.

Así es que se puso a escribir.

Toda cuanta ternura puede contener una carta, y todo cuanto sentimiento podía expresar aquella fría despedida, se hacían palpables a la suya. En ella había un recuerdo para cada persona; para monsieur Duval, para su esposa y para Eduardo. Enviaba a monsieur Duval la llave de su pequeña casa, diciéndole que si fuese rica, aun dejando tal vez Inglaterra para siempre, conservaría en su poder aquella casa como el santuario de su juventud; pero que era pobre, y que renovaba a monsieur Duval el encargo de vender los muebles que contenía, rogándole mandara el dinero a su abuela.

Entregó estas cartas juntamente con la llave a la señora duquesa de Lorgues, quien se encargó de hacerlas llevar al siguiente día a casa de su intendente.

Antes de dejar a su amiga, madame de Lorgues hizo a la marquesa todas las ofertas de dinero, que entre personas de su posición no son tenidos, aun aceptándolas, por verdaderos servicios; pero gracias a la venta del resto de sus diamantes, la marquesa tenía, o al menos creía tener, lo suficiente para esperar a la restitución de los bienes.

En fin, llegó el momento de subir al carruaje. Cecilia hubiera dado cualquier cosa por poder abrazar a monsieur y a madame Duval y estrechar la mano de Eduardo. Sentía en el fondo de su alma que su proceder tenía algo de ingrato; pero, como hemos dicho ya, no era libre en seguir las inspiraciones de su corazón. Se arrodilló, pidió perdón a su madre, y cuando fueron a avisarle que el carruaje la esperaba, se contentó con responder que estaba pronta a marchar.

Fue una cosa bien triste para Cecilia aquella salida de Londres, en una noche lluviosa, sin otra despedida que la de la duquesa, a quien apenas conocía.

Cruzaron por medio de Londres, que era una ciudad desconocida para Cecilia, sin que la joven asomase una sola vez la cabeza a la ventanilla del coche; después conocía en la mayor pureza del aire y en el cambio de piso, que habían salido al campo.

Como el carruaje iba en posta, y no se detenía sino para mudar caballos, el camino se hizo con mucha rapidez, y a las cinco de la mañana habían llegado a Douvres.

El carruaje se detuvo en el patio de una fonda; la luz de dos o tres antorchas hirió los párpados de Cecilia; abrió los ojos, aturdida aún por el movimiento del carruaje y por la somnolencia que produce, y su primera mirada se encontró con la de Enrique.

Enrique las estaba esperando.

Cecilia sintió subírsele la sangre al rostro, de manera que tuvo que echarse el velo...

Enrique dio la mano a la marquesa para ayudarla a bajar del carruaje, y después a Cecilia; esta era la primera vez que la mano de la joven tocaba la de Enrique, y éste la sintió estremecerse en la suya de tal modo, que ni aun se atrevió a apretarla.

Estaban ya preparados los cuartos para las viajeras; notábase una inteligente previsión en todas las cosas. El barco no salía sino hasta las diez de la mañana, y las dos viajeras tenían aún unas cuantas horas para descansar.

Enrique les rogó que no tuviesen otro cuidado que el de estar dispuestas a la hora señalada, pues su ayuda de cámara estaba encargado del embarque de sus efectos; esto era cosa tanto más fácil, cuanto que, estando el carruaje cargado, no había más que hacer que pasar las cajas desde él al barco.

En seguida saludó a la marquesa y a Cecilia y se retiró, después de haberles preguntado si tenían algo que mandarle.

Cecilia se encerró en su habitación, pero aunque era grande la fatiga producida por el viaje, procuró en vano dormirse; aquella inesperada aparición de Enrique había trastornado de una manera demasiado violenta su alma para poder conciliar el sueño.

Quedábale una duda. Porque no se había atrevido a dirigir sobre ella ninguna pregunta a Enrique.

Enrique había dicho que también iba a Francia; ¿iría en la misma embarcación que ella?

85

Esta duda era más que suficiente para impedirle el dormir.

Pero aquel insomnio estaba lleno de encanto; por la vez primera desde la muerte de su madre, Cecilia conocía que alguien velaba por ella.

Aquellos criados que esperaban su llegada, aquellas habitaciones dispuestas para recibirla; sus efectos, que eran transportados sin que ella tuviese que

cuidar de nada; todo esto era el resultado de una influencia amiga que le rodeaba con sus cuidados y con su previsión.

Aquella cosa que velaba sobre ella, aquella influencia amiga que prevenía sus deseos, era el amor de Enrique. Enrique amaba verdadera, sincera, profundamente.

¡Cuánto bien hace el sentirse amado!

Y aquella idea que mecía a Cecilia era tan dulce, que la joven luchaba contra el sueño, temiendo que éste le arrebatase el sentimiento de aquella protección que tan dichosa la hacía.

Así vio venir el día, contó las horas, se levantó sin que fuese necesario despertarla, y ya estaba levantada, cuando llamaron a su puerta.

Pasó al cuarto de su abuela, y la halló tomando el chocolate en la cama, como tenía de costumbre; tenía vivos deseos de preguntarle si Enrique les acompañaría en el viaje; por dos veces abrió la boca para enunciar su pregunta, pero sus labios se volvieron a cerrar sin haber pronunciado una sola palabra.

Entre tanto llegaba la hora; Cecilia volvió a su cuarto para dejar a la marquesa libertad para vestirse. La marquesa había conservado sus antiguos hábitos: se daba colorete todos los días, y Aspasia únicamente asistía a su tocado, que no hubiera sido un verdadero tocado sin este complemento aristocrático.

La ventana de la habitación de Cecilia daba a la calle; al fin de ésta se divisaba el puerto, y por encima de las casa veíanse las banderolas que flotaban al impulso del viento. El carruaje se paró delante de la puerta: su corazón latió con violencia; la puerta se abrió, bajó Enrique del coche, y ella se retiró precipitadamente de la ventana.

Pero no con tanta precipitación que Enrique no pudiese verla.

Cecilia permaneció de pie, ruborizada y confusa en el mismo sitio, con una

de sus manos apoyada sobre el corazón y la otra en la agarradera de la ventana.

Oyó los pasos de Enrique que entraba en el salón que separaba su cuarto del de la marquesa, y se detuvieron allí. Enrique no se atrevió a entrar en el cuarto de Cecilia, ni ésta a pasar al salón.

Esta escena duró diez minutos.

Al cabo de los cuales, Enrique llamó, y se presentó una doncella:

—Hacedme el favor —le dijo Enrique—, de anunciar a las señoras que dentro de media hora saldremos del puerto.

—Ya estoy pronta —dijo Cecilia saliendo y olvidando que sus palabras daban a entender que había oído las de Enrique—, voy ahora mismo a prevenir a mi abuela que la esperáis.

86

Y después, saludando a Enrique, atravesó con ligero paso el salón, y entró en el cuarto de la marquesa.

Ya se hallaba ésta casi dispuesta para marchar. Cinco minutos después salió seguida de su nieta.

Enrique ofreció el brazo a la marquesa, y Cecilia bajó detrás de ellos acompañada de Aspasia, de quien la marquesa no había querido separarse.

Una idea fija y constante ocupaba la imaginación de Cecilia. ¿Enrique las acompañaba únicamente al barco, o iba a embarcarse con ellas?

Durante el camino no se atrevió a dirigir a Enrique pregunta ninguna, y éste no dijo una palabra que se refiriese a este asunto; los ojos de uno y otro se encontraron muchas veces, y se interrogaban con las miradas.

Enrique llevaba un traje elegante, que tanto podía ser traje de campo como de viaje, de modo que nada se podía deducir de él.

Llegaron al puerto, y bajaron del coche; una barca estaba ya dispuesta: las tres mujeres entraron en ella seguidas de Enrique; los remeros dirigieron la barca hacia el buque.

Enrique dio la mano a la marquesa al subir a bordo. Después a Cecilia. Esta vez, aunque estaba trémula, no pudo menos de apretarla suavemente. Una nube pasó delante de los ojos de Cecilia, y creyó que se iba a desmayar. Era la vez primera que, de otro modo que con las miradas, Enrique le decía que la amaba.

—¿Pero era aquello un adiós?

Al poner el pie en el puente, faltaron las fuerzas a Cecilia; de manera que tuvo que apoyarse en una pirámide de cofres, de maletas y de cajas colocadas al pie del palo de mesana, y que iban a cubrir los marineros con un hule, temiendo el mal tiempo. Pero por rápida y vaga que fuese su mirada, pudo, sin embargo, descubrir un nombre, en el que se fijaron sus ojos.

Este nombre estaba inscrito en una maleta, y esta maleta decía a Cecilia todo cuanto deseaba saber.

Decía así:

«Señor vizconde Enrique de Sennones. París, Francia.»

Cecilia respiró, levantando los ojos al cielo. Al levantarlos se encontró con los de Enrique.

Parecía que todo cuanto pasaba en el corazón de Cecilia estaba escrito sobre su rostro, porque Enrique la miró con aire de reconvención, y después de un momento de silencio:

—¡Ah, Cecilia! —exclamó—. ¡Habéis podido creer ni un solo momento que me separase de vos?

CAPITULO XVI

El viaje

Gracias a una de esas variaciones atmosféricas tan frecuentes en el mar, el tiempo había cambiado completamente; y de lluvioso que era el día antes, se convirtió en sereno y muy tranquilo atendido a la estación. Esto permitía a los viajeros permanecer sobre el puente, circunstancia de que Enrique dio gracias al cielo en el fondo de su corazón, porque le permitía estar al lado de Cecilia, de quien hubiera tenido que separarse si el temporal hubiese obligado a las señoras a encerrarse en su departamento.

Todo cuanto veía Cecilia era nuevo e interesante para ella. Recordaba, sí, pero como un sueño, que siendo niña había bajado por la pendiente de una roca llevada en brazos de su madre; que después había pasado un espacio grande de agua, que había quedado en su memoria como un espejo inmenso, y después, en fin, había visto un puerto lleno de embarcaciones que se balanceaban como si fuesen árboles mecidos por el viento; pero cuando aquellos objetos fijaron sus miradas, tenía sólo 3 años y medio, y habían quedado en su imaginación vagos y flotantes como las nubes. Aquella perspectiva, aquel mar, aquellas costas, aquellos buques, eran por lo tanto, cosas nuevas para Cecilia, que, pobre niña, arraigada como una planta en el suelo de la pequeña casa que había habitado por espacio de doce años, no había tenido, durante este tiempo, otro horizonte que el que se divisaba desde sus ventanas o de la de su madre.

Por vez primera, desde la muerte de la baronesa, la vista de los objetos exteriores tenían bastante influencia para distraer un momento su imaginación de la pérdida que había sufrido, y como Enrique estaba tan cerca de ella, preguntábale con curiosidad sobre todas las cosas que le rodeaban. Enrique respondió a todas sus preguntas como hombre a quien no le era extraño ninguno de los objetos que veía, y Cecilia continuaba interrogándole menos tal vez por curiosidad que por oír su voz. Figurábase que entraba en una vida enteramente nueva, y que era Enrique quien le abría aquel camino enteramente desconocido; aquel buque que la transportaba a otras tierras que eran su patria, le arrancaba de lo pasado y navegaba con ella hacia el

porvenir.

La travesía fue dichosa. El cielo, como hemos dicho, estaba tan claro como puede ser en Inglaterra un cielo de otoño; de suerte que dos horas después de la salida del puerto de Douvres, divisaron las costas de Francia, semejantes a una niebla, mientras que las de Inglaterra, se veían aún perfectamente; pero poco a poco estas últimas se empezaron a confundir en los vapores del horizonte, en tanto que la tierra de Francia se iba haciendo cada vez más distinta. Los ojos de Cecilia se dirigían alternativamente de una a otra: ¿cuál de las dos sería la más feliz o la más fatal?

A eso de las siete de la noche arribaron en Boulogne. Hacía ya largo rato que era de noche. La marquesa recordaba la fonda de Correos, aunque había olvidado el nombre de su antigua dueña; únicamente la calle donde estaba situada, y que en otro tiempo se llamaba la calle Real, después de mudar este nombre por el de la calle del Club de los Jacobinos, se llamaba ahora calle de la Nación.

88

Aunque el mar estaba tranquilo, la marquesa se sentía fatigada en extremo. Enrique condujo a Cecilia y a su madre a la fonda, y volvió para cuidar del desembarque de los efectos.

Cecilia había oído referir muchas veces a su madre los sucesos de aquella borrascosa noche de su embarco, y había oído nombrar a la baronesa a aquella buena madame Ambron que la había acompañado hasta el mar con tanto interés. Así fue que la joven, menos olvidadiza que su abuela, recordaba su nombre.

Apenas estuvo Cecilia en su cuarto, hizo llamar a la actual dueña de la fonda de Correos, y viendo por su edad que no podía ser la misma persona de quien tanto había oído hablar a su madre, le preguntó si había conocido a madame Ambron, que tenía aquella fonda en 1792, y si estaba esa señora en Boulogne.

La actual dueña se llamaba también madame Ambron, sólo que era nuera de

la anterior: se había casado con el hijo mayor de ésta, la cual se había retirado dejándoles la fonda.

Por lo demás, madame Ambron vivía en la casa contigua, y venía a pasar la mayor parte del día a su antiguo domicilio.

Cecilia preguntó si podría verla, a lo que le contestaron que nada era más fácil, y que iban a avisarla que unos viajeros preguntaban por ella.

En este intervalo llegó Enrique; por causa de la aduana no podían desembarcarse los efectos hasta el día siguiente a medio día, y venía a comunicar aquel retraso a la marquesa y a Cecilia, que habían manifestado deseos de continuar su viaje al día siguiente. Acordóse, pues, no marchar hasta dos días después por la mañana.

Esta marcha había sido objeto de una grave discusión entre la marquesa y su nieta. La marquesa quería primero hacer el viaje en posta; pero para ello era preciso alquilar o comprar un carruaje, y Cecilia, que sabía por su madre los escasos recursos que le quedaban a la marquesa, hizo observar a su abuela la economía que les resultaría de marchar por la diligencia; el dueño de la fonda de Correos, que era al propio tiempo director de los carruajes públicos, vino en su ayuda, manifestando a la marquesa que tomando el cupé para sí, su hija y la doncella, iría tan bien como una berlina, y caminaría casi tan de prisa como por la posta.

En fin, la marquesa, con gran pesar suyo, se había dejado persuadir por aquel consejo razonable, y para el día siguiente quedaron inscritos para el cupé los nombres de la marquesa de la Roche-Bertaud, Cecilia de Marsilly y la señorita de Aspasia.

Al saber Enrique estas disposiciones, tomó al momento asiento en el interior.

En aquel momento entró madame Ambron, que con su acostumbrada solicitud venía a ponerse a la disposición de las personas que preguntaban por ella.

Al ver Cecilia a aquella digna mujer que había hecho tanto por su abuela, su

madre y ella, pobres fugitivas, abrió los brazos para echárselos al cuello; pero una señal de la marquesa la contuvo.

—¿En qué puedo servirlos, señoras? —preguntó madame Ambron.

89

—Estimada señora —replicó la marquesa—, soy madame de la Roche-Bertaud, y esta es la señorita Cecilia de Marsilly.

Madame Ambron saludó; pero era evidente que no hacía memoria de ninguno de los nombres pronunciados por la marquesa. Ésta lo advirtió.

—¿No recordáis, estimada señora —dijo—, que nos hemos hospedado en vuestra fonda?

—Puede que haya yo tenido ese honor —respondió madame Ambron—; pero perdonad si no recuerdo en qué época ni en qué ocasión.

—Mi querida señora —dijo Cecilia—, estoy segura de que lo recordareis muy pronto. ¿Os acordáis de dos pobres fugitivas que os llegaron una noche del mes de septiembre de 1792, en una carreta, disfrazadas de aldeanas y conducidas por uno de sus arrendatarios, llamado Pedro?

—Sí, sí; seguramente me acuerdo —exclamó madame Ambron, y la más joven llevaba una niña de 3 a 4 años, un ángel, un querubín...

—Basta, mi querida señora, basta —interrumpió Cecilia sonriéndose—, porque si siguieseis adelante, no me atrevería a deciros que esa niña, ese ángel, ese querubín era...

—¿Quién?

—Era yo.

—¡Qué! ¡Sois vos, pobre niña! —exclamó la buena mujer.

—¡Esa es! —murmuró la marquesa resentida de aquella familiaridad.

—¡Oh! ¡Perdonadme —exclamó madame de Ambron—, recobrándose de su primer impulso, y no haciendo alto en la exclamación de la marquesa—; perdonadme, señorita; pero os conocí tan niña!

Cecilia le alargó la mano.

—Si no me engaño, erais tres —dijo madame Ambron mirando a su alrededor como si buscara a la baronesa.

—¡Ay! —murmuró Cecilia.

—Sí, sí —continuó madame Ambron comprendiendo perfectamente lo que significaba la dolorosa exclamación de la joven—; sí, la emigración es una cosa dura; muchas personas hay a quienes he visto salir y no veré volver. Es preciso consolaros, señorita; pues Dios tiene sus razones para probarnos, y ya sabéis que sólo envía trabajos a sus elegidos.

—Señora —dijo la marquesa—, no hablemos de esas cosas; yo soy muy sensible, y esos recuerdos me hacen mucho daño.

—Os pido perdón, señora marquesa —respondió la buena mujer—, pero lo decía para probar a esta señorita que recordaba perfectamente vuestro paso por mi fonda. Ahora, si os dignáis decirme el objeto con que me habéis llamado...

—No he sido yo la que os he mandado llamar, señora, sino mi nieta, la señorita de Marsilly; por consiguiente con ella podéis explicaros.

90

—En ese caso, si la señorita lo tiene a bien...

—Os he hecho llamar, mi buena señora, primero para daros las gracias de todo corazón, porque el servicio que me habéis prestado es de aquellos que sólo se pagan con un reconocimiento eterno; y luego para preguntaros si podríais hacernos conducir por alguien mañana por la mañana a orillas del mar, al mismo sitio en donde va a hacer doce años que nos embarcamos, si es

que mi abuela me permite hacer esa excursión —añadió Cecilia volviéndose a la marquesa.

—Sí, por cierto —repuso madame de la Roche-Bertaud, con tal que madame Ambron os dé para acompañaros una persona digna de confianza. Yo os daría a Aspasia; pero ya sabéis que por la mañana, especialmente, no puedo pasarme sin ella.

—Iré yo misma, señora marquesa; iré yo misma —exclamó madame Ambron —; tendré un placer en guiar a esta señorita, y como yo estaba allí cuando marchasteis, si la señorita desea algunos pormenores, nadie mejor que yo podría dárselos.

—¿Y a mí, señora marquesa —dijo Enrique, que había presenciado aquella escena con el mayor interés—, no me permitiréis acompañar a vuestra nieta?

—No veo en ello inconveniente, Enrique —respondió la marquesa—, y una vez que os gustan los recuerdos pintorescos, id hijos míos, id.

Luego, como para aquietar su consciencia, hizo la marquesa a madame de Ambron una señal que significaba:

—Señora, os los recomiendo; cuidad de ellos.

Madame Ambron respondió con una señal afirmativa, y arreglado el paseo para el día siguiente, se retiró cada cual a su cuarto.

Enrique y Cecilia pasaron una buena noche, separándose a las once para volverse a reunir a las ocho de la mañana siguiente. Para ellos, que se veían en Inglaterra una vez cada ocho días, y delante de testigos, aquello era un gran cambio. Iban a verse diariamente, y si no se veían solos, al menos podían caminar cogidos del brazo; hallarían inconvenientes en el camino, que obligarían a Cecilia a tomar la mano de Enrique, y aun tendría a veces que cogerla en sus brazos; en una palabra, para el joven, sobre todo, aquel paseo prometía mil encantos.

Así es que a las seis de la mañana estaba ya dispuesto, no pudiendo

comprender la lentitud del tiempo, y acusando a todos los relojes de Francia de que atrasaban mucho con los de Inglaterra. Acusó hasta a su mismo reloj, invariable hasta entonces, de haberse desarreglado en la travesía.

Por su parte, Cecilia había madrugado también, pero no se atrevía a consultar el reloj; dos o tres veces se había levantado de la cama para ir a la ventana a asegurarse de que no era tarde, y en una de ellas, a través de las persianas, había visto a Enrique dispuesto a salir y mirando hacia su ventana, sin duda para saber si Cecilia se estaba preparando, Cecilia entonces se decidió a llamar y a preguntar qué hora era. Eran las seis y media.

Y rogó a la doncella que fuera a avisarla en el momento que madame de Ambron hubiese llegado.

91

Pero madame de Ambron, que no tenía para adelantar la hora ninguno de los motivos que impulsaban a Enrique y a Cecilia, llegó a la hora convenida.

Cecilia bajó al momento, y halló a Enrique en la sala de descanso. Ambos jóvenes cambiaron los cumplimientos de costumbre, y ambos confesaron que aquella noche, pasada en una pobre posada, era una de las mejores que habían pasado en su vida.

Como lo que Cecilia tenía sobre todo deseos de ver era el sitio del embarque, madame Ambron juzgó inútil hacer recorrer a los jóvenes el mismo camino que habían andado durante la noche en que Pedro se había visto obligado, para no despertar sospechas, a volver a tomar el camino de Montreuil, contentóse con subir por la calle de la Nación hasta el fin; después, habiendo llegado a la casa de ayuntamiento de la ciudad, tomaron a la izquierda por un estrecho camino, a través de los sembrados; aquel camino conducía al punto de embarque.

Tal vez para otra que no fuese Cecilia, semejante excursión, aparte de su objeto, hubiera sido una cosa muy insignificante; pero para la joven de la finca, que nada había visto, cuyos paseos se habían limitado por un lado hasta las paredes de un pequeño jardín, y por otro hasta la puerta de la iglesia, todo

era nuevo, todo era extraordinario; semejante a un pájaro escapado de una pajarera y que se ve con una especie de terror en toda su libertad, el mundo le parecía inmenso; luego, repentinamente sentía deseo de ensayar sus pies como el ave ensaya sus alas, de correr a través de aquel espacio, y de buscar en él una cosa ignorada que ella sentía existir, pero que no veía ni comprendía. Todo esto la hacía ruborizarse a cada momento, le producía estremecimientos repentinos que se comunicaban de su brazo al de Enrique, en que se apoyaba, y a los cuales respondía éste con esa suave presión que tanto había conmovido a Cecilia en el momento de subir a la embarcación en el puerto de Douvres.

Por fin, llegaron al pie de los peñascos; desde aquel punto se descubría el mar en toda su extensión y en toda su majestad. El océano tiene en sí una sombría grandeza, que aun en sus tiempos de borrascas no presenta el Mediterráneo; el Mediterráneo es un lago, es un espejo azul, es la morada de la rubia y caprichosa Anfitrite: el océano es el viejo Neptuno que mece al mundo en cada uno de sus brazos.

Cecilia se detuvo un momento maravillada; la idea de la muerte, la idea del infinito se apoderó de ella en presencia de la inmensidad, y dos grandes lágrimas corrieron por sus mejillas.

Luego había visto a sus pies la pequeña ciudad que durante aquella noche de tempestad había atravesado en brazos de su madre.

Sin que madame Ambron le dijera que era la misma, Cecilia tomó instintivamente la propia senda.

Enrique la siguió, dispuesto a detenerla por detrás, si se escurría, porque en aquel estrecho espacio no había lugar para marchar dos personas de frente.

Llegaron por fin al sitio mismo en que los fugitivos habían esperado la pequeña embarcación que les debía venir a buscar. Cecilia recordaba todos los detalles como a través de un sueño; lo que había fijado su atención, sobre todo, a pesar de sus pocos años, fue el ruido eterno de las olas, que se estrellaban en las rocas, y que parecen la poderosa respiración del océano.

Las olas se estrellaban aún, y ella hallaba un recuerdo en aquel ruido.

Quedó un momento inmóvil, absorta en su contemplación; después, buscando a Enrique, que se hallaba cerca de ella, como si a la vista de aquel espectáculo tuviera necesidad de apoyarse en alguien, se cogió de su brazo, diciendo estas palabras:

—¡Oh! ¡Qué delicioso espectáculo! ¡Qué grande! ¡Qué sublime!

Enrique no respondió; estaba con el sombrero en la mano, como si se hallase dentro de una iglesia.

Dios está en todas partes; pero para los dos jóvenes que allí estaban, era más ostensible.

Permanecieron durante una hora en esa contemplación sin cambiar palabra alguna; pero, apoyados uno en otro, tal vez el sentimiento que experimentaban ambos era el de su propia debilidad en comparación con tanta fuerza y tanta grandeza.

En presencia de un espectáculo semejante fue donde Pablo y Virginia se habían jurado amarse siempre y no separarse nunca.

¡Pobres alciones!

Madame Ambron tuvo que recordar a Cecilia y a Enrique que ya era hora de volver a la fonda. Los dos jóvenes hubieran permanecido todo el día sin poder calcular el tiempo que transcurría.

Volvieron, por fin, a tomar la pequeña senda; pero no sin detenerse de diez en diez pasos, no sin volver a cada momento la cabeza para despedirse de aquellos sitios, no sin haber cogido algunos fragmentos de aquellas piedras de vivos colores, cubiertas de venas, a que el agua de mar da tanto brillo, que se las tomaría por piedras preciosas, y que dos horas después, imagen de las cosas de este mundo, no son otra cosa que pedernales ordinarios.

Al volver a entrar en la fonda, hallaron a la marquesa enteramente vestida, y conferenciando con un abogado que habían mandado llamar, para consultarle sobre los derechos que creía tener a los bienes que la convención le había confiscado.

El abogado explicó entonces a la marquesa cosas de que ella no tenía idea alguna, y es que el consulado simpatizaba con la monarquía; que antes de tres meses Bonaparte sería emperador, y que como el nuevo trono necesitaba el doble apoyo del pasado y del porvenir, todas las antiguas familias que se unieran a la nueva dinastía, serían indudablemente bien acogidas.

En cuanto a los bienes confiscados, no había que pensar en ello; pero en cambio, y como una compensación, el imperio tenía dinero, pensiones y empleos a los que quisieran aceptar esta compensación y este cambio.

Aquella conversación había dado mucho que pensar a la marquesa. En cuanto a Cecilia, ella no comprendía qué influencia podían tener sobre su destino los acontecimientos políticos.

Además, había una cosa que admiraba mucho a la marquesa, y era la tranquilidad con que Francia se sometía a la dominación de un corso, de un oficial de artillería que había ganado algunas batallas, llevado a cabo el 18 brumario, y nada más.

93

La conversación entre ella y Enrique, versó mucho tiempo sobre este asunto. Enrique era afecto a la dinastía caída, a la que toda su familia había permanecido fiel; pero Enrique era joven; Enrique había soñado con un porvenir de gloria; Enrique había recibido una educación militar; Enrique se decía a sí mismo, tal vez para ahogar la secreta voz de su consciencia, que servir en Francia era servir a la Francia.

El hombre que se hallaba colocado al frente del gobierno había hecho al país fuerte y glorioso, y en eso estribaba la absolución de su ilegitimidad. A sus ojos, Bonaparte era un usurpador; pero al menos tenía todas las brillantes cualidades que hacen tolerable la usurpación.

El día se pasó en conversaciones análogas; Enrique hizo compañía a la marquesa y a Cecilia todo el tiempo que la discreción le permitió, y la misma marquesa, invitándole a comer con el a, prolongó su visita.

Por la tarde Cecilia quiso volver a ver el mar, y suplicó a su abuela que fuese a dar con ella un paseo al muelle, La marquesa le dijo que estaba muy lejos, y que se fatigaría indudablemente, habiendo perdido enteramente la costumbre de andar; pero Cecilia la llevó a la ventana, le enseñó el puerto a dos pasos de allí, y le hizo tantas instancias, que al cabo cedió.

Enrique dio el brazo a la marquesa, y Cecilia marchó delante de ellos, acompañada de Aspasia. A cada paso, madame de la Roche-Bertaud se quejaba de la desigualdad del piso; después, así que llegó al puerto, se quejó del olor que despedían los barcos, y cuando estuvo en el muelle, de la brisa del mar.

La marquesa tenía una de esas naturalezas que así que hacen una cosa por los demás, necesitan hacerles sentir a cada momento la extensión del sacrificio que han hecho.

Aquello hizo conocer mejor aún la inmensa distancia que separaba a la marquesa de su madre.

Volvieron a la fonda. La marquesa se hallaba muy fatigada, y quiso irse al momento a su habitación, de modo que los jóvenes se vieron precisados a separarse; pero era para reunirse al siguiente día, a las seis de la mañana, hora en que salía la diligencia.

El día dejaba además demasiados recuerdos para que una y otro pasaran una deliciosa noche.

Al siguiente día volvieron a renovarse las quejas de la marquesa: ¿quién la había visto nunca ponerse en camino a las seis de la mañana? Hallábase muy pesarosa de no haber seguido la primera idea, tomando una silla de posta que le hubiera permitido salir a las once o a las doce del día, después de haber tomado tranquilamente su chocolate.

Pero en aquella época, lo mismo que hoy día, los conductores de diligencias eran ya inflexibles.

A las seis y cinco minutos la pesada máquina se puso en movimiento hacia París.

Como ya hemos dicho, la marquesa, Cecilia y Aspasia tenían el cupé, y Enrique iba en el interior; pero en cada parada Enrique bajaba para informarse si iban bien las señoras. En la primera parada y en la segunda encontró a la marquesa de muy mal humor; pero aunque se quejó mucho de la cruel noche que iba a pasar en la tercer parada, se había ya dormido profundamente.

Lo cual no impidió, cuando se detuvieron por la mañana para almorzar en Abbeville, el decir que no había cerrado los ojos en toda la noche.

Los que no habían dormido eran los jóvenes; pero se guardaban muy bien de decirlo, y sobre todo, no se quejaron de ello.

94

Terminado el almuerzo, se volvieron a poner en camino, y no se detuvieron sino para comer en Beauvais.

Enrique había abierto la puertecilla antes de que el conductor hubiese bajado de su asiento. La marquesa estaba cada día más entusiasmada con él.

En la mesa, Enrique no se ocupó de otra cosa que de las dos mujeres, y las rodeó de las más delicadas atenciones; la marquesa, al volver a subir al carruaje, le dio las gracias estrechando su mano, y Cecilia por medio de una sonrisa.

A las siete de la noche distinguieron a los lejos las luces de París. Cecilia sabía que se entraba por la puerta de Saint-Denis, y que el carruaje se detenía en la aduana. Sabía también que en esta aduana fue donde la marquesa, la baronesa y ella misma por poco iban a ser reconocidas; a pesar de que entonces era muy niña, la estancia en la pequeña habitación del oficial se

había grabado en su imaginación, y cuando el carruaje se detuvo, pidió permiso a su abuela para visitar aquel recinto en que la baronesa y la marquesa habían sufrido tanto.

La marquesa se lo concedió, admirándose de que hubiese caracteres bastante raros para gustar de recuerdos tristes.

Enrique se adelantó para pedir permiso al jefe del puesto, para que permitiese a una señorita atravesar el cuerpo de guardia y entrar un momento en el cuarto del fondo.

Como es de suponer, este permiso fue concedido inmediatamente.

La marquesa no quiso bajar del carruaje, y Cecilia se adelantó acompañada de Enrique.

Se dirigió hacia la habitación del fondo, y la reconoció; todo se hallaba en la misma disposición que en otro tiempo; aquella era la misma mesa, aquellas las mismas sillas.

En una de aquellas sillas, y delante de aquella mesa, fue donde vio por la vez primera al honrado monsieur Duval.

Aquel recuerdo despertó otros muchos. Cecilia, al recordar a monsieur Duval, se acordó de su esposa y de Eduardo; de Eduardo, a quien su madre le destinaba por esposo, y a quien ni aun había visto al salir de Londres.

Entonces Cecilia experimentó una cosa muy parecida al remordimiento, y el recuerdo de su madre vino a reunirse a todo esto con tal viveza, que brotaron las lágrimas de sus ojos. Ninguno de los que acompañaban a Cecilia, excepto Enrique, podía comprender las tiernas emociones que podían despertar aquella antigua mesa y aquellas vetustas sillas de paja.

Pero para Cecilia aquello era toda su vida pasada.

El cochero llamó a Cecilia y a Enrique; ambos volvieron a subir a la diligencia, que se volvió a poner en marcha.

Cecilia volvía a entrar en París, después de doce años, por la misma puerta que la había visto salir.

Siendo niña, lloraba al salir; ya en la edad de la razón, lloraba también al entrar.

¡Ay! ¡Aun otra vez debía volver a salir por aquella misma puerta!

95

CAPITULO XVII

El duque de Enghien

La marquesa y Cecilia se apearon en la fonda de París, y Enrique tomó un cuarto en la misma fonda.

Los primeros días se pasaron haciendo diligencias; la marquesa envió a llamar a su procurador.

No sólo su procurador había muerto, sino que ya no había procuradores. Vióse por lo tanto obligada a contentarse con un abogado, quien le repitió punto por punto lo que le había dicho ya el abogado que mandó llamar en Boulogne.

Por lo demás, en los doce años que la marquesa había pasado en el extranjero, París había tomado un aspecto tan nuevo, que no podía reconocer en él al pueblo que había dejado. Aspecto, moda, lenguaje, todo había cambiado. Madame de la Roche-Bertaud había creído encontrar la capital triste y sombría por todas aquellas desgracias que había presenciado en parte, y que en parte había oído referir.

Pero nada menos que eso: París el indiferente, París el olvidadizo, había recobrado su carácter habitual, y además, había adquirido un aire de orgullo y de alegría, que la marquesa no le había conocido nunca.

París conocía instintivamente que iba a ser la capital de una Francia más

grande de lo que había sido nunca, y de una infinidad de reinos que se le unirían. París, en fin, sirviéndonos de una expresión de la marquesa, tenía el aspecto de un rico improvisado.

Los desterrados llevan consigo una cierta cantidad de atmósfera personal que respiran en el extranjero, y en la que continúan agitándose los sucesos que han visto y que les interesan. Para ellos la patria que dejan, permanece siempre tal como la han dejado. Creen a los espíritus pegados a las mismas cosas que a ellos les ocupan, y el tiempo se pasa sin hacerles avanzar un solo paso. Luego llega por fin la hora de su vuelta; porque, gracias a Dios, en nuestros días no hay destierros eternos, y se hallan en atraso de todo el tiempo de su permanencia fuera del país, en que desconocen los acontecimientos, los hombres, las ideas que no quieren comprender.

Como habían dicho ya a la marquesa de la Roche-Bertaud, la república se convertía en monarquía, y el primer cónsul estaba a punto de ser emperador. Todo se preparaba para ese gran suceso, que soportaba ese resto de republicanos que habían escapado a la acción y a la reacción de los partidos, y contra el que protestaban los realistas en el extranjero. Así era que todo realista que consentía en tomar servicio bajo la bandera consular, toda mujer de distinción que se decidía a formar parte de la servidumbre de la futura emperatriz, estaban seguros de ser bien recibidos, y lo eran en efecto, con ventajas que no tenían derecho a pretender los servidores más antiguos y más fieles; era cosa muy sencilla, en rigor, podía dejarse sin recompensa a los antiguos amigos. Esto era una ingratitud; pero el no procurar por todos los medios reconciliarse con los enemigos, era una falta.

96

Convengamos pues en que la situación era, por un lado, muy tentadora para una mujer que está en las postrimerías de la existencia, y, del otro, para un joven que tiene ante sí lo porvenir. No pasaba día sin que Enrique no encontrase algunos jóvenes de su edad, ya capitanes; madame de la Roche-Bertaud veía pasar diariamente, en coches en que volvían a ostentarse escudos de armas, antiguas amigas que durante el imperio habían hallado mucho más de lo que perdieran en tiempo de la revolución. Enrique, hoy con

uno, mañana con otro, estrechó amistades con algunos, la marquesa renovó sus relaciones con varias de sus antiguas amigas, y a una y a otro se les hicieron halagadoras proposiciones. La seducción de la gloria por una parte, y el atractivo del bienestar por la otra, iban socavando las opiniones políticas muy frescas en Enrique y muy antiguas en madame de la Roche-Bertaud; pero ni una ni otro se atrevían a comunicarse mutuamente sus pensamientos sobre el particular; y es que el corazón de Sennones era todavía demasiado puro, y gastado excesivamente el de la marquesa para que ambos no comprendieran que su unión al gobierno de Bonaparte era una blasfemia. Sin embargo, los dos, allá en la intimidad de su corazón se asían de un pretexto enormemente plausible a su modo de ver, y el pretexto común que a la vez servía de excusa a la ambición de Enrique y al egoísmo de la marquesa, era su amor por Cecilia.

En efecto, ¿qué iba a ser de aquella infeliz criatura colocada entre un amado sin porvenir y una abuela arruinada?

Por lo demás, no necesitamos decir que Enrique y la marquesa, cada cual por su lado, se dieron a sí mismos todas las razones buenas o malas que se dan los que están cansados de guardar fidelidad. Así descubrieron que Bonaparte no era, como la gente había dado en decir, un corso de humilde cuna, un soldado advenedizo, un oficial aventurero, sino era hijo de una de las más antiguas familias de Italia: uno de sus antepasados había sido condestable o gobernador de Florencia en 1330; su nombre estaba inscrito en el libro de oro de Génova hacía cuatrocientos años; y su abuelo, el marqués de Bonaparte, como continuaban llamándole los realistas puros, había escrito una relación del sitio de Roma por el condestable de Borbón.

Habría habido una razón de dar mejor que todas esas, y era que Napoleón era hombre de genio, y que todo hombre de genio merece para él el puesto que un pueblo le deja tomar, salvo siempre al pueblo el derecho de volver después dicho puesto a aquellos a quienes aquel lo usurpó.

Luego se decía, cosa que en aquella época era verdad todavía, que Bonaparte, exento de todos los excesos revolucionarios, no había teñido nunca sus manos en la sangre de ningún Borbón.

Jamás se había hablado de proyecto ninguno de porvenir, y sin embargo, por aquel atractivo simpático que se había apoderado de ambos a la primera vista, y que en los seis meses que hacía se veían, en Inglaterra todas las semanas y en Francia todos los días, no había hecho más que aumentarse, ambos jóvenes habían comprendido que se pertenecían uno a otro: ¿qué necesidad tenían, por lo tanto, de formar proyectos ni de cambiar promesas? Al verse habían formado, como Romeo y Julieta, en lo íntimo de su corazón, uno de esos juramentos que ni la muerte misma puede llegar a desatar.

Cuando hablaban del porvenir, decía cada cual, nosotros, en vez de yo, y eso bastaba.

Pero ese porvenir sólo existía a condición de que Enrique y la marquesa se adhiriesen al gobierno.

Enrique, como hemos dicho, no tenía otra fortuna que aguardar más que la de su tío, que por lo mismo 97

que esa resolución plebeya le había malquistado con su familia, había declarado que no dejaría sus bienes sino a aquel de sus sobrinos que, arrojando a su vez el anatema, se hiciese comerciante como él. Enrique tenía seguramente una educación fina y esmerada; pero en aquella época no había más que dos carreras a toda ambición un poco seria: la carrera de las armas y la de la diplomacia, y ambas carreras dependían del gobierno.

En cuanto a Cecilia, su renuncia a los principios paternos tenía menos importancia.

El estado social de la mujer depende de las circunstancias y de los hombres; esto lo comprendía Cecilia; pero también notó que de conservarse pura y casta en sus opiniones políticas, se convertía en un reproche viviente para Enrique. Así es que cuando madame de la Roche-Bertaud habló a su nieta de las proposiciones que le habían hecho para que ésta entrara en casa de la futura emperatriz, Cecilia se limitó a responder que como era demasiado joven y todavía más iletrada en política como para tener voluntad propia, se contentaba con obedecer a la marquesa.

Además, la joven, que sabía la incesante lucha que consigo mismo sostenía Enrique, y estaba gozosa de hacer un sacrificio a su amado, aunque fuese de consciencia, se apresuró a comunicar a aquel, el mismo día, la petición de madame de la Roche-Bertaud y la contestación que ella le diera.

Enrique, que no aguardaba más para aceptar, voló a dar su adhesión plena y entera al amigo que se encargara de la negociación, y aquella noche y por primera vez Cecilia y su amado hablaron resueltamente, ante la marquesa, de un porvenir que prometía ser tanto más brillante cuanto iba a serlo por sí, y mucho, la futura y respectiva posición de cada uno de los dos: la de él en el ejército junto al emperador, la de ella en las Tullerías, al lado de la emperatriz.

Una vez que se hubo retirado Sennones y cuando Cecilia fue a dar a su abuela el beso que solía darle todas las noches una vez que estaba acostada la marquesa, ésta le cogió la mano, y mirándola con ojos risueños le dijo:

—¿Qué te parece ese porvenir comparado con el que te reservaba tu pobre madre?

—¡Ah! —respondió Cecilia—, como Eduardo hubiera sido Enrique...

Y se retiró a su cuarto con los ojos arrasados en lágrimas; y es que la señora de la Roche-Bertaud había pronunciado con acento de reproche el nombre de la baronesa y a la joven le parecía que persona alguna tenía el derecho a dirigir la más leve crítica a su madre.

En efecto, ¿quién podría responder de lo porvenir? En verdad, la carrera militar era brillante, pero peligrosa, y más en aquellos tiempos: cierto es que se ascendía rápidamente, pero era porque la muerte no dejaba en reposo su guadaña, despejaba el camino a la ambición. La guerra se hacía en masa, y cada campo de batalla sepultaba millares de hombres. Cecilia conocía a Enrique: era éste ardiente, fogoso, ambicioso, y nada perdonaría para conseguir un objeto, lograr un resultado; para él no había obstáculo en el camino de su pensamiento. Si Enrique llegara a morir, ¿qué sería de ella? Tenía, pues, razón en pensar que la oscuridad con Enrique, la oscuridad en una retirada casita como la de Hendon, habría sido la felicidad si, como había

dicho a la marquesa, Eduardo hubiese sido Enrique.

98

Dos días después entró Enrique con un elegante uniforme; era el de subteniente en los guías, lo que le daba el grado de teniente en cualquiera otra arma; había sido un gran favor para Enrique el principiar así.

Por su parte, Cecilia había sido presentada a madame Bonaparte; la joven había referido todas las desgracias de su familia, y sabido es el excelente corazón que tenía aquella amable mujer, que tan popular se ha hecho en Francia con el nombre de la reina Hortensia: ésta prometió su protección a Cecilia, y se acordó que en el momento en que se formase la servidumbre de la emperatriz, entraría en ella la señorita de Marsilly.

Todo, pues, parecía ir en bonanza para los dos jóvenes, y sólo se aguardaba ya el cumplimiento de la promesa hecha por la hija de Josefina, cuando una mañana se difundió en París una espantosa noticia.

El duque de Enghien acababa de ser fusilado en los fosos de Vincennes.

El mismo día, Enrique de Sennones envió su dimisión, y Cecilia escribió a madame Bonaparte que le devolvía su palabra, y podía disponer a favor de otra el cargo que le había prometido.

Los dos jóvenes habían llevado a cabo esta resolución sin consultarse, y cuando por la noche se refirieron mutuamente lo que cada cual había hecho, se aumentó más su amor con la convicción de que eran más que nunca dignos uno de otro.

Algunos días después de aquel suceso, recibió la marquesa una carta de monsieur Duval; según sus instrucciones, había vendido éste el corto mueblaje de la baronesa, y remitía a Cecilia y a la marquesa el precio de dicha venta.

Era aquella, con diferencia de unos quinientos francos, la suma que aquel mueblaje había costado de nuevo; así fue que la marquesa, no obstante lo

injusta que era con monsieur Duval, reconoció al menos que como intendente debía ser hombre de una fidelidad a toda prueba.

99

CAPITULO XVIII

La resolución

Pero en vez de ese porvenir que se les escapaba, era preciso crearse otro; agotáronse sucesivamente todas las combinaciones que la imaginación de los dos jóvenes y de la marquesa podía suministrar; luego, cuando se llegó a discutir todo, a recorrerlo todo y a conocer su imposibilidad, se volvió a la primera idea que se presentó a la imaginación de todos, y se desechó por el motivo quizá de ser la única razonable: pensaron en las condiciones impuestas por el tío de la Guadalupe, y Enrique se decidió a hacerse comerciante.

Verdad es que hay dos distintos géneros de comercio; el comercio vulgar y mezquino del tendero, que a la sombra de su muestra espera al comprador, con el que al cabo de una hora de discusión llega a ganar un escudo, y el comercio poético y grandioso del marino que une un mundo a otro; que en vez de luchar con astucia con el comprador lucha con el huracán; en que cada viaje es un nuevo combate con el mar y con el cielo, y que vuelve a entrar en el puerto semejante a un vendedor y cubriendo el navío con su pabellón como la tienda de un rey. Este comercio es el de los tirios en la antigüedad, el de los genoveses y venecianos en la edad media, y el de todos los grandes pueblos en el siglo XIX. Compatible con la nobleza, porque las ganancias están en él sometidas a la exposición de la vida, y toda empresa que lleve consigo un grande peligro engrandece al hombre en vez de rebajarle.

Pero las mismas razones que se había forjado Enrique para animarse a aquella resolución, las había calculado también Cecilia, y no por eso dejó de estremecerse al pensar en ella. He aquí por qué se había desechado en un principio aquella triste idea de un viaje a las Antillas, idea que volvió a hacer surgir la falta de recursos; Enrique, reuniendo una pequeña mercadería, estaba seguro de ser recibido por su tío con los brazos abiertos, quien

doblaría o triplicaría el cargamento; y como aquel tío era millonario, lo menos que podía hacer por su sobrino era ofrecerle las probabilidades de un beneficio de ciento cincuenta a doscientos mil francos; y hecho efectivo este beneficio, o bien Enrique se aventuraría a un segundo viaje, o bien contento con una tranquila medianía, se casaría con Cecilia, retirándose con ella y con la marquesa a cualquier rincón de la tierra, donde no tendría que pensar en otra cosa que en su felicidad, esperando un cambio de las circunstancias políticas que le permitiese volver los ojos a un porvenir más brillante; pero si aquel cambio no se verificaba, Enrique, contemplando a Cecilia y sondeado su corazón, comprendía que tenía un amor suficiente para ocupar una vida tranquila y una felicidad ignorada.

Tomada aquella resolución, quedó decidido el viaje para el mes de Noviembre; aquellos tres meses querían dedicárselos antes de la separación: tres meses en la edad de Cecilia y de Enrique eran tres siglos. Ambos habían sufrido mucho al decidirse; pero el plazo fijado los consolaba, como si este plazo no hubiese de tener fin; como si aquellos tres meses fuesen la vida de un hombre.

100

Pero la época de la marcha, que se adelantaba con lentitud el primer mes, empezó a avanzar rápidamente en el segundo, y parecía tener alas así que llegaron al tercero.

A medida que veían adelantarse el momento de la separación, volvían los dos jóvenes a su primitiva tristeza; todo el porvenir que habían visto brillante y asegurado, hacía incierto y movible como las olas a que se hallaba sometido, y sombrío como las tempestades de que dependía. De cuando en cuando, en medio de los suspiros y de las lágrimas, se deslizaban unas cuantas palabras consoladoras de proyectos para la vuelta; pero éstas se escapaban tímidamente y como si temiesen que Dios las castigase por su excesiva confianza.

En cuanto a la marquesa, su carácter descuidado jamás la abandonaba: su vida, repartida entre el lecho, el tocador y la lectura, corría tan tranquila como

si reposara en las más sólidas bases. El amor de los jóvenes crecía a su lado casto y puro; pero debiendo únicamente a él mismo su castidad, y no a la vigilancia de la marquesa. Felizmente Enrique amaba demasiado a Cecilia, y ambos estaban bastante seguros de su constancia recíproca para necesitar otra vigilancia que la de su ángel tutelar.

Llegaban ya los últimos días del tercer mes; Enrique pensaba embarcarse en Plymouth; había gastado en París el poco dinero de que había podido disponer, y únicamente en Inglaterra, y con el auxilio de su familia y de sus amigos, podía realizar la suma que necesitaba para hacer su mercadería.

No hay cosa más triste en el mundo para las almas inteligentes y elevadas, que el ver a su destino depender únicamente de un poco más o menos de dinero. La décima parte de las rentas de que gozaban en otro tiempo las familias de ambos jóvenes, hubiera bastado entonces para hacerlos felices. A cada paso dirigían sus miradas hacia la calle contemplando a algún necio, o algún intrigante muellemente recostado en los almohadones de su magnífico carruaje, y se decían mutuamente que ellos, con una inteligencia elevada y de una raza escogida, se creerían dichosos con tener de renta lo que aquel hombre gastaba en aquel carruaje que paseaba su inutilidad o su orgullo. Para adquirir aquella miserable renta, aquellos dos pobres corazones se veían obligados a separarse por seis meses, y por un año tal vez, cuando no hacía cuatro meses aún que no podían comprender la vida separados un solo día.

Además, de tiempo en tiempo, cuando veían que desde el acontecimiento que había paralizado todos sus proyectos, los asuntos marchaban como antes; cuando veían que todo le salía bien a aquel hombre de la fatalidad, que parecía tener el mundo a disposición de su voluntad; cuando pensaban que, a excepción de algunos corazones fieles y religiosos como el suyo, todos los demás parecían haber olvidado la víctima real, a la que ellos habían sacrificado su porvenir como su fúnebre holocausto, preguntábase si no hubieran hecho mejor en cerrar los ojos y bajar la cabeza, como todo el mundo.

Pero entonces la voz de su consciencia hablaba más alto que su egoísmo, y débiles ante la desgracia, se hacían fuertes ante la seguridad de haber

cumplido con su deber.

Luego pensaban detenidamente en que tal vez el partido que habían tomado no era el único que podrían haber elegido, fijándose en que su educación les podría proporcionar recursos artísticos. Pero ningún ramo de aquella educación estaba llevado en uno ni en otro grado suficiente para que pudiese proporcionarle recursos; y además, Enrique consentía en prestarse a todo; pero quería que su Cecilia quedase al abrigo de las influencias del destino.

101

Hay momentos en la vida en que se halla el hombre unido a la fatalidad por lazos de hierro.

Inútilmente se busca entonces un camino, pues es preciso pasar por el que ella le presenta, y que condena a la perdición o la salvación.

Los pobres jóvenes no hacían más que pensar en ese desgraciado viaje de la Guadalupe, que procuraban apartar de sí, como Sísifo su roca, y que sin cesar volvía a caer sobre su cabeza.

Llegó el día que había fijado Enrique para su marcha. Pero como nada le obligaba a partir en aquel mismo día sino su voluntad, aunque había ido muy de mañana a casa de Cecilia, y pasado todo el día a su lado, llegó la noche sin que hubiese asomado a los labios de los dos jóvenes una sola palabra de aquella cruel separación. Finalmente, en el momento de separarse, se miraron ambos tristemente, comprendiendo uno y otro sus mutuos sentimientos por los que cada cual experimentaba.

—¿Cuándo pensáis marchar, Enrique? —preguntó Cecilia.

—Nunca —respondió Enrique—; nunca, lo reconozco, si no me obliga a ello un poder más fuerte que mi voluntad.

—Entonces permaneceréis aquí siempre, porque suponiendo que sea yo ese poder más fuerte que vuestra voluntad, jamás tendré valor para exigir de vos que me abandonéis.

—¿Y qué haremos entonces? —preguntó Enrique.

Cecilia le tomó de la mano, y le condujo delante del pequeño crucifijo que había sacado de la alcoba de su madre y llevádose consigo. Enrique comprendió su intención.

—Juro —dijo éste—, por la que murió con los ojos fijos en este crucifijo, marchar de hoy en ocho días, y no llevar otro pensamiento, durante mi viaje, que volver lo más pronto posible para hacer la felicidad de su hija.

—Y yo —dijo Cecilia—, juro aguardar a Enrique, sin otra esperanza que la de su vuelta; y si no volviese...

Enrique puso su mano en la boca de Cecilia, y detuvo la frase que ésta iba a pronunciar. Luego, en presencia de aquel crucifijo, sellaron ambos aquel juramento con un beso casto y puro, como el que pueden darse un hermano y una hermana.

Al día siguiente Cecilia y Enrique entraron en el cuarto de la marquesa. Los dos jóvenes no tenían por qué ocultarse el estado de su fortuna. Enrique trató de informarse de lo que quedaba a Cecilia, a fin de que las dos mujeres tomaran en su ausencia las disposiciones convenientes. La marquesa, que tenía gran repugnancia a los negocios, quiso primero eludir la pregunta de Enrique y de Cecilia; pero insistieron ambos de tal modo, que tomó un término medio para salir del paso, que fue entregar a Cecilia la llave de la cómoda, y decirle que ajustase la cuenta ella misma.

Había en la cómoda ocho mil quinientos francos, que era cuanto quedaba de la fortuna de la marquesa y la baronesa.

Con esa suma podía vivirse año y medio teniendo un poco de economía, y el viaje de Enrique sólo debía durar seis meses. De consiguiente, por este lado podían estar tranquilos ambos jóvenes.

102

Sin embargo, Enrique dio un consejo, dictado a la vez por su prudencia y su

amor. Aconsejó a Cecilia y a la marquesa que en vez de permanecer en la fonda a donde llegaron, tomasen un cuarto amueblado que les costaría más barato. Luego, tomando con tiempo esa medida, a la que habría que apelar un día u otro, estando Enrique aún en París, conocería al menos el cuarto que habitaba Cecilia, y durante su larga ausencia podría seguirla con los ojos de la memoria en aquella habitación a todas las horas del día y de la noche.

Ésta era una razón de muy mediano valor a los ojos de la marquesa, que no conocía esas pequeñas delicadezas del corazón; pero se insistió fuertemente sobre la necesidad de economías, y cedió.

Al día siguiente se echó a buscar Enrique, y halló un cuarto a propósito en la calle de Coq-Saint-Honoré, número 5.

Empleóse el día en la mudanza. Pagáronse las cuentas de la fonda, en la que se debían algo más de quinientos francos, y por consiguiente el capital de Cecilia quedó reducido a algo menos de ocho mil.

Enrique vio, pues, a Cecilia instalada en su nueva casa; colocó con ella cada mueble en el sitio en que debía estar, colgó el crucifijo en la alcoba, puso los álbumes sobre las mesas, y se convino en que todo permanecería así.

Todos estos pormenores parecieron muy fútiles a la marquesa; pero para los jóvenes eran de la mayor importancia.

Trascurrieron los días, y en ellos preguntaba Enrique con frecuencia a Cecilia cuál sería su ocupación favorita durante su ausencia. Cecilia le contestaba sonriéndose:

—Bordaré mi vestido de boda.

La víspera de su marcha llevó Enrique a Cecilia una magnífica pieza de muselina de las Indias. Era aquella la tela para el vestido de boda.

Principió la primera flor delante de Enrique, con el propósito de bordar la última cuando volviese.

Los jóvenes no se separaron hasta las tres de la mañana. Era la última noche que debían pasar al lado uno del otro, y no acertaban a separarse.

A las ocho estaban ya reunidos otra vez.

Aquel día tenía para ellos algo de solemne. Después de su juramento no se le había ocurrido siquiera a Enrique la idea de quedarse ni un instante más. En su consecuencia, había tomado su asiento en el correo de Boulogne para las cinco de la tarde.

No trataremos de describir los pormenores de aquel último día. Aunque la historia que escribimos sea una obra de sensaciones y no de sucesos, y tengamos ante todo la pretensión de ser sencillos y veraces, precisamente porque tenemos esa pretensión no nos atreveremos a profundizar los misterios de aquellos dos jóvenes corazones puros y apesadumbrados.

Lágrimas, promesas, juramentos, tiernos y prolongados besos, tal es la historia de ese último día, uno de los más dolorosos de la vida de Cecilia, después de aquel en que perdió a su madre.

103

Entre tanto se acercaba la hora rápida, inflexible, implacable; los pobres jóvenes dirigían a cada momento sus ojos al reloj, y del reloj a los ojos uno y otro. Hubieran ofrecido años de su vida futura por un día más, y cuando llegó el momento de partir, por una hora.

Finalmente, el reloj señaló las cinco menos cuarto, las cinco menos diez minutos, y luego las cinco. Entonces fueron a arrodillarse ante el crucifijo. Cuando se levantaron, no tuvieron más tiempo que para cambiar un último beso.

Enrique se lanzó fuera del cuarto; pero Cecilia dio tal grito de dolor, que volvió a entrar. Todavía cambiaron una última lágrima, un último beso, y en seguida se desprendió Enrique del lado de Cecilia, y huyó.

Cecilia se inclinó sobre la baranda de la escalera, y le siguió con la vista;

luego corrió a la ventana para verle subir en su cabriolé; Enrique la vio en la ventana, y la saludó agitando su sombrero.

El cabriolé se alejó por el lado de la calle de Saint-Honoré, en donde se detuvo un momento una porción de carruajes que había allí reunidos; Enrique sacó la cabeza por encima del cabriolé, e hizo a Cecilia una señal con el pañuelo.

A lo lejos vio en la ventana una sombra y un pañuelo que le contestaba.

El cabriolé continuó su camino; pero Enrique permaneció inclinado hacia fuera y saludando hasta que volvió la esquina de la calle. Entonces volvió a sentarse sollozando.

Estaba ya tan separado de Cecilia, como si mediase entre ellos todo el Océano Atlántico.

104

CAPITULO XIX

Correspondencia

Cecilia, por su parte, así que vio desaparecer por la esquina de la calle de Saint-Honoré el cabriolé en que iba Enrique, cayó desmayada en un sillón.

Diez minutos después llamaron a la puerta, y era un mozo que traía un billete; Cecilia pasó la vista por el sobre, y reconoció la letra de Enrique, lanzó un grito de alegría, puso en manos del mozo cuanto dinero tenía, y corrió a su cuarto, toda trémula con aquella dicha inesperada.

Dicha, sí, porque cuando se ama con ese primer amor que clava en lo íntimo del alma esas raíces de fuego que ningún otro amor puede arrancar, desaparecen los sentimientos intermedios, y todo es felicidad o desesperación.

La joven abrió, pues, toda trémula el billete que acababa de recibir, y leyó

medio risueña y medio llorando las cortas líneas siguientes:

«Querida Cecilia:

Llego al patio de correos en el momento en que el carruaje va a marchar; sin embargo, con un pie en el estribo rompo una hoja de mi cartera, y os escribo estas pocas palabras.

Os amo, Cecilia, como nunca ha amado corazón humano. Sois toda para mí; mi esposa aquí abajo, mi ángel en el cielo, mi alegría y mi felicidad en todas partes. ¡Os amo! ¡Os amo!

El carruaje marcha. ¡Adiós!»

Era esta la primer carta que Cecilia recibía de Enrique. Leyola diez veces seguidas, y luego, como para dar gracias a Dios de ser amada así, fue a arrodillarse ante el crucifijo, y oró.

Aquel a misma noche principió Cecilia el dibujo de su vestido. Parecíale que cuanto más activara su trabajo, más apresuraría la vuelta de Enrique. Era el dibujo un conjunto de las flores más lindas que había conservado en su álbum; eran aquel as sus compañeras y amigas, a quienes convidaba para su felicidad futura.

De vez en cuando se interrumpía Cecilia para leer de nuevo su billete.

En la misma noche quedó concluido el dibujo.

Acostóse Cecilia con el billete de Enrique en la mano, y ésta sobre el corazón.

Al despertarse, Cecilia estuvo por algún tiempo sin poder coordinar sus ideas; creía haber soñado que Enrique había partido, y cuando se convenció de que aquello era realidad, apeló, como el día antes, a su billete, su único consuelo.

Pasó Cecilia un día muy triste; era el primero hacía cinco meses que pasaba sin ver a Enrique.

Con un mapa de Francia en la mano seguía sobre el camino, procurando adivinar el punto en que se hallaba en la misma hora en que pensaba en él.

En cuanto a la marquesa, seguía siempre la misma, esto es, descuidada y egoísta. Como Enrique se ocupaba más de Cecilia que de ella, le echaba poco de menos; sin embargo, preciso es confesar que hacía justicia a Enrique, y le amaba cuanto ella podía amar a una persona extraña.

Resultaba de aquí que la pobre Cecilia no tenía a nadie en el mundo con quien compartir la pesada carga de la ausencia; ni una boca que respondiese con una palabra de consuelo a sus palabras de dolor; ni un corazón en que poder depositar los pensamientos del suyo; así es que todo lo concentraba dentro de sí misma, y cuando sus dolores eran muy agudos, pensaba en su madre, y vertía lágrimas, o pensaba en Dios y oraba.

El día siguiente, a las nueve de la mañana, el cartero llamó a la puerta y recibió otra carta de Enrique.

La carta decía así:

«Nos hemos detenido un momento, y lo aprovecho para escribiros.

Estoy en Abbeville, en la misma habitación en que almorzamos juntos cuando íbamos a París. Querida Cecilia, me he colocado en el mismo sitio en que estuvisteis sentada, tal vez en la misma silla, y en tanto que los demás viajeros se quejan sin dejar de comer de la mala comida, yo me ocupo en escribiros.

Desde que me he separado, no he cesado un momento de pensar en vos. Verdad es que recorro el mismo camino que hemos andado juntos; de modo que todo está lleno de recuerdos para mí. Reconozco todas las paradas en que se detenía el carruaje y en que bajaba para tener noticias de vuestra salud. ¡Ay! Hoy no tengo a mi lado nadie que me interese; voy en compañía de dos viajeros que no he mirado aún, y con los que no he cambiado una palabra siquiera.

Verdad es que durante todo el camino voy hablando con vos, Cecilia; tenéis una voz en mi corazón con quien hablo, y que me responde; figúraseme que he llevado conmigo un eco vuestro. ¿No os he dejado yo una semejante, y lo mismo que estáis dentro de mí no estoy yo dentro de vos?

Recibiréis esta carta mañana a las nueve, según me han asegurado. Cecilia, a las nueve de la mañana pensad en mí, cerrad los ojos; acordaos de la playa de Boulogne; yo estaré al pie de la roca escuchando a aquel mar grande y poderoso, cuyo ruido tácito me conmovió cuando le oímos juntos. Yo no os diré que pienso en vos, porque, os lo repito, estáis dentro de mí, hacéis parte de mi existencia, y se diría que cada latido de mi corazón pronuncia una sílaba de vuestro nombre.

Os escribiré desde Boulogne, donde no me detendré sino algunas horas; mientras más me apresuro a alejarme, más me acerco a mi vuelta.

Vuestro,

Enrique.»

106

Esta carta causó una gran alegría a Cecilia; primero porque no la esperaba, y además porque contenía verdades eternas del corazón, que el corazón necesita oír repetir sin cesar, como ella pensaba en él continuamente.

La pobre niña contó las horas de aquel día y los minutos del siguiente; hubiérase dicho que toda su vida estaba suspendida de aquella carta de Boulogne.

Luego se entretenía en bordar su vestido; pero notaba con terror que su bordado, tal como estaba dibujado, debía ocuparla al menos siete u ocho meses. Según los cálculos más exactos que habían hecho ambos jóvenes entre ellos, el viaje duraría seis meses. Cecilia, por lo tanto, se hallaría en descubierto.

En cuanto a la marquesa, hubiérase dicho que para ella no existía ni espacio,

ni verano, ni tempestades, y hablaba del porvenir con esa seguridad de los ancianos que calculan sobre años cuando apenas pueden calcular sobre días.

Al otro día, Cecilia, que se hallaba despierta desde las cinco de la mañana, queriendo impulsar con los ojos las agujas del reloj, estremeciéndose al menor ruido, vio por fin llegar las nueve, y recibió la siguiente carta:

«Estoy en Boulogne, querida Cecilia.

Ocupo el mismo cuarto que vos ocupasteis; de modo que estoy con vos.

He mandado llamar a madame Ambron, y he hablado de vos con ella.

Estamos unidos aún por lazos invisibles, pero materiales; en tanto que pueda ver los sitios en que os he visto, me parecerá que estáis a mi lado como mujer; pero en saliendo de Inglaterra no seréis para mí más que un ángel.

Aquí estáis aún visible a mis ojos; allá sólo lo estaréis a mi corazón; pero en cualquier parte donde me halle veré el cielo, seguro de que el cielo fue vuestra patria pasada, y que será la patria de nuestro porvenir.

Acaban de entrar para avisarme de que un barco sale dentro de dos horas para Inglaterra; así, pues, no tengo más que el tiempo preciso para llegar a esa ribera, que será para mí un triple recuerdo, esa ribera que habéis visto sola, que después hemos visitado juntos, y que ahora veré sin vos.

Os dejo por un momento, querida Cecilia, y a mi vuelta proseguiré mi carta.

¡Qué grande y magnífica cosa es el mar cuando se le contempla con un gran sentimiento dentro del corazón! ¡Qué bien se amalgama esta contemplación con las ideas elevadas!

¡Cómo nos arrebató desde la tierra al cielo, y cómo hace comprender la miseria del hombre y la grandeza de Dios!

Creo que me habría estado eternamente sentado en esta ribera que hemos recorrido juntos y donde me parecía que hallaba aún la huella de vuestros

pasos. Mi corazón se engrandecía a la vista del espectáculo que se ofrecía a mis ojos. No os amaba con el amor 107

de los hombres, sino como las flores aman la venida de la primavera, como aman al sol; como durante las bellas noches de verano el mar ama al firmamento; como en todas épocas la tierra ama a Dios.

¡Oh! En ese momento, Cecilia (el Señor me perdonará si es una impiedad orgullosa), desafío a los acontecimientos a que puedan separarnos; desafío a la misma muerte; cuando todo se muda y se confunde en la naturaleza, los perfumes con los perfumes, las nubes con las nubes, la vida con la vida, ¿por qué la muerte no se ha de mezclar con la muerte? Y puesto que todo se confunde mezclándose, ¿por qué la muerte, que es una de las condiciones de la naturaleza, uno de los eslabones de la eternidad, por qué ha de ser estéril? Dios seguramente no lo hubiese hecho si no fuera otra cosa que una máquina de destrucción, y si desuniendo los cuerpos no debiese unir las almas.

Así pues, Cecilia, la muerte misma no tendría poder suficiente para separarnos, porque la Escritura dice que el Señor ha vencido a la muerte.

Adiós, y hasta que nos veamos en este mundo tal vez; pero de todos modos en el otro.

¿Por qué se me presentan esas ideas tantas veces? No lo sé. ¿Es un recuerdo, o es un pensamiento?

Adiós; ya vienen a buscarme; el barco está próximo a marchar. Entrego esta carta a madame Ambron, quien la llevará al correo.

Vuestro,

Enrique.»

Pasados ocho días llegó otra carta. Este capítulo le hemos intitulado “Correspondencia”.

Permítannos, pues, nuestros lectores que justifiquemos su título,

presentándoles esta nueva carta:

“Veláis sobre mí, Cecilia, y vuestro aliento me impulsa, vuestra estrella me ilumina.

Escuchad, y veréis cómo todo sale a medida del deseo; esto es singular, ¡Dios mío! Y

quisiera mejor hallar algunas dificultades. Quisiera tener un enemigo que combatir, un obstáculo que vencer. ¡Dios mío! Debe llegar un día en que os canséis de tantas bondades antes de que haya yo llegado al término de mi empresa.

Ya sabía yo que al llegar a Londres no hallaría ni a madame de Lorgues ni a ninguno de mi familia. Y así fue: todos habían marchado; pero como no era con mis parientes, demasiado pobres para auxiliarme, con lo que yo contaba, su ausencia no me causó otro disgusto que el de no verlos.

Había contado con un honrado y excelente hombre; con un antiguo criado, y debía decir, con un antiguo amigo de nuestra familia; con un hombre que ya conocéis, y a quien amáis, Cecilia; con el honrado monsieur Duval.

108

Bien sabéis que, lo mismo que voz, no tengo ninguna fortuna; no podría, por lo tanto, contar sino con un préstamo garantizado únicamente con mi lealtad. No había más que un hombre al que pudiera yo acercarme para pedir semejante servicio. Este hombre era monsieur Duval.

Por lo demás, no había dudado un solo momento en dirigirme a él, y salí ya de París con esta intención. No dudé nunca de sus buenos deseos, porque le conocía.

Pero Cecilia, ya lo sabéis, o por mejor decir, no lo sabéis, pero lo adivináis: hay mil maneras de prestar un servicio; desde el servicio que se arranca casi por fuerza, hasta el que se os ofrece espontáneamente.

¡Pobre monsieur Duval! Apenas le dije todo lo que me pasaba, porque no le oculté nada, Cecilia, ni mi amor hacia vos, ni nuestra posición, ni nuestras esperanzas, que dependían únicamente de él, cuando su esposa, volviéndose hacia él, exclamó: —¡Y

bien! ¿No te he dicho mil veces que se amaban? Así es que aquellas buenas gentes habían pensado en nosotros, y cuando casi no nos atrevíamos a confesarnos a nosotros mismos nuestra ternura, nuestro amor ya no era para ellos un secreto.

Entonces monsieur Duval se acercó a mí con las lágrimas en los ojos: sí, Cecilia; este excelente hombre estaba casi llorando, cuando me dijo: — Amadla mucho, monsieur Enrique; amadla con toda vuestra alma, porque es una excelente joven, y si personas como nosotros se hubiesen atrevido a alzar los ojos hasta ella, seguramente hubiera sido la esposa que hubiera yo deseado para Eduardo. Después, tendiéndome la mano, lo que no se había atrevido a hacer en todo el tiempo que me conocía, y estrechando la mía con fuerza, me dijo:

—Por última vez os encargo que la hagáis dichosa.

—Y ahora —continuó, limpiándose los ojos y llevándome a su despacho—, hablemos de negocios.

Todo se hizo al momento. El comercio, bajo cierto punto de vista, preciso es confesarlo, es una gran cosa. Había siempre oído decir, que para remover unos cuantos miles de francos se necesitaba papel timbrado, escrituras, escribanos, y otra infinidad de cosas.

Monsieur Duval tomó un pedazo de papel, y escribió:

Tengo el honor de dar aviso a los señores Smith y Thursen de que garantizo al señor vizconde Enrique de Sennones por una suma de cincuenta mil francos.

Después firmó, me entregó el papel, y todo quedó concluido.

El mismo día me presentó en casa de aquellos señores, y les expliqué mi deseo de pasar a la Guadalupe con una mercancía; tenían precisamente un barco cargado para las Antillas, y me preguntaron cuáles eran los objetos sobre que quería especular. Yo les contesté que, enteramente extraño al comercio, les rogaba que se entendiesen en este punto con monsieur Duval, y así me ofrecieron que lo harían.

109

Volví a casa de monsieur Duval. Había allí una cosa de que quería yo hablaros extensamente, querida Cecilia, y que por lo tanto deseaba visitar: era vuestra casita de Hendon.

Me informé, pues, de monsieur Duval, sobre el nuevo propietario.

Aquí vais a conocer más aún el corazón de este hombre excelente.

El propietario era él; ¿lo oís Cecilia? Llevando de su religiosa veneración por vuestra madre y por vos, ha comprado la casa y los muebles, para que fuesen como un monumento del paso sobre la tierra de su santa y de su ángel. Así es como llama a vuestra madre, y así es como os nombra a vos.

Quiso venir conmigo, pero madame Duval se lo impidió. —El señor vizconde querrá mejor ir solo a Hendon —le dijo—, dejadlo ir solo; vuestra presencia distraería sus recuerdos.

Hay en el corazón de una mujer, en cuanto a cuestiones de cariño, una inteligencia que el hombre más delicado no podría nunca hallar en el suyo.

Monsieur Duval me entregó la llave de la finca.

Nadie va a ella, ni aun ellos mismos; vuestra antigua doncella, que entró al servicio de madame Duval, es la única encargada del arreglo de vuestro paraíso.

Partí al día siguiente por la mañana, y en dos horas y media llegué a Hendon.

Recordé la vez primera que vine aquí acompañando a madame de Lorgues; me aproximé a estos sitios encantadores con indiferencia, por no decir con desprecio; perdonadme, Cecilia; no os había visto aún, no os conocía. Desde que os vi, en cuanto pude conoceros, aquella casita fue un templo, cuya divinidad erais vos, y cuyo santuario estaba en vuestro cuarto.

Nunca he sentido una emoción parecida a la que experimenté al acercarme a esta casa.

Tenía impulsos de arrodillarme ante la puerta y de besar el umbral de ella.

Entré, pero mi mano tembló al meter la llave en la cerradura, y mis piernas se negaban a sostenerme, cuando después de haber empujado la puerta me hallé en el corredor.

Primero visité el jardín: no había en él ni flores, ni hojas, ni sombra; todo estaba triste, como cuando lo abandonasteis hace diez meses.

Me senté sobre un banco. Vuestras amigas las aves saltaban, cantando sobre las desnudas ramas. Vos habíais visto aquellas aves y oído sus cánticos.

Estuve un rato escuchándolas con los ojos fijos en vuestra ventana cerrada, esperando un instante a otro el veros aparecer detrás de los cristales, porque, como os he dicho, todo se hallaba en el mismo estado que antes.

Después subí la pequeña escalera de caracol y entré en la habitación de vuestra madre; me arrodillé delante del sitio que había ocupado el crucifijo, y rogué a Dios por vos.

110

Después entreabrí la puerta de vuestro cuarto. No os alarméis, querida Cecilia; no he entrado en él, y le he respetado.

En fin, me separé de aquella casa en que dejaba tanta parte de mi vida pasada para ir a hacer una visita más sagrada que todas las demás. Ya adivinareis, Cecilia, que hablo de la tumba de vuestra madre.

Lo mismo que en vuestro jardín, lo mismo que en vuestro cuarto, y como en todas partes, se ve una mano amiga que ha pasado por allí; en la primavera debe haber estado cubierta de flores, y en sus tallos agostados y en sus hojas secas he reconocido las flores mismas de vuestro jardín. He cogido algunas hojas de un rosal y de un heliotropo; estas dos plantas son las que mejor han resistido a los rigores del invierno, y os las envío dentro de mi carta. Casi no me atrevo a deciros que, seguro de que las llevaréis a vuestros labios, en cada una de esas hojas he depositado un beso.

Preciso es ya volver. Se han pasado cinco o seis horas en esta santa peregrinación. Estoy citado en casa de monsieur Duval esta noche con los señores Smith y Thursen.

Estos señores llegaron con la rigurosa puntualidad comercial; conocían mucho a mi tío, que es inmensamente rico, según parece, y aun excelente hombre, a pesar de algunas rarezas.

Todo quedó arreglado en esta noche, y ya está en el puerto un hermoso brick, enteramente cargado; el armador es amigo de los señores Smith, y me da un beneficio de cincuenta mil francos en el cargamento; ya veis, Cecilia, que me persigue la buena fortuna, como os decía; el navío sale mañana del puerto.

¡Ah!, olvidaba deciros que se llama «Anna Belle». ¡Es un nombre casi tan bonito como Cecilia.

Suspendo mi carta hasta mañana por la mañana en el momento de partir.

A las once de la mañana.

He estado enteramente dedicado a mis preparativos de marcha; felizmente todo se relaciona con vos en este viaje, y por lo tanto nada puede separar vuestro recuerdo de mi imaginación.

El tiempo no puede ser mejor para un día de otoño, monsieur Duval y Eduardo están conmigo; madame Duval me ha enviado a decir con su esposo que me deseaba un viaje dichoso; éste y su hijo me acompañan hasta a bordo.

Parece que ayer ha habido un gran acontecimiento en esta familia: he creído adivinar que Eduardo estaba para casarse con una mujer por la que no tenía otro cariño que el de un hermano, en tanto que amaba a otra. Pero monsieur y madame Duval, esclavos de la palabra empeñada, no querían permitir esta unión sin hallarse libres de su primer 111

compromiso. La noticia de que se hallaban libres de él les ha llegado ayer; de modo que el pobre Eduardo se casará dentro de poco con la que ama.

Es muy dichoso.

A las doce, a bordo de la «Anna Belle».

Como veis, querida Cecilia, me he visto precisado a dejaros. No podía dejar a Eduardo ni a sus padres solos. Uno y otro han abandonado su oficina por acompañarme, y no harían más por el rey Jorge.

El pequeño brick parece verdaderamente digno de su nombre: es una especie de paquebote, construido a la vez para el pasaje y para el comercio, y en el cual, por una rara excepción, las personas están tan bien cuidadas como los géneros. El capitán es un irlandés, que se llama John Dickins. Me ha señalado un cuarto excelente, en el número 5. Es como veis, el mismo número de la casa que habitáis.

¡Ah!, ya no puedo escribiros, el brick empieza a aparejar, y como han levantado las áncoras, hay tal traqueteo, que me impide el continuar.

Hasta otra ocasión, Cecilia, o por mejor decir, adiós, porque para mí esta palabra adiós, no tiene la significación que se le da; es una recomendación al Señor para que vele sobre vos: adiós, pues; os dejo bajo la protección de Dios.

Salimos bajo los mejores auspicios, y todo el mundo nos presagió una travesía feliz,

¡Cecilia, Cecilia, yo quisiera ser fuerte y poder daros todo mi valor; pero es imposible aparentar estoicismo con vos! Cecilia, sufro mucho al separarme

de vos; en Boulogne no abandonaba sino la Francia; pero al salir de Londres abandono la Europa.

Adiós, Cecilia; adiós, mi único amor; adiós, mi ángel bueno; rogad por mí; yo lo espero todo de vuestras oraciones; os escribo hasta el último momento; pero ya monsieur Duval y su hijo pasan a la chalupa, y yo solo detengo la salida. Una palabra aún, y cierro la carta; yo os amo. Adiós, Cecilia; Cecilia, adiós.

Adiós. Vuestro,

Enrique.»

112

CAPITULO XX

El tío de la isla de Guadalupe

Cecilia recibió esta carta cuatro días después de haber sido escrita; hacía ya dos que Enrique había perdido de vista las costas de Francia y de Inglaterra.

Puede comprenderse la doble impresión que esta carta produjo en la desconsolada joven. Aquella peregrinación de Enrique a la finca y a la tumba de su madre le trajeron a la memoria todas sus alegrías y todos sus dolores pasados. La marcha de Enrique, marcha tan diferida como se pudo, y de la que su pluma le expresara sus últimos dolores, le recordaba todos sus temores y todas sus esperanzas del porvenir.

Enrique bogaba en aquel momento entre el cielo y el mar. Al acabar de leer la carta cayó de rodillas, y oró mucho tiempo por él.

Después pensó en la demás parte de la carta; en la honrada familia de Duval, a la que Enrique había acudido para que le auxiliasen, sin saber que la mujer cuyo amor confesaba debía haber sido la esposa de Eduardo; de Eduardo, que con otro amor en el alma, pero esclavo del compromiso de sus padres, lo hubiera cumplido con la fidelidad que un negociante emplea en el pago de

una letra de cambio, aunque aquella fidelidad le hubiera de hacer desgraciado.

Entonces Cecilia corrió a su pupitre, y en el primer momento de su efusión escribió a madame Duval una larga carta, en la que le abrió todo su corazón, llamándola su madre. ¡La hermosa organización de Cecilia era tan susceptible de sentir todo lo que fuese noble y grande!

Después se volvió a dedicar a su vestido de boda, su obra maestra, su única distracción y su sola felicidad. La marquesa continuaba viviendo como siempre, y pasando todas las mañanas acostada, leyendo o haciendo que le leyeran novelas. Cecilia la veía únicamente a las horas de comer. Había un abismo entre aquellas dos mujeres: la una enteramente intelectual, la otra sensual en un todo. La una que juzgaba por el corazón, la otra examinándolo todo bajo el punto de vista del egoísmo.

En cuanto a Aspasia, Cecilia sentía hacia ella una secreta aversión; de modo que por no mandar nada, cosa que tal vez no hubiera agradado a la doncella, se hacía servir por una buena mujer que vivía en las buhardillas de la casa, y que se llamaba madame Dubois. Esta mujer bajaba todos los días y disponía lo necesario para la pobre niña.

Como ya hemos dicho, la marquesa había conservado algunas relaciones con sus antiguas amigas.

Estas amigas venían a verla de tiempo en tiempo a su humilde habitación, invitándola a que fuese ella misma a verlas y a que dispusiese de sus carruajes; pero la marquesa tenía el orgullo de la pobreza. Por otra parte, la inacción a que se había entregado hacía treinta años, le había hecho adquirir una grande obesidad, y cualquier movimiento le era incómodo.

113

Así es que pasaba su vida en su cuarto y Cecilia en el suyo.

Todo el día lo pasaba la triste niña en seguir con el pensamiento o en el mapa el aventurero buque que navegaba hacia otro mundo. Ella había comprendido

perfectamente que en tres meses al menos no recibiría carta ninguna de Enrique. En su consecuencia no la esperaba, lo cual no la impedía, sin embargo, sobresaltarse cada vez que llamaban a la puerta. Por un momento temblaba entonces la aguja entre sus dedos, entraba la persona que había llamado, y como ésta no tenía nada que ver con Enrique, continuaba Cecilia su labor suspirando.

Esta labor era un prodigio de paciencia, de perfección y de gusto; no era un simple bordado, sino un dibujo en relieve. Todas aquellas flores, aunque pálidas, como las de las coronas de las vírgenes a quienes se conduce al altar, o se las lleva al sepulcro, parecían vivas y animadas. Cada una de ellas era para Cecilia un recuerdo de su infancia, y al bordarla le hablaba del tiempo en que ella, hija efímera del sol efímero de Londres, había estado unida a la planta.

Una mañana en que Cecilia trabajaba, según costumbre, llamaron a la puerta; pero aquella vez se sobresaltó más que de ordinario, por haber reconocido el modo de llamar del cartero. Corrió ella misma a abrir, y era él en efecto, que le presentó una carta. La joven dio un grito de alegría, y al leer el sobre de la carta, vio que era de letra de Enrique. Miró el sello, y notó que estaba sellado en el Havre.

Casi estuvo a punto de desmayarse, ¿qué habría sucedido? ¿Cómo era que a las seis semanas escasas de haber salido Enrique recibía carta suya fechada en el Havre? ¿Habría regresado a Francia?

Cecilia tenía la carta en su mano, y toda trémula, no se atrevía a abrirla.

Notó que el cartero estaba esperando, le pagó, y corrió a su cuarto.

¡Cuánto le agradaba el semblante risueño de aquel hombre!

Abrió la carta, que estaba fechada en el mar. Enrique había hallado ocasión de escribir, y la había aprovechado. Eso era todo.

La carta decía lo siguiente:

«Para que veáis si vuestras oraciones son oídas, contra lo que me esperaba, se me presenta una ocasión de deciros que os amo.

Esta mañana el grumete de vigía anunció una vela. Como se está siempre alerta a causa de la guerra, subieron inmediatamente al puente el capitán y los pasajeros. Pero a los pocos minutos se reconoció que el buque avistado era un buque mercante; además, el barco había dirigido la proa hacia nosotros haciendo la señal de socorro.

No aguardéis una aventura triste y dramática, no, querida Cecilia, Dios no ha querido que vuestro buen corazón pueda entristecerse por la suerte de las personas a quien debéis esta carta. El buque, que era un barco francés del Havre, había sido retenido algunos días después de su salida de Nueva York por una calma de tres semanas, y temía que le llegara a faltar el agua antes de arribar a Francia. El capitán mandó se le envasen doce toneles, y yo me puse a escribir para repetiros, Cecilia, que os amo, que en todas 114

las horas del día y de la noche pienso en vos, y que continuamente estáis a mi lado, alrededor mío, en mi corazón.

¿Sabéis en qué pienso, Cecilia, al ver estos dos buques a la par, a cien pasos uno de otro, con rumbo el uno a Point-à-Pitre y el otro al Havre? Que si pasara yo del uno al otro en una de las lanchas que se cruzan, dentro de quince días me hallaría en el Havre, y al día siguiente a vuestros pies.

Y para eso no tenía más que querer, y os volvería a ver. ¿Lo comprendéis bien? Pero eso sería lo que los hombres llaman una locura, y nos perderíamos.

¡Dios Mío! ¿Cómo es que no hayamos hallado otro plan de porvenir que no me alejase de vos? Se me figura que, alentado por una palabra, por una mirada vuestra, habría salido yo con bien en cuanto hubiese emprendido. Bien veis, Cecilia, que protegido por vos, me es favorable la suerte hasta lejos de vuestro lado.

¡Ay!, os lo repito: ¡esta extraña felicidad me asusta! Temo que hayamos abandonado ya los dos la tierra, y estemos ambos en el camino del cielo.

Perdonad mis funestos presagios; pero el hombre ha nacido tan poco para la dicha en este mundo, que siempre hay en el fondo de cada una de sus alegrías una duda que impide a esa alegría el ser una felicidad completa.

¿Sabéis en qué paso mis días, Cecilia? En escribiros. Os llevaré un abultado diario, en el que hallaréis hora por hora todos mis pensamientos. Así veréis que mi corazón nunca ha estado lejos de vos.

Luego que llega la noche, como no se permite conservar luz en el buque, subo al puente, examino el magnífico espectáculo del sol ocultándose en el mar, sigo una tras otra todas las estrellas que aparecen en el cielo, y, ¡cosa extraña!, el reconocimiento y la adoración de Dios me induce a la melancolía, porque me pregunto si Dios, que tiene que mover todos esos mundos y ocuparse en seguir con la vista este admirable conjunto, podrá tener una mirada para cada individuos que le tiende sus manos.

¡Si el Señor fuera el Dios de los mundos y el acaso de los individuos!

Y en efecto, ¿qué puede importar a la Suprema Majestad de Dios esos pormenores de nuestra miserable vida? ¿Qué son para él los sucesos felices o desgraciados de nuestra existencia? ¿Qué puede hacer a ese rico segador que algunas espigas de uno de sus millones de campos, cada uno de los cuales se llama un mundo, sean tronchadas por el granizo o arrancadas por el huracán?

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si no me escuchaseis cuando os hablo, si no me oyeseis cuando os suplico que me volváis al lado de Cecilia, que me aguarda!

¡Ay, Cecilia! ¡En qué abismo de ideas me pierdo, cuando cada una de mis cartas debería servir para infundiros ánimo! ¿En qué consiste que no respiran sino desaliento?

¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

115

Me he granjeado un amigo a bordo, y es el piloto. ¡Pobre joven! También él ha dejado en Gravesend una mujer a quien amaba. En el modo como miraba

al cielo suspirando reconocía a un hermano de infortunio, Poco a poco he estrechado amistad con él; me habló de su querida Jenny, y yo, Cecilia, perdonadme, le hablé de vos.

Tengo, pues, alguien a quien decir vuestro nombre, a quien repetir que os amo; tengo un corazón que comprende el mío.

Acaso me dirán que es el corazón de un marino; pero infelices de los que me digan eso.

Ese excelente joven, con quien hablo de vos todas las noches, se llama Samuel.

Yo también quiero que sepáis su nombre.

Acordaos también de él en vuestras oraciones, a fin de que vuelva a ver a su Jenny. Le he prometido que lo haríais.

¡Adiós, Cecilia; adiós, amor mío! La lancha del buque francés vuelve a bordo, y entrego esta carta al contramaestre, que me promete por su honor echarla él mismo en el correo al llegar al Havre. Adiós otra vez, mi amada Cecilia; dentro de veinte o veinticinco días, si el tiempo continúa siéndonos más favorable, estaré en la Guadalupe.

Adiós por milésima vez. Os amo.

Vuestro,

Enrique.

P.S. Un recuerdo en vuestras oraciones para Samuel y Jenny.»

Imposible nos sería describir a nuestros lectores la profunda impresión que aquella carta causó en Cecilia, impresión tanto mayor, cuanto más inesperada era la carta. Cecilia se colocó de rodillas, bañados sus ojos en lágrimas de reconocimiento. No fue una oración la que hizo, sino que pronunció nombres entre los que, como le había dicho Enrique, se contaban los de Jenny y

Samuel.

En seguida la joven, con más valor y confianza que nunca, volvió a continuar su vestido de boda.

Pasaron los días, sucediéndose con su monótona regularidad, sin saber nada nuevo. Aquella carta inesperada, aquella venturosa carta, había hecho concebir a Cecilia la esperanza de algún suceso parecido al primero, que le haría tener noticias de su amante; pero como Enrique había dicho, aquel suceso era uno de los accidentes proporcionados por una feliz casualidad, y que no era probable que repitiese.

Durante ese tiempo habían tenido lugar grandes acontecimientos: la república se había convertido en imperio; Bonaparte en Napoleón; la Europa asustada había presenciado aquel extraño espectáculo sin levantar siquiera la voz para protestar; todo parecía asegurar a la dinastía naciente una larga duración; los que rodeaban a los nuevos elegidos eran ricos, brillantes, felices. Cuando Cecilia veía pasar algunas veces bajo sus ventanas a aquellos apuestos jinetes y a aquella elegante nobleza, mitad antigua y mitad

de nueva creación, decía entre sí con un suspiro: “—Así estaría Enrique, y así estaría yo si hubiésemos dejado seguir su curso a los sucesos”. Pero de repente recordaba la sangre todavía fresca de los fosos de Vincennes, y se respondía también con un suspiro: “—La consciencia no engaña; hemos hecho bien.”

Todavía transcurrió un mes, y ya Cecilia principió a aguardar con mayor impaciencia. Luego pasó una semana, y después otros cuatro días, cada vez más lento el uno que el otro; al fin, en la mañana del quinto, sonó aquel campanillazo por tanto tiempo aguardado, y tan bien conocido. Cecilia corrió a la puerta: era carta de Enrique, la cual estaba concebida en estos términos:

«Querida Cecilia:

Primeramente, y antes que todo, nuestra felicidad sigue adelante. He llegado a la Guadalupe, después de una travesía un poco larga; pero sólo a causa del viento, y no por las tempestades. He visto a mi tío, que es el hombre más

bueno del mundo, y que se ha alegrado tanto de verme enganchado en lo que él llama su regimiento, que desde luego me ha dicho que podía considerarme como su heredero.

Y sea dicho de paso: mi tío, querida Cecilia, es inmensamente rico.

Pero como en todas las cosas hay un lado malo, el buen hombre me ha dicho que se había aficionado a mí de tal manera desde que me vio, que bajo ningún pretexto me dejaría marchar antes de dos meses. Estuve tentado de responderle que a ese precio renunciaba a la sucesión; pero he reflexionado que esos dos meses me eran indispensables para la venta de mi pequeña mercadería. Además el capitán de la «Anna Belle» me ha asegurado que necesitaría ese tiempo para hacer un nuevo cargamento; de manera que me he visto precisado a resignarme. Heme aquí, pues, clavado en la Point-à-Pitre por dos meses al menos. Felizmente parte un buque mañana por la mañana, y os llevará noticias del pobre desterrado que tanto os ama, Cecilia; que os ama más de lo que pueden decir palabras humanas; más de lo que puede expresar un pensamiento terrenal.

Todo se lo he confesado a mi tío; al principio puso mala cara cuando supo que no pertenecíais a una familia comerciante; pero cuando le informé de todas vuestras cualidades; cuando le aseguré de vuestro amor por el que a mí me tenéis, le consolé de que pertenecieseis a la buena y antigua nobleza. Este buen tío, preciso es confesarlo, con su manía de hombre comercial, es la aristocracia personificada; a despecho suyo la partícula se le viene a la boca, y quitando su título a las personas que lo tienen, añade el

“de” a las que no lo tienen.

¡Qué grandiosa y magnífica naturaleza, Cecilia, y qué feliz sería yo en poderla admirar con vos! ¡Cómo se perdería nuestro pensamiento en la extensión de ese mar infinito!

¡Cómo se sumergirían nuestras miradas en ese cielo tan puro y tan diáfano en que la vista cree poder llegar hasta Dios!

Por desgracia toda esa naturaleza os es desconocida, querida Cecilia. No

podéis tener idea de estas plantas, de estas flores; no conocéis estos frutos, ni ellos os conocen. Días 117

pasados me estremecí de alegría al ver una rosa abierta: esto me condujo a Inglaterra, y me recordó a Hendon, vuestro jardín y nuestra tumba.

¡Qué terrible y precioso don del cielo es la memoria! En un segundo he recorrido mil ochocientas leguas, y me he hallado a vuestro lado, en vuestro jardín, fijándome en los más pequeños detalles, desde vuestras hermosas compañeras; las rosas, los lirios, los tulipanes, las anémonas y las violetas, hasta el humilde y verde césped sobre el que saltaban en busca de los granos que esparcáis diariamente, los pintados jilgueros y los insolentes gorriones.

Yo no sé de qué nace esto, querida Cecilia; pero hoy tengo el corazón lleno de esperanza y alegría. ¡Todo es tan hermoso en este país, todo es tan grande, que mis temores empiezan a disiparse, y mi corazón oprimido por tanto tiempo empieza a dilatarse y a respirar más libremente.

Hace ya mucho que no os digo que os amaba, pero temo repetíroslo demasiado: si no lo dijera de palabra, me parece que la expresión de mis ojos, que el sonido de mi voz abogarían mejor por esas infinitas repeticiones que me perdonaréis.

Mi tío ha entrado en mi habitación, y se empeña obstinadamente en que vaya a ver sus plantíos. Me niego, pero él me dice que algún día serán vuestros, y esta razón me decide a suspender la carta por una o dos horas. Hasta luego, Cecilia.

¿Sabéis lo que haremos si venís algún día a vivir a Guadalupe? Tomaremos un plano de nuestra finca en Inglaterra, y traeremos semillas de todas vuestras flores; después, en medio de las posesiones de mi tío, resucitaremos el pequeño paraíso de Hendon.

Paso mi vida haciendo proyectos y edificando castillos de naipes, y después pido a Dios que dé un soplo a mis sueños y que les deje el tiempo necesario para que lleguen a ser realidades.

Felizmente estoy casi siempre solo; es decir, estoy con vos, Cecilia; vos estáis a mi lado; yo hablo con vos, y vos me sonreís; a veces la ilusión es tal, que alargo el brazo para coger vuestra mano, y entonces desaparecéis como un vapor, y os desvanecéis como una sombra.

Una vez que haya marchado el buque que os llevará esta carta, no tendré probablemente ocasión de escribiros antes de un mes o seis semanas; las salidas de buques son escasas en estos momentos; luego, dentro de dos meses, seré yo el que marche. ¡Cecilia, Cecilia!

¡Comprendéis qué momento será para mí aquel en que vea las costas de Francia, en que vea a París, la calle del Coq, y suba esos cinco pisos, y llame a vuestra puerta y caiga a vuestros pies! ¡Dios mío! ¿Cómo soportaré tanta dicha sin volverme loco?

Adiós, Cecilia; os estaría escribiendo eternamente; ¿y para qué? Para deciros y para volver a repetiros cien veces las mismas cosas. Adiós, Cecilia: no os encargo que penséis en mí, porque es imposible que sea yo solo en amar como amo. Adiós, Cecilia; orad por 118

mi pronta vuelta, porque a vuestras oraciones debo hasta hoy la feliz combinación de los acontecimientos, que es tal, os los repito, que me asusto de tanta fortuna.

Adiós, Cecilia, hay en este momento una nube dorada, tan brillante, que parece ser el carro de un ángel; a esta nube encomiendo todos mis recuerdos para que os los lleve; navega suavemente hacia Francia a través de un límpido cielo, de que no tenemos idea en nuestros climas, y ahora se aparta y toma la figura de un águila con las alas desplegadas para ir más de prisa; gracias, nube bienhechora; gracias; saludala al pasar, y dile que la amo.

Adiós por última vez; yo os amo; adiós, adiós.

Vuestro,

Enrique.»

Por larga que fuese esta carta, no dejó de parecer corta a Cecilia; la leyó y la volvió a leer cien veces durante el día, hasta que al fin la aprendió toda de memoria. De este modo, y sin dejar de trabajar en su vestido de boda, la pobre niña se repetía a sí misma las frases de su futuro esposo; luego, de tiempo en tiempo, como esas frases no bastaban aún, cogió las cartas para asegurarse más por medio del tacto y por la vista del escrito.

Durante este tiempo, el vestido adelantaba, era, como hemos dicho, una magnífica guirnalda de bordados que daba la vuelta, y que subía por delante hasta la cintura, donde se dividía en ramos, de los que unos continuaban acompañando el lado correspondiente del cuerpo, en tanto que otros se perdían caprichosamente en las mangas; el fondo del vestido debía quedar liso.

El vestido estaba ya adelantado en más de la mitad, y como, según todas las probabilidades, Enrique debía aún tardar tres o cuatro meses en volver, estaría enteramente concluido a su regreso.

De cuando en cuando la marquesa preguntaba por el viajero, pero con el tono en que se hubiera informado de una persona extraña. La marquesa no había pensado en aquel matrimonio por su cariño a Enrique, sino por la antipatía que Eduardo le causaba; ella no había querido ver a su nieta esposa de un empleado en una oficina del comercio, y he aquí todo.

Y sin embargo, pasaban los días; Cecilia sabía que ninguna embarcación debía salir de Guadalupe antes de seis semanas. Enrique lo había dicho. Así es que esperó con paciencia la época indicada; luego empezó a inquietarse cuando pasaron los dos meses. En fin, con los mismos arrebatos de felicidad, recibió una mañana esta carta:

«Marcho, querida Cecilia.

El navío en que os envió esta carta no me precederá más que ocho días, y tal vez, como la «Anna Belle» pasa por muy velera, llegaré yo al mismo tiempo o antes que mi carta.

¿Lo oís? Cecilia, yo parto, y parto rico; he ganado un ciento por ciento en mi pequeña mercadería; he reembolsado al momento a monsieur Duval de sus cincuenta mil francos, y me quedan otros cincuenta mil; mi tío, además ha hecho un cargamento que podrá valer cien mil escudos, y me ha dado cien mil francos como regalo de boda.

Mi querida Cecilia, ¿comprenderéis toda mi alegría? Yo no ceso de preguntar al capitán si es cierto que el viaje está fijado para el 8 de marzo, porque ese día es cuando debemos salir de aquí.

Él me responde que sí, y que al menos que el viento no sea contrario, su salida está irrevocablemente fijada para aquel día; pero en este momento el viento sopla con una constante regularidad, y creo que nada nos hace detener.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Conque es cierto que voy a verla; a volver a ver a mi querida Cecilia, a mi ángel bueno!, ¡con que todos mis temores son infundados! ¿Es cierto que vuestra bondad no se cansa, y que la felicidad que me ha acompañado hasta aquí no era más que el presagio de lo que debía acompañarme hasta Francia?

¡Dios mío! ¡Cuán bueno sois, cuán grande, cuán misericordioso! Os doy gracias por todo.

A ella, a ella, que ruega por mí, que vela por mí, es a quien debo tanto.

Tengo un compañero de alegría y felicidad.

Samuel, el pobre Samuel, de que ya os he hablado, Cecilia; faltábanle unos centenares de francos para ser dichoso, lo mismo que nos faltaban a nosotros unos cuantos miles.

Figuraos que con mil escudos he hecho la felicidad de un hombre. Se los he dado a vuestro nombre, Cecilia. A su vuelta se casará con Jenny, y si su primer hijo es varón, se llamará Enrique, y si es hembra, Cecilia.

De aquí nace que el pobre Samuel está tan deseoso de marchar como yo.

¡Ocho días! ¡Qué largos se me hacen estos ocho días! ¡Ocho días sin que me aproxime a vos! Al menos estando embarcado, o yendo en un carruaje, bien llevado por las alas del viento, o arrastrado por unos buenos caballos, conoce uno que adelanta, que se va acercando; en ese movimiento hay un indecible consuelo. Nuestra madre nos mece cuando somos niños; nos mece la esperanza cuando somos hombres. Verdaderamente quisiera mejor pasar quince días más en el mar y ponerme en camino ahora mismo.

Así, estoy dudando casi en enviaros esta carta. Si me amáis como yo os amo, de lo cual no estoy enteramente cierto, pues lo creo imposible, y nuestra embarcación por algún viento contrario o por cualquier otro accidente se retrase una semana, quince días o un mes, ¡qué suplicio va a ser vuestra vida en semejante situación! ¡Oh!, esperaros yo, Cecilia; saber que veníais a reuniros conmigo, y no salir a recibirlos, y no poder abreviar la distancia que nos separase saliendo a vuestro encuentro! ¡Oh!, conozco que eso sería para mí una desgracia horrible, insoportable, inaudita; conozco que estaría peor aún que 120

no teniendo noticias vuestras, y sin embargo, no me hallo con el valor suficiente para dejar de deciros: ¡allá voy, Cecilia; esperadme!...

Sí, esperadme, mi adorada Cecilia; ya llego, ya estoy cerca de vos, ya estoy a vuestros pies... Decidme que me amáis, Cecilia; ¡os amo yo tanto!

Adiós; dentro de ocho días salgo de aquí. Hasta la vista, Cecilia. Esperadme de un momento a otro. Por última vez os repito que marchó dentro de ocho días.

Vuestro,

Enrique.»

121

CAPITULO XXI

El vestido de boda

Debe juzgarse la impresión que semejante carta produciría en la joven. Cecilia fue a caer de rodillas delante del crucifijo, y después de acabar su oración y de haber dado gracias, corrió al cuarto de la marquesa para anunciarle aquella buena noticia; pero la marquesa estaba muy ocupada con una nueva novela cuyos amores fingidos le interesaban más que los verdaderos amores de su nieta; con todo, felicitó a Cecilia, y la besó en la frente.

—Ahora bien, hija mía —le dijo—; ya ves que tu pobre madre no tenía sentido común cuando te propuso el casamiento con Eduardo, y que yo tenía razón. A mí únicamente es a quien debes tu felicidad, hija mía, no lo olvides nunca.

Cecilia volvió a entrar en su cuarto con el corazón oprimido. Aquella acusación hecha a su madre en el momento en que era tan dichosa, vibró hasta en el fondo de su corazón. Habíase arrodillado para dar gracias a Dios en un principio; pero se arrodilló una segunda vez para pedir perdón a su madre.

Después leyó y volvió a leer muchas veces la carta, y por último se entregó al bordado de su vestido de boda.

Hubierase dicho que la pobre niña había calculado el trabajo para el tiempo de la vuelta de Enrique, y que debía concluirlo y ver a Enrique al mismo tiempo, porque apenas le quedaban ocho días de trabajo. Con todo, se habían pasado cerca de nueve meses entre la primera y la última flor de aquel magnífico dibujo.

Pero, ¡con qué alegría, con qué esperanza trabajaba entonces! ¡Cómo se animaban aquellas flores bajo sus manos! ¡Cómo rivalizaban con las hijas de la primavera, siendo flores hijas del amor! Y aquel bordado confidente de su tristeza, ¡cuánta alegría presenciaba en aquel momento!

¡Oh!, sí, Enrique se lo había dicho: las horas parecieron muy largas a la pobre Cecilia, y con todo, no dejaron de pasar; después llegó la tarde, luego la noche: Cecilia no pudo dormir. Cada carruaje que oía pasar la hacía estremecer. ¿No había dicho Enrique que la «Anna Belle» era un navío muy

velero y que tal vez llegaría al mismo tiempo que la carta? Verdad es que esto era pedir demasiado; Enrique lo había previsto, y que algún motivo podría detenerle. Era preciso conformarse a esperar sin inquietud ocho días; pero por más razones que se daba Cecilia a sí misma, no por eso esperaba con menos impaciencia.

Y sin embargo, a cada ruido que oía en la escalera corría hacia ella, y a cada ruido de la calle se asomaba a la ventana.

El día siguiente lo pasó del mismo modo, y después el que le siguió y los demás; pero el octavo, que había fijado Cecilia como término de su paciencia, Cecilia experimentó un verdadero suplicio.

122

La víspera, por la noche, había concluido su vestido de boda; habíase desarrollado la última flor brillante y alegre bajo sus manos.

El día octavo pasó también. Desde las dos de la tarde hasta la noche, permaneció Cecilia asomada a la ventana, con los ojos fijos en el ángulo de la calle de Saint-Honoré, figurándose a cada momento ver aparecer el cabriolé que le devolvía a Enrique, como había visto desaparecer el que lo arrancaba de su lado.

Después, por uno de esos misterios singulares que prueban que el tiempo no existe, y que es una palabra vana, todo aquel tiempo que había pasado esperando a Enrique desaparecía y se borraba; parecía que había marchado el día anterior, y que durante la noche había soñado aquel largo viaje.

Llegó la noche, y la oscuridad se hizo cada vez más densa. Con todo, como hacía un tiempo hermoso, Cecilia pasó toda la noche asomada a la ventana. A los primeros rayos del día, fatigada y con el corazón oprimido, se resolvió por fin a costarse.

Su sueño fue corto y agitado. Despertábase a cada momento creyendo oír el ruido de la campanilla.

Aquel día lo pasó en la misma agitación que el anterior.

Entonces trató de reflexionar y de soportar con su amor, queriéndose persuadir a sí misma de que las dos embarcaciones no habrían podido marchar con una indispensable regularidad: la «Anna Belle» podría haberse retrasado antes de partir algunos días; alguna de esas calmas tan frecuentes en los trópicos podía haberla detenido; así es que se impuso una prórroga de tres días, durante la cual trató de anular el derecho de esperar; ¿pero qué haría durante aquellos tres días?

La pobre Cecilia volvió a coger su vestido de boda, y se puso a bordar un nuevo ramo en cada ángulo del bordado.

Pasaron los tres días, luego cuatro, después una semana, y los cuatro ramos se concluyeron.

Quince días habían pasado desde el término probable fijado por Enrique; Cecilia ya no estaba impaciente, estaba alarmada.

Entonces se presentaron a su imaginación todos los presentimientos funestos de un alma inquieta; aquel inmenso mar, cuyos sordos mugidos la habían impresionado en Boulogne; aquellas olas caprichosas, con sus tempestades, con sus huracanes, ¿qué es lo que habían hecho de la «Anna Belle»

y de Enrique?

Los días que pasaba Cecilia en aquella incertidumbre eran terribles; pero lo eran más aún las noches; aquel pensamiento constante que agobiaba su alma, combatido durante el día por la razón, aumentaba de dimensiones durante el sueño como un fantasma, y dejando de estar contenido por la reflexión, se le presentaba como una horrible y fantástica aparición; apenas se dormía, cuando se le presentaban tan pronto Enrique como su madre; después daba principio un poema interminable de dolores que le producían un insomnio lleno de agonías, de sollozos y de lágrimas.

Hacía ya un mes que Enrique debería haber llegado.

Cecilia, para distraerse, acudió de nuevo a su pobre vestido de boda; se decidió a sembrar el fondo de ramos semejantes a los que había bordado en los ángulos.

123

Además, otra nueva inquietud se presentaba a su imaginación; la marquesa continuaba viviendo entregada a su imprevisor egoísmo. Un día Cecilia abrió la cómoda en que estaban todos los recursos que poseían y halló sólo quinientos francos.

Corrió al cuarto de la marquesa, y con todas las precauciones posibles le hizo presente sus temores.

—¿Y qué? —dijo la marquesa—, de aquí a tres meses que es lo que puede durar ese dinero, ¿no habrá venido Enrique?

Cecilia abrió la boca para preguntar:

—¿Y si no ha venido aún?

Pero las palabras expiraron en sus labios; parecíale que aquello era dudar de la misericordia de Dios, y que dudando de ella, tendría bien merecida su mala suerte. Volvió a su cuarto algo más animada por la convicción de su abuela.

Y en efecto, ¿por qué no había de venir Enrique? No había pasado aún bastante tiempo para desesperar. Enrique se había retardado algunas semanas, y he aquí todo. Podía muy bien haber sucedido lo que él temía: que la «Anna Belle» no se hubiese dado a la vela el día señalado: tal vez se hallaba en camino, y entraba ya en Inglaterra o en la misma Francia; y Cecilia, llena de valor un momento, se ponía a trabajar en su vestido, y salían nuevos bordados de su aguja, como hubieran podido salir de la de una hada.

Pasaron de este modo tres meses; todos los ramos estaban ya concluidos: el vestido iba siendo una maravilla de arte. Los que le veían decían que era demasiado bueno para una mujer, y que era digno de ser ofrecido a Nuestra Señora de Liesse, de Loreto o del Monte Carmelo.

Cecilia volvió a empezar otro dibujo de flores entre los ramos.

Una mañana entró Aspasia en el cuarto de Cecilia, cosa que no sucedía nunca.

—¿Qué queréis, Aspasia! —exclamó Cecilia—. ¿Ha sucedido algo a la marquesa?

—No, gracias a Dios, señorita; pero no hay dinero en la cómoda, y envía a preguntaros dónde lo encontraría.

Un sudor frío bañó la frente de Cecilia. El momento que tanto temía había llegado al fin.

—Está bien —dijo—, voy a hablar con la marquesa sobre el particular.

Cecilia entró en la habitación de su abuela.

—Mi querida mamá —le dijo—, al cabo sucedió lo que había yo previsto.

—¿Qué cosa, querida? —preguntó la marquesa.

—Nuestros recursos se han agotado, y Enrique no ha venido aún.

—¡Oh! Ya vendrá, hija mía; ya vendrá.

—Pero entre tanto, ¿cómo nos compondremos?

La marquesa dirigió los ojos hacia sus manos: tenía en el dedo pequeño de una de ellas un medallón ovalado rodeado de diamantes.

124

—¡Ay! —dijo, dejando escapar un profundo suspiro—. Mucho me costará desprenderme de esta sortija; pero puesto que es preciso...

—Madre mía, no os separéis más que de los diamantes que podéis reemplazar con un cerco de oro, y así os quedaréis con la sortija.

La marquesa exhaló un segundo suspiro, que probaba que lo sentía más por los diamantes que por la sortija, y la entregó a Cecilia.

No podía ésta confiar a nadie el cuidado de vender la alhaja que la marquesa acababa de entregarle; hubiera sido denunciar su miseria próxima, y esto era un secreto que deseaba ocultar, sobre todo a Aspasia.

Cecilia, pues, se dirigió a casa de un joyero, y volvió con ochocientos francos, precio en que fue valuado el cerco de diamantes; al mismo tiempo el joyero quedó en encargo de reemplazar el cerco de diamantes por uno de oro.

Desde aquel momento, Cecilia conoció que además de la desgracia de no ver a Enrique, existía otra aún; impotente contra la una, quiso prevenirse contra la otra. Pasados tres días, y yendo a recoger la sortija de la marquesa, tomó sus dibujos de bordados, y como el joyero le había inspirado confianza por su buena fisonomía, se los enseñó, preguntándole si conocía algún dibujante en cuya casa pudieran darle trabajo. El joyero llamó a su esposa, quien después de haber admirado los dibujos, le prometió que haría todo lo que pudiese por ella. Tres días después Cecilia contaba con un recurso para vivir: podía ganar de seis a ocho francos diarios.

Desde aquel momento, ya un poco más tranquila, volvió a entregarse únicamente a sus pensamientos respecto a Enrique. Pasaban días y días, y no recibía noticia alguna. Ya habían transcurrido cuatro meses. Cecilia ni sonreía, ni lloraba, y cada día parecía estar más impasible; había concentrado todo su dolor sobre el corazón. De vez en cuando se estremecía cuando oía llamar a la puerta a la hora en que acostumbraba llamar el cartero; pero en el modo de llamar, Cecilia conocía que no era él, y volvía a caer en el sillón de que se había levantado. Su incesante ocupación, que había llegado a ser casi maquinal, era su vestido; todo el fondo se cubría de bordados; cada día llenaba Cecilia un nuevo espacio; cada día nacía una nueva flor bajo aquella aguja maravillosa; pasaron tres meses aún del mismo modo, y ninguna noticia vino a devolver la alegría o las lágrimas a la pobre niña.

Durante aquellos tres meses se acabó el dinero que había producido la venta de la sortija de la marquesa; pero gracias al recurso que se había

proporcionado Cecilia, nadie lo notó. Todas las semanas llevaba sus dibujos y recibía una suma de cuarenta a cincuenta francos. Esta suma bastaba para el gasto de la casa, y como este nuevo trabajo le dejaba tiempo para bordar, continuaba ocupando dos o tres horas diarias en su vestido, pues se le figuraba que en tanto que pudiese trabajar en él, no estaba aún perdida la esperanza de ver a Enrique.

En fin, llegó un momento en que toda adición fue imposible; los más pequeños espacios estaban ya ocupados; el vestido de boda estaba enteramente concluido.

Teníale sobre sus rodillas una mañana, y meneaba tristemente la cabeza buscando inútilmente un hueco donde colocar alguna flor, algún ligero arabesco, cuando oyó sonar la campanilla. Cecilia se arrojó de la silla, pues había reconocido al cartero.

125

Corrió a la puerta; era él en efecto. Tenía una carta en la mano; pero aquella carta no era de letra de Enrique, sino una letra grande, y la carta tenía un sello del ministerio. Cecilia la tomó temblando.

—¿Qué es esto? —preguntó con una voz casi ininteligible.

—No sé, señorita —respondió el cartero—; lo que únicamente os puedo decir es que ayer nos mandaron llamar para preguntarnos si conocíamos a la señorita Cecilia de Marsilly. Yo contesté que hacía ya bastante tiempo que había llevado muchas cartas a una persona de ese nombre, que vivía en la calle de Coq-Saint-Honoré, número 5; se tomó apunte de mis palabras, y esta mañana me han entregado esta carta para que os la entregue; es del ministerio de marina.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué será esto? —exclamó Cecilia.

—Deseo que sea una buena noticia, señorita —dijo el cartero retirándose.

—¡Ah! —dijo Cecilia levantando la cabeza—; no espero buenas noticias sino

de otra letra.

El cartero abrió la puerta para marcharse.

—Esperad que os pague —dijo Cecilia.

—Gracias, señorita —respondió el cartero—; la carta está franca.

Y se retiró en seguida. Cecilia entró en su cuarto.

Tenía la carta en la mano sin atreverse a abrirla.

Por fin, rompió el sello, y leyó lo que sigue:

«A bordo del brick de comercio «Anna Belle», mandado por el capitán John Dickins.

Hoy día 28 del mes de marzo del año de 1805, a las tres de la tarde, hallándonos a la altura de las azores a los 32º de latitud y 42º de longitud.

Yo, Eduardo Thomson, segundo del brick «Anna Belle», hallándome de cuarto a bordo de dicho buque, y avisado por el piloto Samuel de que el vizconde Carlos Enrique de Sennones, inscrito con el número 9 en el registro de pasajeros, acababa de fallecer.

Me transporté acompañado del citado, y de míster Williams-Smith, estudiante de medicina, al cuarto número 9, donde hallamos un cadáver, que reconocimos perfectamente ser el vizconde Enrique de Sennones.

El testigo Samuel nos declaró entonces que a las tres menos cinco minutos había expirado en sus brazos el vizconde Carlos Enrique de Sennones; que para asegurarse de que había cesado completamente de existir, le puso el espejo delante de la boca; pero viendo que el espejo permanecía sin empañarse y que por consiguiente se había extinguido la respiración, no había dudado que estuviese muerto, y había ido a darme parte de ese accidente.

Examinado el cadáver, míster Williams-Smith, estudiante de medicina,

pasajero a bordo, y que había prestado auxilios al enfermo, dijo:

126

Declaro por mi alma y mi consciencia que el vizconde Carlos Enrique de Sennones ha muerto de la fiebre amarilla, cuyo germen había traído sin duda consigo al salir de Guadalupe; que hace tres días se declararon los primeros síntomas, y que la enfermedad hizo tan rápidos progresos, que a pesar de todos los socorros del arte, ha muerto hoy a las tres menos cinco minutos.

En fe de lo cual, extendiendo hoy la presente acta, que después de hecha la lectura de ella, ha sido firmada por nosotros, por el médico que asistió al difunto, y por el testigo antes nombrado.

Hecho a bordo, en el mar, en el día, mes y año más arriba expresados.

Firmado John Dickins, capitán; Eduardo Thomson, segundo; y Williams-Smith, estudiante de medicina; en cuanto al piloto Samuel, declara no saber firmar, y pone su cruz.»

Al acabar de leer Cecilia esta carta, arrojó un grito y se desmayó.

127

CAPITULO XXII

Las desgracias se agolpan

Cuando Cecilia volvió en sí, la señorita Aspasia la hacía respirar sales. El grito que la pobre niña había exhalado fue oído hasta en el cuarto de la marquesa, la cual envió a su doncella para que se informase lo que pasaba.

Un momento después, viendo la marquesa que la señorita Aspasia no volvía, entró ella misma.

A pesar de las pocas simpatías que existían entre aquellas dos mujeres, se arrojó Cecilia en brazos de su abuela, enseñándole la terrible acta, cuya glacial lectura acababa de cortar de un golpe todas sus ilusiones, todas sus

esperanzas.

Aquella acta era la aparición de la muerte misma; de la muerte, fría, impasible, inexorable; de la muerte, despojada de todas esas precauciones de que la acompaña la bondad de Dios o la previsión de un amigo.

Así era que Cecilia no tenía fuerzas sino para repetir continuamente esta palabra:

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!

En cuanto a la marquesa, estaba aterrada, pues de un golpe de vista había reconocido todo lo que tenía de terrible aquella catástrofe para ella y su nieta.

Todas sus esperanzas de descanso, de bienestar y de brillo descansaban en Enrique de Sennones.

La carta que había escrito ocho días antes de salir de Guadalupe, y en la que daba a Cecilia cuenta de su pequeña fortuna, había servido de base a los cálculos de la marquesa. Ya todo había acabado. Enrique había muerto, los diamantes estaban vendidos, los recursos de la desgraciada familia agotados, y no le quedaba nada, absolutamente nada, especialmente a los ojos de la marquesa, porque ésta ignoraba que hacía tres o cuatro meses todos vivían únicamente con el trabajo de Cecilia. Sólo la señorita Aspasia lo había echado de ver, porque dos o tres veces había manifestado a la marquesa el deseo de retirarse al campo, alegando el pretexto de que su quebrantada salud necesitaba mucho descanso.

El dolor de la marquesa fue, pues, mayor de lo que Cecilia había previsto, porque Cecilia no podía leer en el fondo del corazón de su abuela las verdaderas causas de aquel dolor.

Aquello fue un bien para la pobre niña, porque por un momento, al ver vacilar a su abuela, cobró fuerzas para sostenerla. La marquesa había bajado de su cuarto con un peinador; volviéronla a conducir a su alcoba y se acostó.

Entre tanto, Cecilia no podía contentarse con aquel frío anuncio de la muerte

de su amante, y quiso obtener algunos pormenores y saber cómo había llegado aquella carta. En una palabra, la pobre niña, como todo desgraciado herido por algún golpe inesperado, dudaba todavía y necesitaba adquirir la certeza de su dolor.

128

La carta tenía el sello del ministerio de marina, y le ocurrió naturalmente la idea de dirigirse a dicho ministerio para obtener las noticias que deseaba.

Recomendó su abuela a los cuidados de la señorita Aspasia, se echó un velo sobre su sombrero, tomó la carta fatal, la puso bajo su cubierta, bajó, entró en un coche de alquiler, y se hizo conducir al ministerio de marina.

Al llegar a la puerta enseñó su carta al conserje, y se informó de qué oficina procedía aquella acta; el conserje le contestó que de la secretaría.

Cecilia subió a dicha oficina, y preguntó por el empleado que había escrito aquella carta.

No había venido todavía y aguardó.

Llegó al fin, ¡y cosa extraña!, desde que Cecilia había vuelto en sí, no había derramado ni una lágrima.

El empleado le dijo que aquella acta había llegado de Plymouth, en donde había fondeado la

«Anna Belle» a su regreso de la Guadalupe, y que únicamente venía acompañada de la siguiente noticia:

«Habiendo fallecido a bordo de la «Anna Belle», en 28 de marzo de 1805, el vizconde Carlos Enrique de Sennones, y no teniendo en la actualidad pariente alguno conocido en Inglaterra, rogamos al gobierno francés haga saber su muerte a la señorita Cecilia de Marsilly, de quien hablaba con mucha frecuencia al piloto Samuel como de su prometida esposa. Según todas las probabilidades, esa señorita Cecilia de Marsilly está en Francia.

Adjunta va el acta que acredita dicho fallecimiento.»

Cecilia escuchó todos aquellos pormenores con el corazón traspasado, pero enjutos los ojos; no parecía sino que se había secado el manantial de sus lágrimas, o más bien que éstas corrían por dentro.

Únicamente preguntó si le podían decir a dónde había sido transportado el cadáver.

El empleado le contestó que cuando algún pasajero o individuo de la tripulación moría a bordo de un buque, no se trasladaba a parte alguna, sino que se le arrojaba simplemente al mar.

Cecilia vislumbró entonces, como a través de un relámpago, aquel grande océano tumultuoso y encrespado que fue a bañar sus pies el día en que ella se paseaba del brazo con Enrique en las playas de Boulogne.

Dio gracias al empleado por sus noticias, y salió.

Todo aparecía ya claramente a Cecilia: el largo tiempo que había trascurrido desde la muerte de Enrique, y que ella había pasado aguardando, había sido empleado en averiguar dónde vivía; además, aquellas indagaciones habían sido hechas, como hacen en general los gobiernos las investigaciones en que no tienen interés; se había anunciado la noticia en los periódicos; al fin ocurrió un día el reunir a los carteros y preguntarles, y entonces declaró uno de ellos que dieciocho meses antes había llevado cartas a una señorita Cecilia de Marsilly que vivía en la calle de Coq, número 5.

129

Cecilia volvió, subió sus cinco pisos, y se disponía a llamar, cuando notó que la puerta estaba abierta, supuso que la señorita Aspasia habría ido al cuarto de alguna vecina, y dejó la puerta tal como la había hallado.

Su primer cuidado fue entrar en la alcoba de la marquesa: ésta estaba acostada, con la cabeza apoyada en sus dos almohadas, y durmiendo.

Cecilia volvió a su cuarto, y se dirigió a la cómoda que contenía su tesoro; esto es, las cartas de Enrique.

Entre estas cartas buscó la que le había escrito desde Boulogne, y volvió a leer estas líneas:

«¡Qué grande y magnífico es el mar visto con un sentimiento profundo en el corazón!

¡Qué bien responde a todos los pensamientos superiores! ¡Cómo consuela y entristece a la vez! ¡Cómo eleva el alma de la tierra al cielo! ¡Cómo hace comprender la miseria del hombre y la grandeza de Dios!

Creo que permanecería sentado eternamente en esa ribera, en donde hemos paseado juntos y en donde me parecía que buscando bien hallaría aún las huellas de vuestras pisadas. Mi corazón se engrandecía con el espectáculo que tenía ante mis ojos; ya no os amaba con el amor de los hombres, sino como las flores a la vuelta de la primavera aman al sol, como en hermosas noches de verano el mar ama el firmamento, como en todo tiempo la tierra ama a Dios.

¡Oh, en este momento, Cecilia, permíteme el Señor si abrigaba una idea de orgullo impío, pero desafiaba a los sucesos a que nos separasen, aun cuando fuese por la muerte! ¿Por qué cuando todo se mezcla y confunde en la naturaleza, los perfumes con los perfumes, las nubes con las nubes, la vida con la vida, no se había de confundir también la muerte con la muerte? Y una vez que todo al mezclarse se fecundiza, ¿por qué la muerte, que es una de las condiciones de la naturaleza, uno de los eslabones de la eternidad; uno de los guías del infinito, había de ser la única estéril? Dios no la hubiera creado si no fuese más que una máquina de destrucción, y si al desunir los cuerpos no debiese unir las almas.

Así, pues, Cecilia, ni la muerte misma podría separarnos, porque dice la Escritura: “El Señor ha vencido a la muerte.”

Adiós, pues, o mejor dicho, hasta la vista, Cecilia; hasta la vista en este mundo tal vez, y seguramente en el otro.»

—Sí, sí, pobre Enrique —murmuró Cecilia—. ¡Sí, tenías razón; sí, hasta la vista!

En aquel momento oyó un grito en el cuarto de la marquesa.

Corrió hacia allí, y se encontró en el corredor con Aspasia, que pálida y sin poder hablar, venía en su busca.

130

—¿Qué es lo que sucede? —exclamó Cecilia.

Y viendo que la doncella no le contestaba, se precipitó en la habitación de su abuela.

La cabeza de la marquesa se había escurrido de la almohada, mientras que su brazo colgaba fuera de la cama.

—¡Mi buena mamá! —exclamó Cecilia cogiendo su mano...

Pero aquella mano estaba helada.

Cecilia cogió entre sus brazos la cabeza de la marquesa, y colocándola sobre la almohada, la volvió a llamar de nuevo; pero todo era inútil; la marquesa permaneció muda, pues había dejado de existir.

Mientras que Aspasia había salido un momento, fue acometida de una apoplejía fulminante.

Pero había muerto sin ningún dolor, sin exhalar una queja, sin hacer ningún movimiento; había muerto como había vivido, sin pensar más en la muerte de lo que había pensado en la vida, en un momento en que la existencia iba a serle amarga por vez primera.

Sucede una cosa singular, y es que cuando dos grandes dolores hieren a un tiempo a una misma persona, el uno defiende el alma contra el otro; uno solo de esos dolores hubiera destrozado el corazón de Cecilia. Pero se alzó fuerte contra los dos.

Además la muerte de Enrique le había inspirado tal vez algún proyecto fatal, cuya ejecución apresuraba la muerte de la marquesa.

Al ver a la marquesa muerta, Aspasia dijo que su dolor era tan grande, que no podía permanecer un momento más en la casa.

Cecilia se levantó de los pies de la cama de la marquesa, donde se había puesto de rodillas, le hizo cuenta, y le pagó, dándole gracias por lo que ningún dinero puede pagar; esto es, por las atenciones que había tenido con la marquesa.

Después llamó a la buena mujer que bajaba diariamente a asistirle, y le rogó que se ocupase en unión del dueño de la casa, de todo lo necesario para hacer los funerales a la marquesa. Cecilia era muy querida de todos los vecinos, y eso que no se trataba con ninguno; pero pasaba entre ellos por un modelo de amor filial, y todos se apresuraron a servirla en cuanto estaba de su parte.

Entonces Cecilia volvió a su cuarto, abrió su cajón, y sacó de él su vestido de boda.

Le envolvió y se fue con él a casa del comerciante para cuya casa dibujaba; presentóle aquella maravilla de trabajo, de gusto y de paciencia, en los que había ocupado cerca de tres años; pero en cuanto lo vio el comerciante, le dijo que no podía pagarle lo que valía, y se contentó con dirigirle a algunas casas.

Aquel mismo día Cecilia dio algunos pasos con el mismo objeto; pero fueron inútiles.

El día siguiente fue consagrado al entierro de la marquesa. Como se creía que sin ser rica, la marquesa contaba con algunos medios, el propietario de la casa hizo todos los adelantos que fueron precisos para dicha ceremonia. Al otro día Cecilia volvió a hacer diligencias para la venta del vestido.

Ya hemos visto cómo después de haber recorrido infructuosamente algunas casas, entró en la de 131

Fernanda, y cómo el príncipe, enternecido por las lágrimas de la joven, y deseando satisfacer los deseos de Fernanda, compró el vestido maravilloso, mandando aquel mismo día el dinero.

Cecilia, en cuanto recibió los tres mil francos, llamó al propietario, le reembolsó de sus adelantos, le pagó los alquileres, y le dijo que al día siguiente se marchaba.

Pero por más instancias que le hicieron, Cecilia se negó resueltamente a decir a dónde se dirigía.

En efecto, al siguiente día la pobre niña abandonó la casa, llevando consigo su secreto.

Durante algún tiempo las personas que habían conocido a Cecilia se ocuparon de su desaparición; pero poco a poco se hizo menos frecuente en las conversaciones, y por fin, como no volvió a aparecer, la olvidaron enteramente.

132

CAPITULO XXIII

Conclusión

Tres meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, un hermoso brick de comercio vagaba hacia las Antillas buscando las brisas que corren entre los trópicos.

Este brick era la «Anna Belle», de que ya tenemos noticia.

Hacía catorce días que había salido de Londres, donde había hecho un cargamento para la isla Guadalupe, y serían las cinco de la tarde, cuando el marinero que estaba de vigía dio ese grito que tanta impresión hace en los pasajeros, y aun en los marineros:

—¡Tierra!

Al oír aquel grito que resonó en toda la embarcación, todos los viajeros subieron al puente.

Entre ellos había una joven de diecinueve a veinte años.

Adelantóse hacia el piloto, quien viéndola acercarse, se quitó respetuosamente la gorra.

—¿Has gritado «tierra», mi buen Samuel? —dijo.

—Sí, señorita Cecilia —respondió aquel.

—¿Y qué tierra es ésa?

—La isla Azores.

—¡Por fin!... —dijo la joven, y una melancólica sonrisa corrió por sus labios; después, fijando sobre el piloto su vista, extraviada un momento en el espacio —: Me habéis prometido —continuó—, enseñarme el sitio en que fue arrojado al mar el cuerpo de Enrique.

—Sí, señorita, y os cumpliré mi palabra en cuanto lleguemos a él.

—¿Estamos aún muy lejos?

—A unas cuarenta millas.

—¿Según eso pasaremos por él dentro de unas cuatro horas?

—Y por el mismo sitio; diríase que el barco sabe el camino, y que no se separa un paso de él.

—¿Y estáis seguro de no equivocaros?

—¡Oh!, segurísimo; la primera isla hacía ángulo con la segunda, y como la noche está muy clara, podéis estar tranquila, pues reconoceré el sitio indudablemente.

—Está bien, Samuel; media hora antes de llegar me mandaréis llamar.

—Os lo prometo —respondió el marinero.

La joven saludó a Samuel, bajó la escalera, y entró en el cuarto número 5, donde se encerró.

133

Una hora después sonó la campana, llamando a comer a los pasajeros, y bajaron todos al comedor, excepto Cecilia. Como muy pocas veces se sentaba a la mesa, no fue notada su ausencia, y únicamente el capitán mandó que le preguntaran si quería que le sirviesen la comida en su cuarto, a lo que ella contestó que no quería comer.

La embarcación continuó avanzando y haciendo unos diez nudos por hora, de modo que se aproximaba rápidamente hacia las azores; los pasajeros habían vuelto a subir sobre el puente, disfrutaban del fresco de la noche; el capitán Dickins y el teniente Thomson hablaban entre sí, con los ojos fijos en el archipiélago de islas que tenía que atravesar el brick por espacio de cuatro o cinco leguas; el piloto Samuel estaba entregado a sus pensamientos; de cuando en cuando los oficiales le miraban, y por último, sin dejar de hablar, se acercaron hasta quedar delante de él.

—¿no es verdad, Samuel —dijo el capitán—, que es ella?

—¿Aquella de quien míster Enrique hablaba tanto conmigo?

—Sí, y a quien llamaba Cecilia.

—La misma es, mi capitán.

—¿Lo veis, Thomson? Es la misma; lo había adivinado.

—¿Y qué va a hacer a la Guadalupe?

—¡Oh! —dijo Samuel—, ya sabéis que míster Enrique tenía allí un tío que es millonario; irá probablemente a reunirse con él.

Y los oficiales volvieron a continuar la conversación que habían interrumpido para dirigir aquellas preguntas a Samuel.

Entre tanto la noche avanzaba; subieron el té sobre el puente, y mandaron a preguntar a Cecilia si quería subir; pero contestó del mismo modo que antes, que no quería tomar nada.

Llegó la noche con la rapidez que se nota en aquellas latitudes; a las nueve cada pasajero se había ya retirado a su cuarto, no quedando sobre el puente más que el timonero y el teniente.

A las nueve y media se presentó la luna por detrás de las Azores, iluminando la noche como el sol ilumina los nebulosos días del Norte, y las islas se dibujaron muy distintamente en el horizonte.

El sitio en que el cuerpo de Enrique había sido arrojado al agua estaba ya próximo; y Samuel, fiel a su promesa, mandó llamar a Cecilia.

Cecilia subió al punto; se había mudado de vestido, y llevaba un vestido blanco y un velo como una desposada.

Tomó una silla y se fue a sentar al lado del timonero.

Samuel la miraba lleno de asombro; el vestido blanco, aquel adorno intempestivo y en que tanto esmero parecía haber puesto la joven, le parecían muy singulares.

—¿Estamos ya cerca, Samuel? —preguntó Cecilia.

—Sí señorita, respondió Samuel; y dentro de una media hora habremos llegado.

134

—¿Y reconocerás el sitio?

—¡Oh!, respondo de ello como si midiese la altura con los instrumentos del

capitán.

—Samuel, nunca te he pedido detalles sobre sus últimos momentos; pero ahora desearía saber cómo murió.

—¿Para qué hablar de cosas que tanto os hacen sufrir? Al fin concluiréis por aborrecerme.

—Si Jenny hubiese muerto, y muerto lejos de ti, ¿no desearías tú saber todas las circunstancias de su muerte, y no estarías agradecido a quien te las hiciese conocer?

—¡Oh!, sí, señorita; me parece que eso sería un gran consuelo para mí.

—Pues entonces ya ves que sería una crueldad negarte a hacer lo que te pido.

—Pues bien; preguntad; ¡oh, le quería yo tanto!, y no podría ser otra cosa, porque míster Enrique, además de ser muy amable y de tener muy buena figura, me había dado al salir de la Guadalupe tres mil francos, que era cuanto yo necesitaba para casarme con Jenny; de manera que si hoy soy feliz, a él se lo debo.

—¡Pobre Enrique! —exclamó Cecilia—; ¡qué bueno era!

—Así es que cuando míster Smith, el estudiante de medicina, me vino a decir que estaba enfermo; dejé a un marinero en mi puesto, y fui a su cuarto; ¡pobre joven!, el día antes se había sentido algo indispuesto; pero por la noche tuvo calentura, y cuando yo bajé a verle, estaba ya delirante; pero en medio de su delirio, me reconoció; su único pensamiento erais vos, señorita Cecilia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Cecilia derramando lágrimas.

—Sí; y después habló de una carta de Inglaterra, de un jardín, de Boulogne, de un vestido de boda, y luego de un sudario que estabais bordando para enterraros juntos.

—¡Ay, era verdad!

—Desde luego reconocí que era cosa perdida; había visto muchos casos de aquella enfermedad.

La fiebre amarilla no perdona nunca. Nadie quería asistirle, y se hubiera creído que estaba atacado de la peste. Ahora bien, dije yo, en estas ocasiones se han de conocer a los amigos, Samuel, a ti te toca cuidar al pobre enfermo. Me fui en seguida a ver al capitán, y le dije: “Mi capitán, es preciso que pongáis a otro en mi lugar cuidando del timón; mi puesto está ahora a la cabecera de míster Enrique, y allí estaré hasta que muera, ¡pobre joven!”

—¡Oh, mi buen Samuel! —exclamó Cecilia estrechando entre sus manos las manos ásperas del marinero.

—El capitán opuso algunas dificultades, porque la enfermedad es contagiosa, y tenía miedo por mí. Tiene en mí mucha confianza como piloto; pero yo dije: —Capitán, ya hemos pasado el trópico, y ahora un niño con los ojos vendados os conduciría a Plymouth; lo único que os encargo es que si yo muero, recojáis tres mil francos que me ha dado míster Enrique y que están en mi maleta, de los cuales remitiréis una mitad a mi madre y la otra mitad a Jenny. —Está bien —me contestó—, anda; tú haces lo que crees debes hacer, y hay un Dios allá en el cielo.

135

Cecilia exhaló un gran suspiro.

—Hacía apenas media hora que me había separado del enfermo, y ya el mal había hecho horribles progresos. Casi no me reconoció; tenía una calentura espantosa, y decía a cada momento: “Respiro fuego; ¿para qué me dan fuego en vez de aire que respirar?” Después hablaba de vos; decía que querían separaros; pero que vos erais su mujer, y que os reuniríais con él de todos modos.

—Y tenía razón, Samuel —dijo Cecilia.

—La noche se pasó del mismo modo; el abrasándose, y yo hablándole de vos para consolarle, porque yo veía que aun cuando no me reconociese, cada vez que pronunciaba vuestro nombre, se estremecía. Luego pidió un tintero y papel; sin duda quería escribiros. Yo le di un lápiz; pero lo único que consiguió hacer después de muchos esfuerzos fue escribir las tres primeras letras de vuestro nombre; en seguida arrojó el lápiz gritando: “¡Fuego, fuego; me han dado fuego!”

—¿Conque tanto ha sufrido? —preguntó Cecilia.

—¡Oh, no; no se puede saber! Cuando la razón falta, hay algunos que dicen que no se sufre, y que el dolor no existe sino cuando la razón puede apreciarle; pero yo no lo creo así. Según eso, los pobres animales que no tienen razón, no sufrirían. En fin, ello es que la noche pasó del mismo modo; el médico venía de hora en hora; le sangraron, le pusieron cataplasmas, pero sin esperanza de buen resultado. En efecto, en la mañana del día tercero llegué a desesperar enteramente; la fiebre desaparecía, pero la vida desaparecía con ella. En tanto que tuvo calentura, tenía yo mucho que hacer para impedirle que se levantara; pero así que hubo pasado, le hubiera tenido inmóvil con mi dedo pequeño. Y esto no era que él estuviese débil, ni que yo fuese fuerte; era la muerte que ya estaba allí.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Cecilia—, perdonadme.

Samuel creyó haber oído mal, y continuó:

—La debilidad aumentó por grados; hubo aún dos o tres alternativas, en las que se hubiera podido creer que la vida volvía a reanimar aquel cuerpo, y que, por el contrario, eran el último adiós del alma; y a las tres menos cinco minutos, ¡oh!, lo veo aún igual que os estoy viendo, se levantó, miró a todos lados, pronunció vuestro nombre, y volvió a caer sobre su lecho. Había muerto.

—¿Y después, Samuel, y después?

—¿Después? Ya sabe usted, señorita, que a bordo la ceremonia no es larga, máxime cuando el difunto ha muerto de enfermedad contagiosa. Puse un

espejo ante la boca de míster Enrique, y al ver que al pobre ya no le quedaba aliento, fui a dar aviso al capitán.

—¡Dios mío! —murmuró por segunda vez Cecilia—, ¿verdad que me perdonaréis?

—¿Está muerto? —profirió el capitán—, pues ven con nosotros para extender el acta y luego te volverás al timón.

—Usted dispense, capitán —repuse—; todavía no he concluido. ¡Pobre míster Enrique!, ¿quién le coserá en su hamaca?, no porque sea un simple pasajero hay que arrojarlo al mar como un perro; no sería justo.

—Dices bien; pero date prisa, —repuso el señor Dickins.

136

—Hice una señal afirmativa con la cabeza y puse inmediatamente manos a la obra, pues todos a bordo deseaban verse cuanto antes libres de aquel cadáver. Cuando de nuevo fui al encuentro del capitán para comunicarle que míster Enrique estaba amortajado, y me preguntó si le había puesto una bala en los pies, le respondí que dos, puesto no había que andarse con tacañerías con los amigos.

—De acuerdo, que suban el cuerpo a cubierta, —dijo el capitán.

—Cargué al difunto, lo subí a cubierta, y ayudé a colocarlo en una tabla.

El capitán, que es irlandés y por lo tanto católico, recitó algunas oraciones; luego, levantaron la tabla, y el cadáver cayó al mar, en cuyas profundidades desapareció.

Todo había concluido.

—Gracias, mi buen Samuel, gracias —dijo Cecilia—; pero debemos de estar ya muy cerca del sitio en que lo arrojaste al mar, ¿no es cierto?

—Casi lo estamos tocando, señorita —respondió el timonel—: cuando esté

frente a nuestro bauprés aquella gran palmera que ve usted erguirse en la isla más cercana, allí será.

—¿Y desde dónde arrojaron el cuerpo de Enrique?

—Desde babor, usted no puede ver el sitio desde aquí porque la mayor se lo impide; pero fue entre la escalera y los obenques del palo trinquete.

—Está bien —dijo Cecilia, encaminándose al sitio indicado y desapareciendo tras la mayor.

—¡Pobre señorita! —exclamó Samuel.

—Cuando llegemos al sitio me avisarás —dijo Cecilia.

—Así lo haré, no tengáis cuidado.

Samuel se bajó para poder mirar por debajo de la vela, y vio a Cecilia de rodillas y haciendo oración.

Pasaron unos cinco minutos, durante los cuales el piloto tuvo los ojos fijos en la palmera; y así que el palo bauprés se halló enfrente de ella:

—Aquí fue —dijo.

—Allá voy, Enrique —contestó una voz.

Y al mismo tiempo se oyó el ruido de un cuerpo que cae sobre el agua.

—Alguien ha caído al mar —gritó el teniente.

Samuel dio un salto desde el timón; se asomó por los costados del navío, y vio una cosa blanca que daba vueltas sobre el agua; después, aquel a especie de vapor flotante en la superficie se hundió, y desapareció.

—He ahí por qué rogaba a Dios que la perdonase —dijo Samuel volviendo a coger el palo del timón.

La «Anna Belle» continuó su ruta, y después de dieciocho días de travesía, llegó felizmente a la Point-à-Pitre.